

Universidad Nacional de Misiones. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Secretaría de Investigación y Postgrado. Maestría en Antropología Social

Maestranda
Verónica Trpin

Aprender a ser trabajadores y un poco chilenos.

Identidad, trabajo y residencia de familias chilenas en el Alto Valle de Río Negro

Tesis de Maestría presentada para obtener el título de “Magister en Antropología Social”

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto, queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899”.

Directora
Dra. Rosana Guber

Posadas, 2002



Esta obra está licenciado bajo Licencia Creative Commons (CC) Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2002

Bca. PPAS-UNaM

314.743(83:828.3)(043.2)

T864

Inv.130 + CD ROOM



*APRENDER A SER TRABAJADORES Y UN
POCO CHILENOS.
IDENTIDAD, TRABAJO Y RESIDENCIA DE
FAMILIAS CHILENAS EN EL ALTO VALLE DE
RÍO NEGRO*

Tesis de Maestría de Verónica Trpin

Directora: Dra. Rosana Guber

Programa de Postgrado en Antropología Social

Universidad Nacional de Misiones

Septiembre de 2002

2003


Recibido:
27-09-02

Índice general

Introducción	1
Chicos chilenos en Guerrico	2
Chilenos en la Patagonia Argentina	6
Identidad nacional y clase social	8
Trabajo de campo en la escuela, las chacras y las calles ciegas	14
Plan de la obra	17
Capítulo I. Hijos de chilenos en la escuela: niños-alumnos y chicos-trabajadores	20
La escuela frente a "lo chileno"	21
El Taller de Historia Oral	24
De niños de escuela a chicos de chacra	30
Capítulo II. Chacareros y migrantes chilenos en el noroeste patagónico	37
El paraje Contralmirante Guerrico	38
La aparición de las chacras	40
La estación de tren Contralmirante Guerrico	45
Trabajadores chilenos en el Alto Valle	48
Capítulo III. El trabajo en las chacras	57
El trabajo y la familia	58
La poda	64
El raleo	67
La cosecha	69
Ser un chico chileno de las chacras	73
Capítulo IV. La vida en una calle ciega	75
La calle ciega de "los Saldía"	76
Vivir en la calle ciega y trabajar en las chacras	80
Los chicos de la calle ciega	84
Capítulo V. El festejo "del 18"	88
Los Saldía se reúnen: cuecas, banderas y empanadas	89
El "18" en la chacra bajo el control del patrón	93
La socialización de argentinos descendientes de chilenos	97
Bibliografía	102

Índice de mapas

Mapa de la República Argentina	3
Mapa de la provincia de Río Negro	3
Plano del paraje Contralmirante Guerrico	4

Índice de fotos

Escuela N°68	21
Calle rural	38
Sandro guadañando	58
Peón cosechando	69
Eduardo y los abuelos Saldía	75
Dispensa de la calle ciega	83
Bandera chilena en la calle ciega	88

La dirección y apoyo recibido por la Dra. Rosana Guber ha sido fundamental para la realización de esta tesis, tanto por sus continuas lecturas y correcciones de "borradores" como por su generosidad intelectual. También los encuentros con docentes y compañeros durante el cursado de los seminarios y del taller de tesis de la maestría en Antropología Social de la UNaM, fueron de gran ayuda y fuente de indagación de algunos de los temas desarrollados en este trabajo. Especialmente quisiera recordar a Laura Rosso y Andrea Mastrángelo, compañeras de mis primeras lecturas de cursado. Del mismo modo debo agradecer a Patricia Vargas, Laura Zapata y Laura Colabella, con quienes compartí en el IDES largas discusiones sobre los ejes centrales de la tesis.

Parte del desarrollo de esta investigación fue posible con las becas de Iniciación y Perfeccionamiento en la Investigación de la Universidad Nacional del Comahue, en el marco del proyecto de investigación "Cuerpo y Orden Escolar" de la Facultad de Ciencias de la Educación de dicha universidad, dirigido por Héctor Mendes y co-dirigida por Diana Milstein, a quienes debo mi iniciación en una mirada "etnográfica" de la escuela.

Este trabajo no podría haberse concretado sin la predisposición de los maestros, los padres y los chicos de la escuela N°68, quienes me atendieron y ofrecieron parte de su tiempo de manera incondicional. Así también debo agradecer a los agentes sanitarios de Guerrico y otros pobladores del paraje en general, pero especialmente a los abuelos Saldía y sus hijos y nueras, y a Rosa y Roble, que abrieron las puertas de sus casas para que conociera sus vidas.

Por último no puedo dejar de decirles gracias por esperarme en casa a Gabriel y a Valentina, y a Paulina por estar allí desde hace un mes.

Introducción

Esta investigación comenzó en el año 1998 en una escuela rural del Alto Valle de Río Negro, en el noroeste patagónico. Allí asisten a clase los hijos de migrantes chilenos que llegaron a la zona como mano de obra para la producción frutícola. En la escuela pude observar que estos alumnos argentinos hijos de chilenos no sólo eran tratados como chilenos por los maestros, sino que además ellos se ratificaban como tales pese a las habituales connotaciones peyorativas que tiene el término “chileno” en la Patagonia Argentina.

En un país donde la nacionalidad se rige por el lugar de nacimiento (jus solis) y por la incorporación de inmigrantes a la sociedad argentina, queda en evidencia que este principio no se resuelve del mismo modo en todos los casos. Desde las ciencias sociales se suele explicar este fenómeno como parte de procesos discriminatorios que, buscando confirmar el carácter blanco y europeo de la Argentina, exaltan el sentimiento anti-latinoamericano y racista de los pobladores argentinos. Sin embargo, esta respuesta se limita a (des)calificar moralmente la cuestión en vez de explicarla. Más aún, y como muestra el caso que presento aquí, son los mismos descendientes de chilenos quienes confirman su “chilenidad” a pesar de haber nacido “argentinos”.

En esta investigación me propongo describir la conformación de la visión consensuada según la cual cierto tipo de personas nacidas en la Argentina, no son clasificadas como “argentinas” sino según la nacionalidad de sus padres. Poniendo especial énfasis en los modos en que estos “chilenos” y sus familiares ratifican tal condición, intentaré ofrecer algunas razones para el sostenimiento de este criterio de adscripción desde su perspectiva.

El análisis de este tema nos conduce a los chicos y a sus familias, y a las relaciones sociales que se gestan en la sociedad local. La vida cotidiana de las familias de trabajadores se desarrolla principalmente en dos ámbitos: la chacra y la calle ciega. La primera representa desde la década del '20 la unidad productiva predominante de la zona, la cual otorga trabajo y a veces vivienda a los pobladores del paraje; la calle ciega está formada por casas más o menos precarias ubicadas sobre los márgenes de algunos caminos rurales y constituye un espacio de residencia y de prácticas económicas que se complementan con las desarrolladas en torno a la fruticultura.

Sostengo en esta investigación que la identidad social co-producida por los chicos en la escuela y en sus ámbitos de socialización familiar está articulada con las relaciones sociales específicamente productivas. Es así como los hijos de chilenos que han nacido en la Argentina, son reconocidos y se reconocen a sí mismos como chilenos porque a través de dicha adscripción se reproducen como trabajadores frutícolas en el seno de familias insertas en ese ramo de la producción. Desde su socialización familiar los hijos de chilenos etnifican su lugar de trabajadores, mientras que al trabajar, en su condición de clase social, ratifican su nacionalidad.

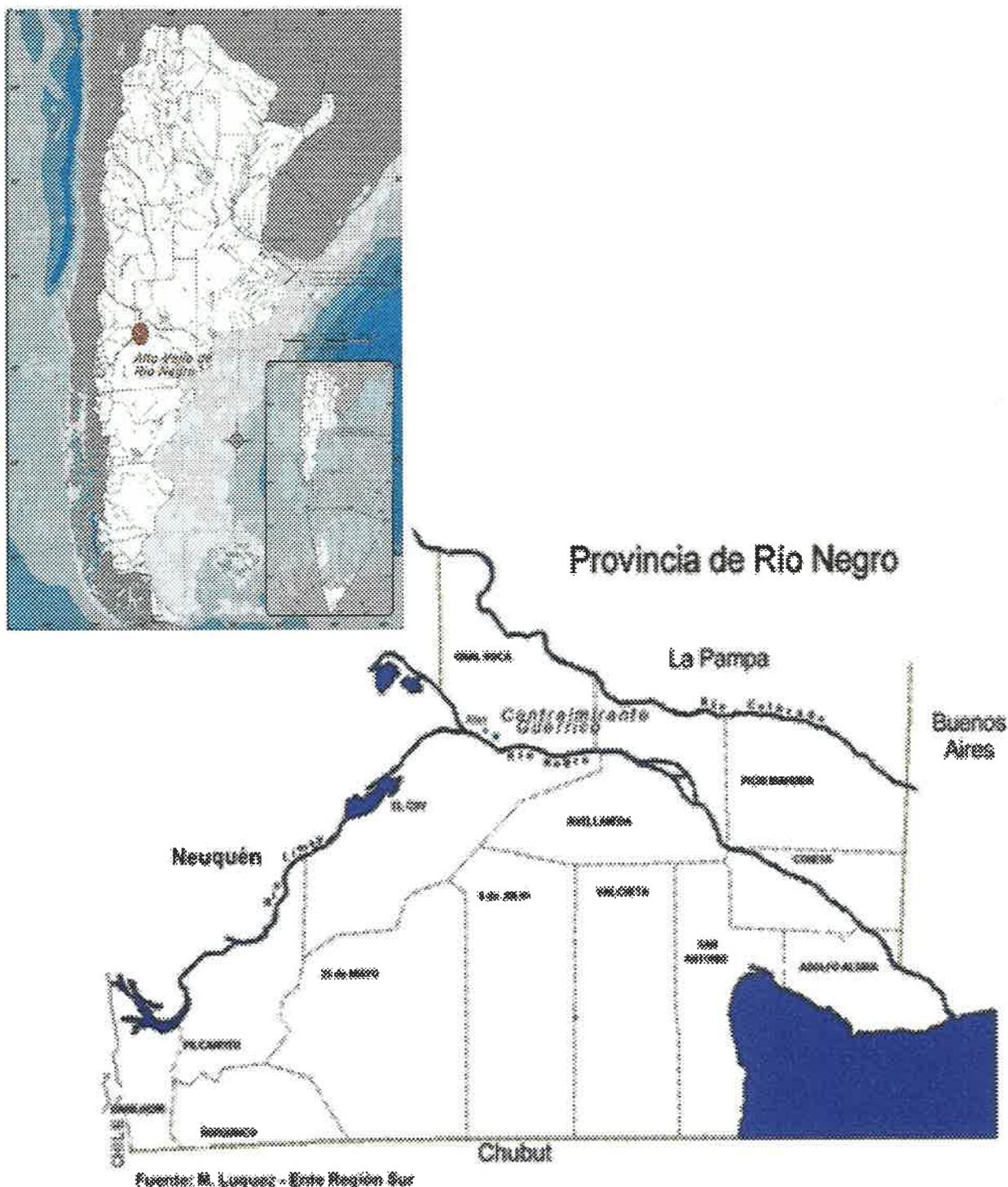
Analicé este doble juego desde el cual los chicos co-producen relaciones de subalternidad con material proveniente de trabajo de campo etnográfico, llevado a cabo en la escuela y en los ámbitos de producción y residencia de las familias de trabajadores rurales. A través de un Taller de Historia Oral en la escuela, que organicé y coordiné, accedí a chicos de sexto y séptimo grado. Desde sus usos de la oralidad, recrearon sus vidas y las de sus familias en forma de relatos que abarcaban su cotidianeidad residencial y laboral. En un segundo momento de la investigación, esta experiencia posibilitó conectarme con algunos padres de los chicos y registrar “in situ” las rutinas de familias nucleares y extensas, según fuera el caso, ligadas a actividades laborales y residenciales. De este modo, pude registrar los discursos y las prácticas concretas como modos de socialización en el trabajo y en la “chilenidad”, en diferentes espacios sociales, tomando como protagonistas a los chicos y a sus familias interactuando entre sí, y con maestros y patrones.

Chicos chilenos en Guerrico

La unidad de estudio de esta investigación es el paraje Contralmirante Guerrico, ubicado en el Alto Valle de Río Negro, al noroeste de la Patagonia Argentina. El paraje se ubica entre las ciudades de Allen y General Roca, localidades comunicadas en forma alineada a lo largo de la ruta nacional 22. Por esta ruta circula una línea de colectivos que conecta las diferentes localidades del Valle desde la ciudad de Neuquén, capital de la provincia homónima, hasta Villa Regina, en la provincia de Río Negro.

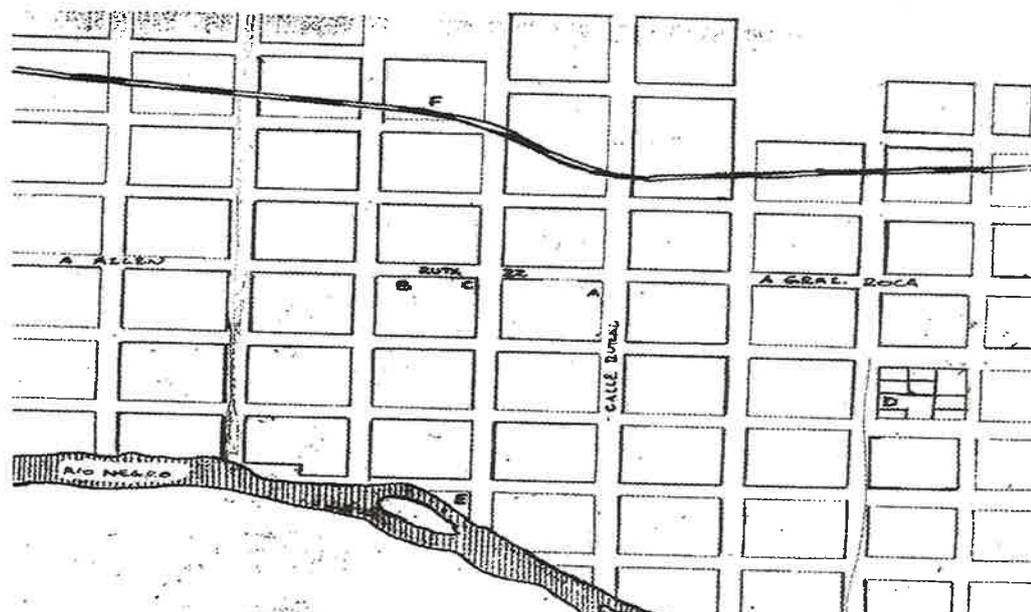
Contralmirante Guerrico no posee un núcleo urbano, por lo que su ubicación se distingue por los carteles indicadores de la ruta 22, las instalaciones del INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) filial Alto Valle o el “Haras” del gobernador Pablo Verani. Cuenta con una población estable de 2000 habitantes, compuesta

principalmente por trabajadores rurales. Esta es una zona netamente rural que posee chacras, tres calles ciegas, una estación de tren abandonada, una sala de sanidad y dos escuelas primarias.



Las chacras y las calles ciegas en las que trabajan y residen algunas familias están comunicadas por calles de ripio que delimitan cuadros de 100 hectáreas, por las

que circula un colectivo durante el período escolar, dependiente de la municipalidad de Allen.



Plano del paraje Contralmirante Guerrico

- A - Escuela N° 68
- B - I.N.T.A.
- C - Sala de Primeros Auxilios
- D - Chacra de Roble y Rosa
- E - Calle Ciega de los Saldía
- F - Estación de Ferrocarril

Las actividades laborales de los pobladores giran en torno a la fruticultura, producción que requiere la realización de tareas culturales a lo largo de las diferentes estaciones del año.

Mi investigación del proceso de reproducción de la chilenidad en descendientes de migrantes chilenos, se inició en la escuela primaria N°68, donde conocí a los alumnos, algunos de ellos descendientes de chilenos. Con ellos trabajé a lo largo de 1999 y 2000 bajo la dinámica de un Taller de Historia Oral. En la escuela pude observar la relación que establecen estos chicos con sus maestros que, en algunos casos, pertenecen al sector chacarero –dueños de chacras- de Guerrico. Al tiempo que los chicos manifestaban su chilenidad, eran los mismos maestros los que los identificaban de este modo.

Esta investigación describe el proceso por el cual tanto los agentes del Estado Argentino como la población de origen europeo y hasta los mismos descendientes de

chilenos, contribuyen a reproducir esa adscripción, aún cuando ser tildado de “chileno” reviste, en la Patagonia Argentina, el carácter denigratorio de un estigma social congruente con el espíritu homogeneizador de la política migratoria argentina, instituida desde la Constitución Nacional de 1853.

A lo largo de cinco capítulos muestro que la adscripción y autoadscripción de estos argentinos a la categoría de chilenos es parte de las relaciones sociales que tienen lugar en el proceso de reproducción del trabajador frutícola, proceso donde se conjugan el trabajo, la familia y el lugar de residencia. Desde su socialización familiar los descendientes de chilenos etnifican su lugar de trabajadores mientras que al trabajar ratifican su nacionalidad. En este doble juego co-producen su relación de subalternidad no sólo entre las dos nacionalidades medulares del contexto patagónico, la argentina y la chilena, sino también entre las dos clases sociales del sistema capitalista, dueños de los medios de producción y vendedores de fuerza de trabajo.

La reproducción de una división nacional del trabajo donde ser chileno y ser trabajador se refuerzan asimétricamente, no es el producto de actos discursivos inmoralmemente discriminatorios de parte de los productores europeos y de los agentes locales del Estado (maestros, agentes sanitarios), sino de las relaciones de socialización y poder en las que participan maestros, patrones y familias de diverso origen en la escuela, la chacra, los caminos secundarios, los almacenes y los lugares de esparcimiento. En estos sitios de la cotidianeidad de los pobladores es donde argentinos, chilenos y gente de otras nacionalidades, reproducen como significativa y vigente la categoría de “chileno”. Sin embargo, esa reproducción proviene de contextos y relaciones sociales muy distintas, las cuales son obviadas en dos niveles: ante la pretensión de homogeneidad del Estado argentino y del habla corriente cuando acude a epítetos nacionales, étnicos o raciales, y ante la explicación de este tipo de fenómeno como mero acto discriminatorio.

Las familias de los trabajadores presentan diferencias según vivan o no dentro de las explotaciones productivas. Sostendré aquí que el lugar de residencia de la unidad doméstica, dentro o afuera de la chacra, en las llamadas calles ciegas, afecta profundamente tanto la socialización de los chicos como la reproducción de su “chilenidad”. Así, pese a que estas familias se reconocen como trabajadoras y también como chilenas, la reproducción de la relación entre “ser chileno” y “ser trabajador frutícola” opera de modos distintos.

Chilenos en la Patagonia Argentina

De un modo u otro, dos siglos de historia han encontrado vinculados a los pobladores de la Patagonia Argentina y del sur del Chile. Más allá del cordón montañoso de los Andes, el tráfico de ganado y mercancías y la circulación de personas y creencias, le han otorgado a estos espacios una dinámica que convivió durante los siglos XIX y XX con conflictos limítrofes derivados de la conformación de los estados nacionales a ambos lados de la cordillera.

Ante la retirada del dominio español de los territorios que pertenecían a su imperio, los gobiernos independientes que encabezaron el proceso de consolidación de los estados nacionales al este y al oeste de los Andes, no pudieron desatender la importancia de los territorios del sur en virtud de reafirmar sus jurisdicciones limítrofes y de este modo naturalizar su pertenencia a un estado determinado. La actividad de loberos y balleneros del hemisferio norte en los mares australes y la disputa fronteriza que marcó las relaciones estatales entre Chile y Argentina, ponían al descubierto la necesidad de que cada estado materializara en población civil y agentes del estado en su territorio (Luiz y Schillat, 2000).

Mientras que desde principios del siglo XIX Chile comenzó a ejercer actos jurisdiccionales en territorios australes con la organización de colonias en el estrecho de Magallanes, en Punta Arenas o en el puerto de Valdivia y de Chiloé, el gobierno argentino se limitaba a apoyar el avance de su frontera interna sobre la región pampeana y muy tardíamente, hacia fines del siglo XIX, sobre la Patagonia. Hasta entonces, el fuerte de Carmen de Patagones sobre la desembocadura del río Negro y el establecimiento de Puerto Luis en la Malvina Oriental, eran los únicos núcleos de población blanca en el territorio sur, puntos desde los cuales sólo en forma limitada podía “defenderse” la soberanía del Estado ante las supuestas aspiraciones expansionistas chilenas. La soberanía sobre los territorios se traducía en luchas entre estados, montada sobre la jurisdicción que afectó a personas y comenzó a clasificarlas.

El Tratado de Límites de 1881 marcó el comienzo de negociaciones entre la Argentina y Chile para fijar los límites en Patagonia, la región magallánica, la Isla Grande de Tierra del Fuego y el archipiélago fueguino, impulsándose en estos espacios la reafirmación de la soberanía a través del poblamiento y el desarrollo económico de las tierras que se consideraban “naturalmente” parte de cada estado (Lacoste, 2000).

Una vez sometido al indio, en la Argentina el Estado promocionó el acceso a la tierra y la instalación de migrantes que iniciaran su explotación a corto plazo; sin embargo, la tendencia a favorecer la concentración de la tierra y la formación de grandes explotaciones dedicadas a la cría extensiva de ganado lanar se transformaron en un obstáculo para el crecimiento poblacional. Estos elementos marcaron una característica del territorio patagónico argentino: la menor densidad de población con respecto al sur chileno; del otro lado de la cordillera en la región de la Araucanía (a la altura de la actual provincia del Neuquén) para 1890 se contabilizaban 12 colonias de inmigrantes extranjeros para la producción de trigo; entre 1883 y 1890 se instalaron en esa región unos 6940 inmigrantes (Bohoslavsky, 2001), mientras que en la provincia de Chubut las primeras experiencias de instalación de colonos galeses entre 1880 y 1890 en “enclaves productivos”, no superaban los 100 habitantes (Williams, 1975).

A fines del siglo XIX, sin poder el Estado Argentino dar una solución rápida a la evidente escasez de mano de obra para la producción de los valles de la zona cordillerana, fueron trabajadores chilenos que, conociendo las rutas y pasos fronterizos para comercializar ganado, se insertaron “tempranamente en este circuito económico ofreciendo su fuerza de trabajo como arrieros, carreros y peones de los galeses o de productores de otro origen” (Novella y Finkenstein, 2000:397). No debemos olvidar que desde la presencia indígena en los territorios luego dominados por los estados de Chile y Argentina, el cordón montañoso de los Andes no definió una desvinculación entre los espacios fronterizos, sino que fue el escenario del desarrollo de circuitos socio-económicos que permiten pensar esta área de frontera como una región hasta avanzado el siglo XX (Bandieri, 2000).

A lo largo de todo el siglo XIX y XX se observa la continuidad de esta tendencia de circulación de población trasandina y su inserción en actividades económicas en la Patagonia Argentina. Esto contradecía los objetivos del Estado de nacionalizar el territorio y despojarlo de elementos chilenos que pusieran en riesgo su soberanía (Silla, 2000; Cerutti y Pita, 1993 y 1994).

El impulso que el Estado Argentino le otorgó a diferentes “polos de desarrollo productivo”; a pesar de depender para ello del reclutamiento de mano de obra chilena, tenía el firme propósito de consolidar la presencia política del Estado en espacios de “soberanía disputada y atraer a un cinturón cultural de población nacional destinado a compensar el déficit y (los) desequilibrios demográficos” (Vidal, 2000: 187). Así, por

ejemplo, desde 1922 la actividad petrolera cobró relevancia con la instalación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en la ciudad de Comodoro Rivadavia sobre el litoral atlántico de la provincia de Chubut, y la explotación de carbón en Río Turbio en Santa Cruz, desde la década del '40.

En el noroeste de la Patagonia, en el Alto Valle de río Negro, la organización de la producción frutícola que impulsó a comienzos del siglo XX el capital inglés, no escapó a esta absorción de mano de obra chilena. Desde 1920 hasta 1950 se asentaron en la zona pequeños propietarios de origen español e italiano que basaban la puesta en producción de sus “chacras” en el trabajo familiar. Estos espacios destinados a la explotación intensiva de peras y manzanas se organizaron en extensiones de entre 5 y 20 hectáreas que fueron compradas a los primeros terratenientes ganaderos. Pese a ser fracciones de tierra reducidas, en la época de recolección de fruta los productores recurrían a la contratación de mano de obra temporal¹, hasta que ciertos cambios en su dinámica organizativa llevaron a la contratación de trabajadores efectivos de origen chileno que sustituyeron la presencia laboral del chacarero. Los trabajadores migrantes formaron sus familias en el Alto Valle y su descendencia ostentó, según la legislación argentina, la nacionalidad de este país. Sin embargo, el sentido común en la zona sigue sosteniendo que los trabajadores rurales son “chilenos”.

Identidad nacional y clase social

Considero que el análisis del proceso a través del cual chicos argentinos pertenecientes a familias de trabajadores chilenos se reproducen como “chilenos”, permite acercarnos a los continuos intentos de los estados nacionales de consolidar una mecánica articulación entre identidad nacional y espacio estatal. Enmarcar el trabajo de campo llevado a cabo en el Alto Valle de Río Negro, en una discusión en torno al proceso desde el cual los sujetos construyen sus identidades sociales como identidades nacionales, alude a los modos en que los estados nacionales han construido políticas de integración² y diferenciación ciudadana entre quienes nacen y viven en sus territorios.

La situación de “frontera” que compartió el Alto Valle de Río Negro con el resto de la Patagonia Argentina ofrece un panorama de la continuidad de tensiones entre “lo

¹ Esta tendencia ha sido estudiada en otras unidades rurales en la Argentina, identificadas con la producción de los colonos (Archetti y Stolen, 1975; Bartolomé, 1978; Schiavoni, 1995).

² Gustavo Lins Ribeiro (1999) advierte sobre la importancia de diferentes niveles de integración coexistentes: el local, el regional, el nacional, el internacional y el transnacional. En estos niveles se conforman distintas identidades con alcances y también con articulaciones diversas.

argentino” y “lo chileno”. Una vez eliminado el indio, quien hasta fines del siglo XIX determinaba el límite que el Estado fijaba entre la “civilización” y la “barbarie”, y que supuestamente bloqueaba las posibilidades de construir una nación argentina moderna y un Estado centralizado, “el chileno” se transformó ya en el siglo XX, en el extranjero que hacía peligrar la unificación identitaria de “lo argentino” como crisol sustentador de la soberanía nacional en Patagonia.

La escuela pública debía, efectivamente, cumplir el mandato de garantizar esa unificación a través de la instrucción obligatoria, laica y gratuita. Sin embargo, fue justamente en un establecimiento escolar que observé la disrupción de este mandato. En la unidad de estudio de esta investigación, el paraje Contralmirante Guerrico, la escuela y la autoadscripción de los chicos pone de manifiesto una política de diferenciación social expresada en términos nacionales que la escuela y la dinámica productiva reproducen constantemente.

En el territorio patagónico el proyecto oficial y pendiente de nación encuentra la expresión principal de su fractura en la presencia chilena y la reproducción de esta categoría independientemente del lugar de nacimiento de quienes son calificados y se califican de esa manera. El anhelo de los pensadores de la modernidad de que “la nación se constituye en un hecho fundamental a cuyo interés el individuo debe subordinarse y ante el cual deben desaparecer los intereses de grupo” (Vilar, 1980: 173) y donde “los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos” (Gellner, 1991: 14) sigue pulseando por constituir una “comunidad imaginada” argentina en esta región (Anderson, 2000) porque la homogeneidad buscada nunca anula otras diferencias sociales; más bien las revela y pone de manifiesto.

Desde sus estudios en provincias limítrofes con Chile, antropólogos e historiadores coinciden en mostrar la limitada capacidad que tuvo el Estado Argentino, hasta entrada el siglo XX, de imponer una dinámica económica que dejara de orientarse al Pacífico y cómo esto se vio traducido en el mantenimiento de relaciones sociales que sostenían identidades nacionales locales. Desde la década del '30 con la difusión de la presencia fronteriza de la Gendarmería, la firmeza en los controles aduaneros y la expansión de las escuelas públicas, comenzó a quebrarse una dinámica de interacción internacional, hasta entonces relativamente autónoma de la organización cultural y económica fundada en el centralismo porteño de Buenos Aires. Las consecuencias se evidenciaron en términos económicos y en la redefinición de los sentidos dominantes de

la identidad. Diego Escolar analiza desde San Juan cómo “la hegemonía estatal (...) reorientó las identidades de los subalternos de modo de lograr que ““chilenos”, “rotos” e “indios” pudieran reconvertir sus subjetividades colectivas como trabajadores y argentinos” (2001: 163).

Si bien la instalación de los estados nacionales ha requerido tanto de la violencia material como de la simbólica -en términos de Pierre Bourdieu (1996)- en su cotidiano esfuerzo por imponer a los sujetos categorías de pensamiento y clasificación que permitan reproducir el campo de poder que el estado legitima, no es sólo el estado el que sostiene estas categorías; a veces ni siquiera es su necesario y seguro garante. Los modos en que los descendientes argentinos de migrantes chilenos definen su identidad en contraposición a lo que “naturalmente” se concibe en un país en el que, por derecho, todos los nacidos dentro del territorio estatal y los migrantes legalizados adquieren el status de ciudadanos y de partícipes de una nación que los nuclea y recepciona, plantean un serio interrogante: ¿por qué quienes debieran adscribirse y ser adscriptos como argentinos, son adscriptos y se adscriben según la nacionalidad de sus padres y abuelos? Más aún: ¿qué lugar cobra la adscripción nacional cuando es referida casi inexorablemente a un lugar en la estructura social, a una clase social y a una ocupación? En este punto la categoría “nacional” se comporta como una categoría étnica que, al decir de Fredrik Barth (1976), organiza la articulación entre grupos sociales a través de un límite construido y conservado no por caracteres comunes o por una cultura particular, sino por la interacción social. De este modo lo étnico debe entenderse en términos contextuales y no como propiedad per se de los grupos³.

En efecto, reconocer a este grupo de descendientes de inmigrantes como “trabajadores”, los ubica en relaciones desiguales en el sistema capitalista, pero esta ubicación se nombra en términos nacionales. La idea de “trabajadores” remite a una pertenencia de clase, a una categoría social que no implica directamente una acción de clase. Este concepto contiene una definición de los sujetos en la estructura productiva pero también elementos subjetivos y culturales de autoadscripción y de construcción identitarias que pueden derivar en la configuración de “identidades de oposición” a los

³ Desde esta perspectiva es que Leopoldo Bartolomé en su estudio sobre los colonos asentados en Apóstoles, provincia de Misiones, plantea que “la etnicidad era un factor destacado en la configuración de estrategias adaptativas de los inmigrantes europeos, y que aquella no sólo definía la “frontera” europeo-criollo, sino que era ratificada por los grupos de origen europeo para actuar entre sí. (...) Apóstoles era un conglomerado de agrupamientos con distintos orígenes nacionales y étnicos que ocupaban la misma clase social” (Guber y Visacovsky, 2000: 304).

grupos dominantes. En el caso que analizaré aquí, los trabajadores frutícolas no se adscriben a una clase social por ser trabajadores, sino por considerarse trabajadores y chilenos en relación determinada con el patrón argentino o europeo.

La posibilidad de mirar este doble movimiento en el que tienden a reproducirse relaciones de subalternidad en términos nacionales y de clase, implica entender el sentido de pertenencia de clase desde una perspectiva más próxima a la de Edward P. Thompson, para quien la clase se define por condiciones materiales de existencia y experiencia. Según él, la clase “aparece cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas) sienten y articulan la identidad de sus intereses entre ellos y contra otros hombres cuyos intereses son diferentes” (1977: 8). La categoría de experiencia devuelve a la producción de la cultura, en el sentido de “producción de significado”, un papel activo aunque no desvinculado de las condiciones materiales de existencia. Por su parte, Pierre Bourdieu afirma que las clases sociales no existen per se sino como un espacio social que opera como “la estructura de la distribución de las diferentes especies de capital, que asimismo son armas, ordena las representaciones de este espacio y las tomas de posición en las luchas por conservarlo o transformarlo” (1994: 25). Así surge el interrogante de cómo se forjan las clases sociales y cómo se reproducen sus miembros como partes de ellas.

En el comienzo de mi investigación, desde el trabajo de campo llevado a cabo dentro de la escuela, observé el elemento de clase como definitorio de un reconocimiento de los hijos de migrantes chilenos como trabajadores. Allí, al principio determiné en forma simplista que las relaciones de clase se reflejaban linealmente en las relaciones desiguales entre maestros de origen europeo y ligados a los dueños de las chacras, y alumnos de origen chileno y trabajadores rurales. En Aprendiendo a trabajar, Paul Willis describe minuciosamente la regeneración de una cultura obrera en la escuela en “relación con la estructura más esencial de la sociedad –las relaciones de producción” (1988:12). En su estudio de un poblado industrial inglés, Willis observó la cultura contraescolar a través de la cual se filtraban los modos en que los jóvenes se socializaban en la “cultura obrera”. Esta cultura imparte una auto-condena a asumir los roles subordinados del capitalismo, pero al mismo tiempo constituye “un verdadero aprendizaje, como afirmación y aproximación e incluso como una forma de resistencia” (14).

Willis se alinea dentro de la teoría crítica en educación desarrollada desde los '80. Su gran aporte fue describir la creación y producción cultural⁴ a través de la cual los jóvenes -futuros obreros- manipulan materiales culturales existentes, asignándoles nuevos significados. En efecto, la transmisión cultural no garantiza una reproducción mecánica de los lugares de clase; en los espacios que se generan en la escuela pueden observarse tensiones entre lo nuevo que se produce y lo dominante que se reproduce⁵.

A pesar de que las relaciones de producción que se gestan en Guerrico representaban un anclaje importante en mi investigación, mi trabajo de campo en la escuela no me permitía clasificar a esta institución como mera reproductora de esas relaciones, sin advertir la existencia de prácticas que tendían a reforzar entre los chicos, la producción de adscripciones con lo laboral y con la nacionalidad de sus padres y abuelos.

Haber trabajado en un primer momento en una escuela rural y haber observado el reconocimiento de algunos alumnos argentinos como “trabajadores” y “chilenos”, me permitió romper con los supuestos habituales que atribuyen estas categorizaciones a procesos discriminatorios que, buscando confirmar el carácter blanco y europeo de la Argentina, exaltan el sentimiento anti-latinoamericano y racista de sus pobladores. En el caso examinado por esta investigación, concibo la construcción identitaria de estos chicos como un modo de ratificar su lugar de trabajadores frutícolas, en continuidad con una tendencia de inserción laboral de pobladores trasandinos en toda la Patagonia Argentina.

En esta región varios autores han entendido a la “integración” económica de los migrantes chilenos, como excluyente de los procesos de marginación de esos mismos migrantes. Mario Palma Godoy, en su trabajo sobre migración chilena en Comodoro Rivadavia, analiza las estrategias que posibilitan una “integración socio-cultural efectiva” de estos grupos y que los diferencian de aquellos “muchos chilenos (que) se transformaron en sectores “marginales”, social y ecológicamente. Estos estratos llegaron a adoptar prácticas de anomia colectiva (...). Así la pérdida de normas culturales accionaba como mecanismo funcional, donde el alcoholismo y la delincuencia reflejaban la exteriorización de su no adaptación en la sociedad receptora”

⁴ Este autor utiliza la noción de “producción cultural” en el sentido de “uso colectivo y creativo de discursos, significados materiales, prácticas y procesos de grupo, a fin de explorar, entender y ocupar creativamente determinadas posiciones, relaciones y series de posibilidades materiales” (1989: 30).

⁵ Tomaz Tadeo Da Silva plantea que “la educación sería, entonces, al mismo tiempo producción y reproducción, inculcación y resistencia, continuidad y discontinuidad, repetición y ruptura (1995: 94).

(1995: 67). En este trabajo advierto, en cambio, que la integración económica de los inmigrantes no deriva necesariamente en la asimilación cultural o categorial a “lo argentino” y que la “marginalidad” como no “argentinidad” no es sinónimo de “falta de” o de “no-integración”. Afirmar una supuesta “no adaptación en una sociedad receptora” desconoce los modos en que los migrantes cotidianamente refuerzan su opción por estar fuera del país de origen, y desconoce que su permanencia en el país receptor se justifica y negocia cotidianamente, generando diferentes modos de “ser extranjeros”, sin por eso “ser marginales”. En este proceso se socializan los argentinos adscriptos y autoadscriptos como “chilenos”⁶.

A partir de un conflicto “obrero” desatado en 1994 con trabajadores migrantes chilenos en un enclave minero industrial de Río Turbio, provincia de Santa Cruz, Hernán Vidal observaba cómo “el pasaje de una economía nacional controlada por el Estado a una economía de mercado globalizada transforma las complejas identidades y antagonismos forjados en medio siglo de confrontación geopolítica” (2000: 185) entre Chile y Argentina. En este contexto, ante avances de la concesionaria minera sobre conquistas sociales obtenidas por los trabajadores durante su vinculación con el Estado, los trabajadores chilenos hicieron de su origen nacional una bandera de reivindicación en contra de los intereses privados, reivindicación que generó posturas encontradas a nivel local y provincial.

En este sentido, mi investigación discute con aquella producción socio-antropológica que explica la adscripción de grupos o minorías en la Argentina como el resultado del prejuicio y el estigma que alienta la discriminación hacia “otros” diferentes y desiguales. Para Diego Casaravilla, por ejemplo, hay una “victimización” del migrante que soslaya la exploración del tejido de relaciones que sostienen el sentido de “migrar” (2000). Para Mario Margulis y Marcelo Urresti (1997, 1998) en sus trabajos sobre la “racialización de las relaciones de clase” y el carácter discriminador y descalificador que opera en la construcción de imágenes sobre los migrantes internos y de países limítrofes, “el carácter encubierto y vergonzante de los fenómenos discriminatorios tiene su correlato en estrategias de negación y disimulo por parte de los

⁶ Brenda Pereyra realiza un importante aporte en este sentido al analizar la migración chilena en Buenos Aires concluyendo que “ser chileno” es una abstracción si no se observa desde las distintas manifestaciones que adquiere según el contexto de interacción en que se use. De esta manera, la “chilenidad” “está marcada por un sentimiento de pertenencia, sentimiento que se traduce en prácticas determinadas. También puede ser por omisión, negándose a desarrollar acciones típicas argentinas (...) también puede mostrarse en actitudes o formas de reaccionar frente a determinadas situaciones” (1999: 24).

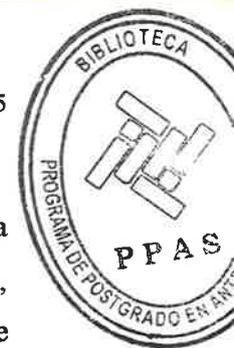
propios discriminados, que no han establecido aún (...) la conciencia de una identidad que los agrupe” (1998: 149). La continua apelación a la discriminación como base explicativa de la diferencia social en términos raciales o nacionales, impide comprender cómo operan los contextos de interacción entre los “señalados” y los que “señalan”, sus relaciones sociales materiales y la socialización de las nuevas generaciones, esto es, la experiencia y el aprendizaje de prácticas que serán vitales para su reproducción. Así, y siguiendo en la línea de otros investigadores (Vidal, 2000; Escolar, 2001), la construcción de las identidades de las familias de migrantes no reproduce una pertenencia original sino que dialoga con nuevos contextos y en nuevas condiciones. En ellas intervienen diferentes agentes del Estado receptor y también quienes compran su fuerza de trabajo y otros trabajadores. Desde esta perspectiva, mi investigación propone mirar la autoadscripción de los descendientes de migrantes en su doble juego de trabajadores y chilenos.

Trabajo de campo en la escuela, las chacras y las calles ciegas

Mi investigación se inició en la escuela N°68, donde conocí a los alumnos descendientes de chilenos, con los que trabajé a lo largo de 1999 y de 2000 coordinando un Taller de Historia Oral. A través de esa experiencia registré relatos desde los cuales formulé mis primeras preguntas acerca del autoreconocimiento que los chicos manifestaban como chilenos y trabajadores.

Esta autoadscripción planteó la importancia de indagar la reproducción de esta identidad fuera de las relaciones de subalternidad planteadas en la escuela. Reconocer el carácter de clase que atravesaba la adscripción nacional permitió continuar mi trabajo de campo en los espacios de socialización de los chicos como chilenos y trabajadores: las chacras y las calles ciegas.

Diferentes estudios sobre la estructura productiva del Alto Valle (Bandieri y Blanco, 1992 y 1994; Bendini y Bonacorsi, 1998; Bendini y Radonich, 1999) han considerado a las explotaciones frutícolas conocidas como “chacras”, exclusivamente como espacios de producción. Mi investigación amplía esta noción para considerarlas, además, un espacio social. De este modo la chacra se revela como un lugar en el que se reproducen categorías de clase y de pertenencia etno-nacional, es decir, un espacio social en el que se co-producen identidades y posiciones de subalternidad, un ámbito de socialización que alberga, por consiguiente, distintas situaciones e inserciones laborales.



Introducir en la investigación al espacio de las calles ciegas aporta una ampliación del análisis de la vida social y productiva de las zonas rurales del Alto Valle, generalmente circunscriptas a las chacras. Las calles ciegas encierran un mundo de relaciones sociales que se complementan y también escapan a la dominante dinámica frutícola. Las calles ciegas constituyen un espacio de producción y de circulación de bienes e información que atraviesa a las familias de inmigrantes trabajadores y la socialización de sus hijos.

La calle ciega constituye una variante de la vida rural que no suele aparecer en los trabajos sobre producción, por dos razones: porque sus habitantes ocupan un espacio ilegal que no es reconocido por las autoridades estatales, y porque no necesariamente sus actividades son parte de la fruticultura propiamente dicha. Estos dos elementos definen un modo de reproducir en los descendientes de migrantes chilenos la vinculación entre chilenidad y trabajo rural que, como se verá en estas páginas, se diferencia en algunos aspectos de los que viven dentro de las chacras. Las chacras y las calles ciegas son lugares de producción y de socialización donde se arraigan y desarrollan las familias que son, a la vez, la base organizativa del trabajo en ambos espacios –chacras y calles ciegas- y las transmisoras de los saberes necesarios para reproducirse como trabajadores y como chilenos.

Haber observado las prácticas que desarrollan estas familias en cada espacio permitió darle sentido a los relatos que en el comienzo de la investigación recopilé en la escuela. Lo que contaban los chicos acerca de su presente en el paraje, estaba atravesado por su experiencia cotidiana en el lugar, experiencia que pude analizar a través de la observación de prácticas, usos del espacio, e interacciones con otros actores locales en su vida cotidiana y laboral.

Para aproximarme a estos aspectos de la vida social de los sujetos, he basado el trabajo en el enfoque etnográfico. Coincidiendo con Clifford Geertz (1988) en que la búsqueda de significados es una premisa de trabajo antropológico, a través de la “descripción densa”, microscópica, detallada de la realidad, que interpreta el flujo del discurso social y la visión que poseen los diferentes sujetos sociales sobre la realidad cambiante en la que interactúan con otros sujetos sociales, registré información basada en la identificación de sentidos desde los actores sociales. El método etnográfico permitió así sostener un diálogo entre la observación empírica con la teoría social, de

modo que la descripción y registro de las explicaciones y sentidos “nativos” obligaran a revisar las relaciones entre los conceptos generales y las prácticas observadas.

Complementé el trabajo de campo realizado en la escuela, las chacras y las calles ciegas de Guerrico, con entrevistas grabadas. La relevancia que adquirió la oralidad en el Taller de Historia Oral en la escuela, fue el puntapié inicial para acercarme a los actores sociales locales⁷. Entendí la historia oral como una alternativa metodológica destinada a recoger las tradiciones orales y aquellas dimensiones del pasado que no se reflejan en otras fuentes, sin por ello creer que su relevancia me permitiría la reconstrucción del pasado; en vez, la historia oral me permitió recuperar versiones del pasado construidas a través de significados y sentidos sustentados en el presente (P. Thompson, 1978; Schwarzstein, 1991; Frisch, 1990, Lulle, 1998). De este modo, la indagación sobre las historias familiares de los chicos en el Taller, me permitió comprender los relatos registrados con grabador como parte de las prácticas y las experiencias que los chicos comparten junto a sus familias en sus ámbitos de socialización en el paraje.

Mi concurrencia semanal a la escuela me vinculó con algunas madres de los chicos, que se convirtieron luego en anfitrionas/informantes en sus casas de las calles ciegas y las chacras. Desde finales del 2000 hasta octubre del 2001 observé en las chacras diferentes tareas realizadas por las familias de trabajadores rurales: en el verano la cosecha, el riego, el mantenimiento de la limpieza de la chacra; en el invierno la poda, y en la primavera el raleo, las primeras curas y la limpieza de las acequias. En el curso del año y en cada estación registré la combinación del trabajo estable y del trabajo temporario, y la división del trabajo entre hombres, mujeres y niños. Las visitas a una de las calles ciegas del paraje, revelaron la vida de familias de migrantes chilenos que trabajan dentro de las chacras pero residen fuera de ellas, así como el festejo del 18 de septiembre, fiesta patria chilena que fue recreada en el paraje por las familias de migrantes en la calle ciega y en las chacras.

⁷ Atender los sentidos que los actores sociales le asignan a su pasado desde su presente histórico abre una mirada sobre las formas en que la gente recuerda, reconstruye y transmite versiones de la historia. Analizar la selección y elaboración del pasado se constituyó en una perspectiva que ha limado distancias entre el campo de la historia y de la antropología. Dentro de esta tendencia, tanto investigaciones etnográficas como “historias desde abajo” (Samuel, 1984) introducen en sus producciones las experiencias pasadas de la “gente ordinaria” y las resignificaciones de sus recuerdos, y reconstruyen los modos en que se modela la memoria, como producto de relaciones sociales en las que se difunden versiones del pasado “dominantes” y otras “no oficiales”.

La prioridad de una perspectiva cualitativa en la investigación no implicó dejar de lado la información documental que esclareciera las transformaciones productivas y sociales del Alto Valle de Río Negro y de las zonas de provisión de mano de obra en Chile; ello contribuyó a situar históricamente a los actores sociales que había identificado en la unidad de estudio. Para ello consulté fuentes secundarias sobre historia regional y sobre sociología rural en bibliotecas de la Universidad Nacional del Comahue (UNC), del Grupo de Estudios de Sociología Rural de esa universidad y del INTA. Las estadísticas provenientes de este organismo y de la mutual de los obreros rurales (OSPRERA) fueron procesadas para acceder a los tipos de producción dominantes de la zona, las tendencias en la propiedad de la tierra y datos acerca de los trabajadores rurales del paraje. En la sede de Migraciones de la ciudad de Neuquén adquirí la reglamentación de migraciones y datos referidos a la migración chilena en la zona. Los censos de la Secretaría de Acción Social de la municipalidad de Allen proveyeron información acerca de la situación socioeconómica de los habitantes del paraje y la aplicación de diferentes programas municipales y provinciales. En Buenos Aires En Buenos Aires (IDES, FLACSO, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano) y Posadas (Biblioteca de la Universidad Nacional de Misiones) revisé trabajos sobre la fruticultura y sobre los trabajadores rurales. Complementé los datos cuantitativos con charlas con los empleados de los organismos oficiales.

De este modo, las fuentes construidas en mi relación con los protagonistas de esta investigación no excluyeron las evidencias de tipo histórico o estadístico. Esta complementariedad metodológica permitió obtener datos a la vez que complejizó las preguntas iniciales con las que comencé el trabajo de campo en el paraje.

Plan de la obra

Los resultados de mi investigación se presentan en cinco capítulos. En el capítulo primero, *Hijos de chilenos en la escuela: niños-alumnos y chicos-trabajadores*, desarrollo el comienzo de mi trabajo de campo en la escuela de Contralmirante Guerrico, espacio en que conocí a los actores sociales involucrados en la dinámica escolar y social del paraje: los alumnos descendientes de migrantes chilenos y las maestras de familias locales propietarias de chacras. Desde las observaciones en la escuela formulé mis primeras preguntas referidas a la chilenidad que los chicos

manifestaban, y a los modos en que se internaliza esta adscripción en sus ámbitos de socialización familiar. La niñez depositada en ellos por los maestros se presentaba opuesta a la adscripción como chicos-trabajadores que reafirmaban los alumnos en sus espacios de socialización familiar.

En el segundo capítulo, *Chacareros y migrantes chilenos en el noroeste patagónico*, presento desde una perspectiva histórica el proceso por el cual los migrantes chilenos y sus descendientes se incorporaron a mediados del siglo XX a la dinámica productiva del Alto Valle de Río Negro. Lo hicieron en calidad de asalariados y así constituyeron la mayoría de la población del paraje Guerrico, dando continuidad a las históricas relaciones entre las poblaciones de ambos lados de la cordillera. Para ello describo la organización de la dinámica económica y social de la zona desde su definitiva incorporación a la Argentina moderna a principios del siglo XX, bajo el dominio de una unidad productiva: la chacra frutícola. La misma fue apropiada por familias de migrantes europeos que en un primer momento, lograban sostener con el trabajo de sus integrantes la producción de peras y manzanas, para luego derivarlo a trabajadores de origen chileno. Estos trabajadores pasaron a conformar lo que es, actualmente, la mayoría de la población del paraje, residiendo en las chacras o en las calles ciegas. Los hijos, generalmente nacidos en la Argentina, se socializan en la chilenidad y en el trabajo, tema de los tres capítulos restantes.

En el tercer capítulo, *El trabajo en la chacra*, me concentro exclusivamente en este espacio productivo. El migrante chileno llegó al Valle para trabajar en la fruticultura; en la chacra obtuvo a veces trabajo y vivienda. En este capítulo presento la división familiar de las tareas culturales y el lugar de la familia en la transmisión de conocimientos que forman a los chicos como trabajadores. Tempranamente los chicos aportan a los ingresos y aprenden diversas tareas bajo la supervisión de los adultos. Es en la socialización en el trabajo donde interviene simultáneamente el aprendizaje de la chilenidad que abarca una lealtad de clase con el connacional y la representación de que “ser chileno garantiza ser un buen trabajador”. Estos elementos evidentes en prácticas concretas, permiten observar la reproducción de relaciones de subalternidad en el contexto de las chacras.

El cuarto capítulo, *La vida en una calle ciega*, presenta la cotidianeidad de los chicos descendientes de chilenos y sus familias en este espacio rural. La calle ciega es considerada por los agentes estatales como un asentamiento ilegal, pero constituye el

otro espacio de residencia que los chicos de la escuela señalaron como ámbito de socialización. Así como los chicos que viven en una chacra aprenden a ser chilenos-trabajadores frutícolas, los de la calle ciega aprenden a ser chilenos-trabajadores frutícolas y trabajadores en otros menesteres; los adultos los inician en actividades que escapan al control directo del patrón de la chacra, usando su chilenidad para sostener prácticas económicas relacionadas con el comercio, la recreación y la producción de bienes para la venta y el consumo familiar. Su chilenidad se traduce en este caso en la identidad socio-nacional según la cual “ser trabajador” no requiere vivir bajo el control del patrón. Ello deriva en la construcción de espacios de “autonomía”.

Luego de presentar el modo en que los chicos descendientes de chilenos se socializan en el trabajo y su chilenidad según el lugar de residencia familiar, en el último capítulo, *El festejo del 18*, describo cómo se resuelve la relación con el origen nacional en uno y otro espacio. Desde la descripción del festejo de la fecha patria chilena, concluyo que en las chacras y en las calles ciegas se reproduce de distinto modo la relación entre ser trabajador frutícola y la chilenidad. Observo entonces la importancia de considerar a las identidades nacionales atravesadas por situaciones de clase, las cuales no se presentan como únicas a pesar de definirse por la relación desigual con un patrón.

Capítulo I

Hijos de chilenos en la escuela: niños-alumnos y chicos-trabajadores

En el año 1999 comencé mi investigación en la escuela N° 68 del paraje Contralmirante Guerrico. Aquí conocí a las maestras descendientes o ellas mismas chacareras del lugar y a los alumnos, en su mayoría hijos e hijas de los “peones de chacras” que viven en esta zona y que descienden de inmigrantes chilenos.

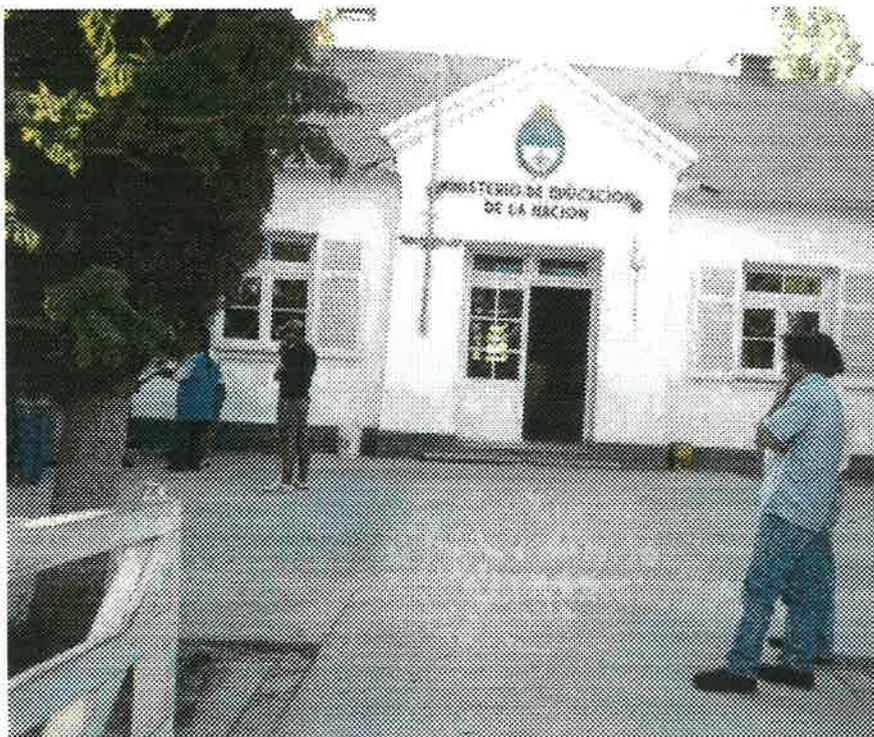
En la escuela pude observar que los chicos argentinos “por origen” e hijos de chilenos no sólo eran señalados por sus maestros como “más chilenos que argentinos”, sino que ellos mismos tomaban como referencia identitaria sus orígenes familiares pero además, también, su inserción laboral.

Esta situación escapa a las caracterizaciones habituales sobre los actos discriminatorios como meramente externos y de signo negativo. Eliminando este signo podría pensarse, como punto de partida neutralmente valorativo, que los procesos discriminatorios son sistemas de clasificación, y por ende de autoadscripción y de adscripción. En este caso son los mismos descendientes de chilenos quienes confirman su “chilenidad”. Este matiz me permitió pensar dos ejes que atraviesan a las relaciones de subalternidad en el ámbito escolar: uno es el referido a los significados que encierra para los docentes su trabajo con “niños”, entendidos como sujetos de socialización escolar, en conflicto con su reconocimiento como “chicos” en el ámbito familiar y productivo; el otro eje es el vinculado a las adscripciones nacionales, pues los “niños” que vienen de sus casas siendo “chicos”, son en la escuela objeto de nacionalización argentina, tarea que entra en tensión con la chilenidad que los chicos recrean como hijos de chilenos que son, además, trabajadores rurales.

En este capítulo presento el modo en que estos problemas emergieron de mi trabajo de campo. Desde el análisis de los registros de campo y de la experiencia de haber coordinado un taller de historia oral en el que participaron algunos alumnos, modifiqué la mirada estereotipada que yo había montado en torno a las divisiones de “clases” que se gestan en el lugar, para de esta manera percibir la complejidad del

mundo del trabajo⁸ en el paraje; asimismo, comprendí la riqueza que encierran los relatos sobre el pasado como modos de referirse a la realidad social presente como producto de determinadas condiciones sociales de producción y de socialización.

Desde los relatos que se generaron en el taller observé que, desde su socialización familiar, los hijos de chilenos etnifican su lugar de trabajadores, a la vez que ratifican su nacionalidad desde el trabajo, proceso que dentro de la escuela se significa como un obstáculo para la impartición de una nacionalidad argentina.



Escuela N°68

La escuela frente a “lo chileno”

A la escuela N° 68 se llega por cualquiera de las dos rutas que articulan las principales ciudades del Alto Valle. Donde se ubica la garita que marca la parada del transporte público, en cuya pared está inscripto “Contralmirante Guerrico”, se dobla hacia el río Negro. Allí bajan todos los días del ómnibus los chicos que asisten a la escuela; recorren unos 300 metros por la calle de ripio delimitada por las alamedas hasta encontrar el portón de entrada desde el cual se divisan viejos eucaliptos, el mástil y la

⁸ Es entendido como “el conjunto de relaciones que los trabajadores individual y colectivamente establecen en la esfera de la producción, en el ámbito de los lugares de trabajo, entre sí, con los patrones, con el estado y con las organizaciones y movimientos que pretenden representarlos” (Falcón, 1986: 19).

fachada blanca del establecimiento. Por sus formas arquitectónicas las maestras afirman que es una escuela de los “tiempos del peronismo”: ventanas amplias y postigos de madera, techo de tejas, la puerta de entrada de madera y vidrio repartido con la campana de hierro a un costado, el mástil en el frente, y grandes árboles de eucaliptos alrededor.

Llegué a la escuela por primera vez por medio del director, a quien había conocido en la Supervisión del Consejo de Educación Provincial con sede en Allen. Una mañana me llevó hasta Guerrico, entusiasmado con la idea de que “gente de la Universidad” pudiera “hacer algo” con los maestros rurales. Quizá nunca hablé de la posibilidad de trabajar con los maestros, pero que el director proyectara esa expectativa permitió instalarme cómodamente dentro de la institución. Una vez ahí me presentó a los maestros como “una profesora de Historia” que va a trabajar sobre “la historia de Guerrico”. “Qué bien” dijeron algunos, “ya vamos a ubicarte a algunos chacareros del lugar”.

Mis primeras observaciones enfatizaron cómo en la escuela aparecían varias “referencias” a la presencia de los chacareros: el establecimiento recibe el nombre informal “la escuela de Cordeviola”, en relación al propietario de la chacra en la que se ubicó desde principios de siglo el primer edificio escolar, a un kilómetro del actual; algunas de las maestras que dictan clases actualmente, son descendientes de propietarios del lugar; las fiestas de fin de año siguen convocando a ex-alumnos devenidos en chacareros.

La relación entre maestros y alumnos se me presentaba como una relación de clases simplificada, definida por el acceso desigual a la propiedad, las maestras eran parientes de chacareros o ellas mismas lo eran, y los alumnos eran hijos de trabajadores: el papel de la escuela como reproductora de las relaciones de clase parecía evidente.

A esta inicial imagen estereotipada que monté acerca de las relaciones sociales del ámbito productivo reflejadas en las relaciones entre maestras y alumnos, se sumaba el hecho de que una importante proporción de alumnos, pese a ser argentinos por nacimiento, eran señalados por las maestras como chilenos y se reconocían ellos mismos como parte de familias chilenas.

Los niños objeto de socialización nacional argentina se transformaban en un problema: llegaban a la escuela como chilenos y como chicos trabajadores, al tiempo que las maestras ratifican esa chilenidad al reconocerlos como tales. En distintas ocasiones ellas me manifestaron su preocupación por observar que “el mundo de los

pibes es Chile, y eso que nosotros les hacemos ver que este país les dio trabajo y es donde nacieron...”. En términos parecidos, al hablar sobre los migrantes chilenos el director señaló: “Todos tienen esa cosa de Patria, que resaltan frente a lo argentino”. Parecía así que “lo chileno” representado por los chicos descendientes de migrantes trasandinos chocaba con el sentido de nación argentina que las maestras desean infundir en los alumnos⁹ en su calidad de “niños” a los que debían educar.

La simplificada relación chacarero-trabajadores representada por maestras-alumnos dentro de la escuela quedaba atravesada por los orígenes nacionales: maestras y chacareros, argentinos y descendientes de migrantes europeos, tienden a reproducir el ideal de nacionalidad de la generación del '80, para la cual el progreso está vinculado con la reafirmación de un sentido de pertenencia argentino inmigratorio (europeo) que los involucra como “comunidad”; entre tanto, los alumnos que se reconocen como chilenos, no sólo no colaboran con ese sentido, sino que parecen “amenazarlo”.

En una oportunidad, con motivo de recordarse el 24 de Marzo de 1976, el último golpe de estado en la Argentina, la maestra de séptimo grado trabajó durante su clase de Ciencias Sociales la noción de “dictadura”, mostrando la oposición entre dictadura y democracia. Suministró entonces un cuestionario para que los chicos trabajaran junto a los mayores en sus casas, donde se pedía las fechas en que éstos habían votado. Una vez traídas las respuestas a clase, se leían y eran unificadas en un afiche y en el pizarrón. Ninguna de las respuestas que habían brindado los papás o parientes de nacionalidad chilena, en las que señalaban los años de elecciones y el largo período de la dictadura pinochetista, fueron registradas del modo previsto, “porque no sirven para lo que vemos y para ver el caso argentino”, según me explicó la maestra.

Al conmemorarse el 75° aniversario de la escuela el origen chileno de algunos chicos volvió a ser un problema: se había decidido elegir un nombre para la escuela y para ello se consultaría a los padres. Se confeccionaron papelitos con la pregunta “¿qué nombre le pondrían a la escuela?”, pero mientras la directora recortaba las tiras de papel para ser repartidas advirtió los riesgos de una iniciativa tan democrática: “Esperemos que no nos salgan con ninguna “chilenada”...”. La cotidiana pulseada “simbólica” entre el “ser argentino” construido y afianzado desde la escuela, y una identidad de migrantes

⁹ Cabe recordar que la escuela surge como institución del Estado —en sustitución y a veces complementando a la Iglesia— disputando el monopolio de la educación legítima y entablando una pugna por afirmar una relación de superioridad con la familia, lo que implica obtener el reconocimiento por parte de éstas de la superioridad desde la cual puede actuar sobre los niños en la socialización como ciudadanos.

presente en la escuela desde los chicos y su mundo familiar, encierra pujas de significados, atribuciones y lugares en el espacio social que sólo cobraron sentido en mi investigación una vez que me acerqué a los mundos de socialización de los chicos desde el trabajo en el taller.

El Taller de Historia Oral

En el Taller de Historia Oral que llevé a cabo en la escuela entre agosto y septiembre de 1999 y entre junio y julio de 2000, participaron “chicos” de entre 11 y 15 años. Por mi parte, dejar de pensar el trabajo con ellos en términos escolares, es decir, dejar de lado la representación de que trabajaba con “niños” y reconocerlos como “chicos” significaba retomar su propia categorización familiar. La imagen de niñez difundida dentro de la escuela forma parte de una construcción de la sociedad moderna y occidental¹⁰ en la que el niño es definido por rasgos de poco prestigio (sensibilidad, debilidad, afectividad, emotividad), “equiparado a cuantas categorías despreciadas existen en la sociedad, es como arrastrado y aspirado por ésta” (Snyders: 1981: 73). De este modo, la escuela presenta a la educación como necesaria para superar los rasgos negativos de la niñez, como instrumento “para corregir “hábitos y comportamientos inadecuados” y facilitar la incorporación de las formas correctas, adecuadas y normales de actuar” (Milstein y Mendes, 1999: 66). Los niños deben así socializarse, sin reconocerlos como sociales en tanto partícipes de relaciones que los involucran activamente. En oposición a la noción de niñez que circula en la escuela, denominar “chicos” a los participantes del Taller instala, como demostraré luego, su autoreconocimiento como trabajadores y como chilenos, ya que, a esa edad y en el contexto del hogar, comienzan a insertarse laboralmente en tareas de la familia, lo que los diferencian de los más pequeños.

El propósito inicial de organizar el Taller surgió luego de escuchar las referencias que las maestras manifestaban en torno a “lo chileno” dentro de la escuela; yo las entendía como “discriminatorias” en el sentido de injustas, como pequeños actos de silenciamiento en su empeño escolar por cumplir con el mandato de argentinizar a los niños. Mi percepción de las relaciones desiguales que se gestaban en la escuela, sumada a mi intención de conocer la historia de la gente de Guerrico, dio lugar a que le

¹⁰ Para un acercamiento a la histórica construcción de la niñez y la adolescencia ver Françoise Dolto (1986 y 1994).

propusiera al director generar un espacio y un momento “fuera de la clase y del aula” desde el cual trabajar con chicos de algunos grados bajo la dinámica del “Taller”, entendiéndolo como un espacio de construcción de conocimiento, que se planteó como una forma metodológica¹¹.

La literatura consultada concibe al Taller como un espacio democrático y solidario de reflexión en torno a determinadas prácticas; se espacio se proyectó como una oportunidad para explicitar y problematizar los saberes de los alumnos que se transmiten en sus familias. Se trataba de asignarle valor a la palabra, en tanto portadora y configuradora de la realidad, y de construir colectivamente -en el encuentro y desencuentro de posiciones- significados compartidos más complejos.

La intención de trabajar fuera de “la clase” implicaba romper con la representación de autoridad de un mayor que habla frente a los niños para transferirles determinados contenidos; se trataba más bien de permitir que los protagonistas del Taller fueran los chicos y registrar desde sus relatos, la historia de sus familias en el lugar. Este objetivo fue habilitado no sólo porque los encuentros del Taller se realizaban fuera de los parámetros que definen una clase escolar regular, sino también por su modalidad voluntaria, sin cuaderno y sin registro de asistencia, lo cual derivó en el mayor relieve de la narrativa oral, apoyada de vez en cuando por dibujos colectivos sobre temas o espacios específicos. Paul Thompson, un impulsor del uso de la oralidad como fuente historiográfica, enfatizó las posibilidades que abren los proyectos escolares que se basan en la historia oral, al experimentar los chicos “a nivel práctico, la Historia como proceso de recreación del pasado, así ellos (...) tienen la oportunidad única de elaborar su propio fragmento de Historia” (1978: 191).

A las maestras el Taller, al que llamé “Taller de Historia Oral”, les resultaba curioso; eso de que “alguien de la Universidad” fuera hasta el paraje a trabajar con los chicos desde otro lugar que no fuera una clase (y que no pudiera interpretarse como una clase de “historia”) lo percibían desde las potencialidades didácticas, como un modo distinto de trabajar sobre la Historia.

Mónica, la maestra del área de Ciencias Sociales de sexto y séptimo grado, preocupada por el trabajo de la Historia en tercer ciclo, se entusiasmó con esta

¹¹ El debate en relación a esto, forma parte de una variedad de trabajos que desde diferentes perspectivas lo asumen como desafío para la formación docente -Carr y Kemis, Carr, Grundy, son algunos de ellos- Edelstein y Coria (1995) señalan que “de lo que se trata es de un trabajo en profundidad de las relaciones mutuas, que son de contraste, oposición, resistencia, pero también de complementariedad y juego dialéctico constante”.

perspectiva de trabajo y me ofreció convocar para el Taller a los grados que tenía a su cargo. Acordé junto a directivos y padres en convocar a los chicos en forma voluntaria una vez por semana en horario extraescolar. Como ellos asistían a clases hasta las 12:30 del mediodía, comenzamos a reunirnos luego de su almuerzo en el comedor organizado en la escuela, de modo que el Taller no implicara que los chicos tuvieran que trasladarse desde sus casas exclusivamente para esta actividad.

Como en el turno tarde de la escuela no había aulas disponibles, nos asignaron la sala de la fotocopidora, de unos tres metros por tres, con una ventana de madera. Sin saber aún la cantidad de asistentes acordamos en usar ese espacio, con bancos de madera de un metro de largo dispuestos en círculo para cada jornada. Como el número de chicos varió entre 10 y 20, de modo que a veces quedábamos apretados, el calor sofocaba y los bancos no alcanzaban, así que los participantes se acomodaban en el suelo de granito o sobre mesas traídas de algún aula. Mochilas y guardapolvos quedaban amontonados fuera de la sala, sin intención de ser usados hasta el día siguiente en la clase regular.

En todos los encuentros con los chicos circuló un grabador: quedar grabado se transformó en la gran atracción. Al principio tomaban el grabador con cierto temor, pero en el transcurso de las jornadas la ansiedad disminuyó y las charlas se fueron haciendo más relajadas; todos estaban atentos a que el grabador circulara de modo que cada uno contara algo. Después de los encuentros algunos se quedaban a escucharse y se reían de las voces y los comentarios.

En cada jornada de trabajo yo les proponía un tema de charla. Dado que la primera reunión coincidió con un brote de hepatitis, tomé ese tema como disparador de una conversación colectiva, para luego promover una comparación entre su escuela y la de sus padres. Esto instaló en sus relatos no sólo un cambio en la dimensión temporal, sino también espacial: a diferencia de los chacareros las escuelas de sus padres no eran como la suya y, además, no estaban en Guerrico sino en el interior de Neuquén, en Chile o en otras localidades del Alto Valle.

Los espacios y los modos en los que vivían las familias de los chicos constituyó un eje central de trabajo durante el primer año de Taller, así como el sistema de clasificación social del que eran parte en el paraje. A lo largo de los encuentros los chicos delimitaban posibles subgrupos dentro de los cuales se incluían junto a los miembros de su familia: todos eran “alumnos” y sus familias eran “trabajadoras” de la

fruticultura, pero no hablaban de “peones” o “trabajadores” como una categoría general. Ellos marcaban las diferencias entre los padres que trabajaban “por tanto”, los capataces, las familias que vivían dentro de las chacras y las que residían en las calles ciegas, los padres de origen argentino y los migrantes chilenos y bolivianos. Del grupo, cuatro chicos vivían en calles ciegas, los demás dentro de una chacra; quince tenían padres encargados de chacra y ocho aclararon que sus padres eran peones temporarios a sueldo; trece chicos tenían padres que migraron de Chile, dos de Bolivia y seis manifestaron que sus papás habían nacido en Argentina.

Las relaciones que se establecían en las chacras como producto de las relaciones de producción poco tenían que ver con la imagen estereotipada y polarizada entre chacareros y peones, como la suelen referir en el habla corriente los maestros: había más de una situación laboral y de residencia que complejizaba la vinculación con los patrones y también con el mundo de los trabajadores. El mundo social del cual provenían sus familias y en el cual se insertaban como trabajadores era mucho más complejo de lo que yo había advertido en un primer momento.

El segundo año de trabajo enriqueció el panorama; presté más atención sobre las fuentes de saberes y significados de los chicos: el mundo del trabajo y sus familias. El horario de los encuentros fue al mediodía, después de su jornada de clase. Me encontraba con los chicos en el almuerzo antes del Taller y de ese modo entablaba diálogos “de mesa” un poco más informales.

El comedor de la escuela funciona diariamente durante el ciclo lectivo y su abastecimiento y organización dependen del municipio de Allen y del Consejo Provincial de Educación. Solían asistir unos 30 alumnos provenientes del turno tarde y de la mañana, pero el número aumentaba los días que funcionaba el Taller. La comida la preparan en la cocina escolar una o dos madres del lugar, que son contratadas por el municipio. Guisos, polenta con tuco, arroz con pollo, se hacen con insumos congelados y deshidratados. Además, estas señoras se encargan junto a la portera de la escuela de servir el pan, el agua o el jugo, y los platos de los chicos. Durante la comida las chicas se sentaban juntas en una de las mesas de madera que ubicaban las cocineras en el salón de la escuela; los chicos se sentaban en la mesa de al lado. Como los chicos eran más numerosos debían turnarse para comer; los que esperaban jugaban a las bolitas y a las figuritas en el patio de tierra afuera, bajo los árboles.

En el 2000, la nueva directora asignada por licencia gremial del director anterior, conociendo la experiencia que llevé a cabo en 1999, me pidió que organizara nuevamente el Taller a raíz del 75° aniversario de la escuela. Esta nueva convocatoria a participar en el Taller estuvo pues orientada a reconstruir la historia de la escuela a través de los chicos. Los primeros encuentros los dedicamos a la escuela, cómo la recordaban cuando ingresaron y qué cambios notaban. Luego hicimos dibujos de la escuela, grabamos conversaciones en el grupo plenario y en subgrupos, charlamos sobre los maestros, sus posibilidades de continuar sus estudios, los juegos en la escuela y los trabajos en la chacra, la situación de los chilenos y sus historias familiares.

Desde un primer momento intenté proyectar la reconstrucción de la historia de la escuela no sólo desde los recuerdos y miradas de los chicos, sino también desde el relato de informantes que ellos mismos seleccionaban. Al final de cada encuentro acordaban entre ellos las preguntas que les harían a ex alumnos, maestros y directivos. Las primeras respuestas que obtenían las transcribían y las leíamos en el Taller, dando lugar a frecuentes comparaciones entre “el antes y el ahora” en la escuela. Luego los chicos realizaron entrevistas grabadas por ellos mismos.

De este modo, durante el segundo año de trabajo el grabador dejó de registrar sólo las conversaciones de Taller y en manos de los chicos salió de la escuela. Primero grabaron a una ex alumna, migrante chilena y actual trabajadora del paraje. Esta entrevista motivó el deseo de otros alumnos de que las voces de sus familiares también quedaran registradas. La salida del grabador a sus casas en manos de estos “cronistas familiares” me abrió la oportunidad de dejar de circunscribir el trabajo sobre la oralidad a mi exclusiva coordinación. Escuchar en grupo las voces de sus padres o abuelos contando “cuando nos decidimos venir de Chile...” o “allá ya no había nada que hacer, así que un primo nos dijo que nos vengamos al Valle”, confirmó el sentido de los relatos como parte de reelaboraciones del pasado generadas y transmitidas en el seno de las familias.

Llevar el grabador a la casa ponía en evidencia el limitado sentido que desde el comienzo del Taller yo le había asignado a los recuerdos, pensados como un producto individual y escindido de la vida cotidiana actual, plausibles de ser recuperados desde un grabador, sólo como manifestaciones desde el discurso y no como partes de prácticas sociales. Era evidente ahora que los discursos se referían a la realidad social principalmente desde sus condiciones sociales de producción.

Así como las entrevistas a las familias “sacaron” al grabador y al Taller de la escuela, los dibujos grupales generaron la posibilidad de observar proyectada su vinculación con el espacio territorial y social local. Mapas confeccionados en afiches me mostraron el “campo” en el que desarrollaban sus vidas: las chacras, sus dueños, sus encargados, la escuela, los caminos, las calles ciegas, el centro de salud, los canales de riego, los desagües, las despensas, etc. Identificamos las viviendas de cada uno en un plano del Paraje, de manera que espacios que yo desconocía aparecieron como parte del circuito cotidiano de los chicos: que sus padres trabajasen en las chacras y vivieran en Guerrico no significaba que sus viviendas familiares estuvieran ubicadas dentro de las chacras; aquí fue donde vi por primera vez dibujadas en el plano, qué eran y dónde estaban las “calles ciegas”.

El trabajo sobre los planos y los relatos de los chicos me mostraron el modo en que yo había organizado el Taller de Historia Oral permeado de significaciones escolares: “los chicos” eran una generalidad equivalente a “los niños-alumnos”, pertenecientes a familias que vivían todas en chacra y en condiciones de “precariedad social”. Mi trabajo empezó también con muchas “ingenuidades” teóricas y metodológicas, pues creía que el hecho de que los chicos contaran “cosas” de su pasado saldaba el “silenciamiento” que dentro de la escuela se ejercía sobre los alumnos provenientes, en su mayoría, de familias de trabajadores rurales descendientes de chilenos. “Dar” la palabra y constituir a la oralidad como mi principal fuente de información limitaba la visión de estos actores y de la incidencia de la escuela en la tarea de “silenciarlos”. En realidad la palabra siempre había estado; sólo había que escucharla como parte de relaciones que trascendían lo escolar y que los involucraba como “chicos trabajadores”.

La intención de “dar voz a los sin voz”, anhelo de los precursores de la “Historia Oral”, tenía puesto el acento en los relatos de los entrevistados, como un modo de “reconstruir el pasado” desde la visión de los grupos históricamente desplazados de la escritura de la Historia. Quizá el deseo de “preservar la memoria” también estaba en mi proyecto, bajo la idea de que la memoria de los sujetos puede ser almacenada en una grabadora. Ese afán memorialista me impedía observar que las cotidianas construcciones de relatos en torno al pasado se realizan desde un presente; no son “reconstrucciones del pasado”, sino versiones sustentadas en la actualidad. Las formas en que se modelaba la memoria debía pensarlas como producto de relaciones sociales en las que se difunden

versiones del pasado “dominantes” y otras “subordinadas”. Las diferentes miradas sobre el pasado no podían entenderse como generadas desde posiciones de horizontalidad (Guber, 1991).

El desarrollo del Taller permitió reformular posturas metodológicas, en tanto dejé de circunscribir mi investigación a la “recuperación” de la oralidad bajo mi coordinación, y cargar mis primeras preguntas sobre los actores sociales del lugar repletas de simplificaciones. Con cada encuentro se hizo más claro que los relatos de los chicos poco podían entenderse sin conocer los espacios y los modos de socialización que predominan en sus vidas, en los cuales la familia representaba su anclaje fundamental.

De niños de escuela a chicos de chacra

Los chicos entrevistadores hacían preguntas que sólo “un nativo”, alguien del lugar –extra-escolar-, podía considerar relevantes. Un alumno que entrevistó a sus abuelos y a los miembros masculinos de su familia, le preguntó a su tío “por qué usa barba, tío?”. Obtuvo por respuesta una larga explicación vinculada al sentido político que el pequeño cronista evaluó como significativa para darla a conocer entre sus compañeros. La conversación de Eduardo con su tío concluía así:

E: Bueno tío, yo tengo una inquietud, por qué usted se deja la barba?

Tío: Ah, por qué me dejo la barba? Mira vos, es la primera vez que me preguntan eso. Y bueno, yo me dejo la barba por mis ideales, y yo siempre voy a usar barba porque lo caracteriza siempre al socialista, al comunista, como a Fidel Castro, como al Che Guevara y así tiene que ser, no más. Como Jesucristo, que Jesucristo fue un comunista igual, y porque la palabra comunista muchos la han embarrado, y dicen que el comunista hace aquí y hace allá, lo asocian con el partido terrorista. Nada que ver, comunista significa común o compartir, o ser común, como todos los demás, y para todos ser todos iguales.

E: Ah, tío, antes de que me olvide, de qué equipo es hinchado usted?

Tío: Bueno, en Chile era del Colo Colo, porque acá como Colo Colo no hay y acá soy de uno de los equipos más potentes, de uno de los equipos más gloriosos, para mí, de Boca, grande Boca!!

Esta parte de la conversación de Eduardo con su tío muestra la presentación de los niños escolares dentro del Taller como chicos miembros de una clase social de la sociedad nacional. Eduardo pregunta como chico, y su tío, a pesar de que las referencias a elementos de “allá” y “acá” se cruzan en la narración, habla desde la identidad socio-

nacional o étnica basada en una adscripción política ligada a la pertenencia clasista y a la pertenencia nacional; el tío de Eduardo es comunista y seguidor de equipos de fútbol de neto corte popular; en ambas adscripciones el tío reafirma una identidad construida por un pasado como trabajador y por un presente como trabajador migrante.

La perspectiva de algunos migrantes transmitida a sus descendientes como miembros de una clase social altamente politizada pude observarla en la descripción que realizaron los chicos de acontecimientos políticos que marcaron la vida de muchas personas y que, en algunos casos, sumados a las malas condiciones de vida que describen en Chile, justificaron la emigración de sus padres. Es así como el relato de lo que fue para algunos la vida durante la dictadura pinochetista se constituyó en parte de “retazos del pasado” que fueron reelaborados como parte de historias de trabajadores¹²: el último golpe de estado en Chile¹³, y las consiguientes situaciones de persecución y tortura:

Se decía que a las nueve de la noche no tiene que haber nadie en la calle, nadie estaba, si había alguien le tiraban a matar. Sabe que juntaban un montón de muertos en una foza y les tiraban ácido, ni así se los daban a los parientes, y después volvían a juntar y le volvían a tirar ácido a los cuerpos. Dicen que a los testigos que había de las cosas, dicen que les pegaban, que los dejaban ciegos, a unos les agarraban las uñas y se las tiraban para que confesara. (David)

A mí me contaron que una vez agarraron a uno, a un ladrón, en Chile, lo agarraron los carabineros, cuando estaba Pinochet en el gobierno, y lo agarraban, agarraban a los ladrones robando y los llevaban a una celda, y ahí en la celda les hacían cualquier cosa de tortura, le echaban, le podían fósforos en las orejas, con dos cablecitos de corriente le hacían así, o también lo agarraban con palos, con palos duros, los dejaban desnudos y les pegaban en la espalda y por todos lados y los dejaban moretoneados. (Paula)

Sin embargo la referencia al pinochetismo no es sólo hablar de Chile, sino principalmente de las víctimas de un proceso que los involucró como clase. A través de las entrevistas hechas por los chicos pude escuchar otras referencias sobre la vida bajo Pinochet. Al deseo de encontrar trabajo fuera de Chile porque “allá trabajo hay pero mal

¹² Diferentes etnografías han analizado los efectos de la violencia sobre la memoria de grupos sociales, especialmente en relación a la última dictadura militar argentina. Ver Alejandro Isla y Julie Taylor (1995), Emilio Crenzel (1998) y Fernando Jaume (1997).

¹³ “El socialista Salvador Allende, fue elegido presidente en 1970, su gobierno fue desestabilizado y, en 1973, derrotado por un golpe militar (...) que trajo a Chile ejecuciones y matanzas, grupos represivos oficiales y paraoficiales, tortura sistemática de prisioneros y exilio en masa de los opositores políticos. Su caudillo militar, el general Pinochet, se mantuvo como máximo dirigente durante diecisiete años” (Hobsbawm, 1996: 441).

pagado”, sumado a su mirada sobre las pocas posibilidades de movilidad social, se le agregaba el clima político y la desigualdad social. Un abuelo le contó a su nieto que:

no conseguíamos trabajo, yo había trabajado en las minas de Lota, pero después si por ejemplo la persona no tenía estudio no podía trabajar, entonces eso era como ya, apartar la pobreza se podría decir, porque todos tenemos derechos iguales, seas pobre o rico tenés derechos iguales, pero Pinochet a la pobre gente la seguía discriminando.

A este contexto político, en el que las crueldades realizadas por el poder del estado no pasaban desapercibidas, se sumaban las duras situaciones de vida que los chicos describen como parte de la vida cotidiana de sus padres y que tomaron de las historias familiares.

Mamá y papá son de Chile. Faltaban por lluvia, la escuela estaba lejos. Me contaron mis tíos que antes mi tía vivía cerca de la cordillera y la escuela le quedaba a 20 kilómetros, tenía que salir a las 6 de la mañana y volver a las 10 de la noche, de la escuela, pero no podían ir cuando llovía o cuando mi abuelo les decía que se tenían que quedar trabajando, cuidando las vacas y todo eso.

Antes en Chile se vivía sin luz, sin gas, viven así.

Mi mamá que estaba en el campo en Chile, ella iba a la escuela y la escuela le quedaba muy lejos. Cuando volvía de la escuela trabajaba, iba a buscar los chivos, y todo eso, y después los volvía.

También antes hacían quinta la gente y vivían muy lejos de donde estaba la quinta y no le robaban nada, en los campos, en las chacras de ellos.

Así como una mirada sobre el pinochetismo define en los hijos de chilenos una pertenencia política como clase nacional, la vinculación con el trabajo de sus padres en el pasado define su pertenencia económica. Los chicos al hablar sobre sus padres en sus lugares de origen, antes de llegar al Valle, señalan el transcurso de sus vidas en ámbitos rurales, marcado por tareas vinculadas a la cría de animales en tierras que podían ser de la familia o de algún patrón. Los niños de “antes” se encargaban de tareas productivas, como el cuidado de los rebaños de chivos, complementadas con la escolaridad obligatoria. Las duras condiciones de vida se describen a partir de detalles domésticos que combinan datos económicos y morales en relaciones de vecindad y patronazgo: se hacía quinta y nadie robaba, se juntaban para comer cosas del bosque, las casas eran de barro y se podía dormir con la puerta abierta, no había luz, el agua se buscaba en los pozos. La presencia del patrón en Chile se retoma como una figura que permite comparar relaciones de “allá” y de “acá”: “allá en el campo que vivía mi tío, era

lechero, e iba a buscar leche y a ellos los patrones le daban todo: el pan, la comida, le daban leche, todo lo que se hacía en la planta, harina, todo”; otra niña comentó “los campos de Chile algunos eran de ellos, otros de los patrones, algunos eran de gente muy rica. Antes nada que ver, los patrones venían y les traían comida; ahora que se mueran nomás!”.

En suma: el pasado (en Chile) no sólo vale para reconstruir una temporalidad distante sino, fundamentalmente, para operar como un lente de contraste con la actualidad en Guerrico. Ahora, los chicos reencarnaban a sus padres trabajadores en Chile. Y así, los relatos hacían referencia al mundo del trabajo “allá” reflejando la importancia de su inserción productiva junto a la de sus familias. Por eso, en el Taller los chicos varones que viven en chacra me habían mostrado cómo participaban de las tareas culturales junto a sus padres. Por ejemplo, para explicarme cómo recortaban las ramas de los frutales en el otoño, tarea conocida como “poda”, dibujaron las ramas de los árboles en el pizarrón comentando que era una tarea que hacían los hombres y que ellos aprendían mirando y probando de a poco: “fíjense que muestro, hay que hacer así, la rama grande se deja, si hay un tallo ahí se corta por la mitad y si hay dos se corta una y se deja una. A mí mi papá me enseñó”. Lo detallado de las descripciones denotaba el cuidadoso aprendizaje de una tarea dentro de las explotaciones rurales transmitida por los hombres adultos, conocimientos que les posibilitaría obtener un ingreso en el futuro. Saber “podar” implicaba haber aprendido por la práctica al lado de un mayor que actuaba como maestro de un conocimiento no formalizado por escrito. Al mismo tiempo, denotaba una cuidadosa construcción identitaria de sí mismos como trabajadores.

La familia es la unidad productora de la chacra y ellos, como miembros, participan activamente en distintas tareas. Pero estas familias están sujetas a relaciones desiguales con los patrones. Hijos de familias chilenas y trabajadoras, y ellos mismos novicios trabajadores, conciben la desigualdad social a través de anécdotas sobre las “picardías” que desafían la autoridad del patrón en su misma propiedad y en virtud del conocimiento que da el trabajo. Robarle al chacarero es un “reto” de clase encarnado en la familia, y más aún, en una familia en aumento:

A veces nosotros vamos a buscar peras para hacer conservas. Dejan sacar, a veces preguntamos, a veces le dejamos una notita, sacamos duraznos...

Una vez estábamos sacando duraznos y mi mamá estaba embarazada, tenía antojo de durazno, y fuimos a buscar, fuimos de noche, fuimos a buscar con mi papá, todos y había como una montaña así y mi mamá venía y atrás venían los dueños, venían en camioneta y mi mamá se tropezó y cayó y quedó escondidita ahí, y no la vieron, y la mujer le decía al marido: anda y busca la escopeta así los cagas a tiros y no nos saquen nunca más durazno y nos dijeron que la próxima les vayamos a pedir, y mi mamá escondidita, mi mamá se salvó.

Los chicos que viven en calles ciegas me señalaron que “robar” era más sencillo cuando se vive fuera de la chacra, porque después de sacar fruta “sin permiso” pueden escapar a sus casas que están ubicadas fuera del control del patrón. Precisamente vivir en una calle ciega o vivir en la chacra implican diferencia marcadas por las relaciones con el patrón y por las “responsabilidades” que deben asumir los padres si sus viviendas caben dentro del predio.

Por lo general ningún patrón vive ya en las chacras, todos tienen capataz. En una chacra tenés comodidades, a veces, dentro de una calle ciega no hay casi ninguna comodidad.

Yo me encuentro cómoda en la calle (ciega), porque encuentro que en una chacra hay que tener muchas responsabilidades, en cambio en la calle ciega no, porque si uno quiere agua saca de la bomba, en cambio a veces tiene que estar pagando la luz y eso...

En las chacras entre medio de las plantas a veces se puede hacer huerta, pero a los patrones no les gusta que tengan muchos animales.

Por eso alguna gente prefiere vivir en la calle ciega que vivir en la chacra, porque se sufre más, el encargado tiene que tener muchas responsabilidades. En la calle ciega como sabe que no lo molesta nadie, es como que es público. Por ejemplo, el patrón capaz que vos hacés algo con alguna planta te reta enseguida. El encargado si quiere hacer algo en la chacra tiene que consultar; en cambio en la calle ciega si uno tiene su lugar puede plantar lo que quiera.

La presunta “autonomía”; mayor en las calles ciegas que en las chacras, interviene en la socialización laboral de los chicos. Mientras los chicos de las chacras participan tempranamente en tareas culturales y conviven con ellas desde que nacen, los que viven en calle ciega acceden más bien a opciones ligadas al comercio. Por ejemplo, Eduardo les parecía a sus compañeros sumamente habilidoso en sacar “diferencias” vendiéndoles bolitas y figuritas, para juntar monedas y cargar nafta a su moto.

Las descripciones de los chicos sobre su vida cotidiana, diferenciando familias residentes en las chacras y residentes en las calles ciegas reordenaban la selección de determinados fragmentos del pasado, para encuadrarlos en su presente como miembros de familias de trabajadores rurales. Aprender a “jugar” con la autoridad del patrón debe enmarcarse entonces como parte de la socialización familiar que involucra modos de concebir el lugar de los trabajadores en las chacras y también el lugar de los chilenos en la fruticultura del Alto Valle y en espacios aparentemente “marginales” como las calles ciegas.

La estrecha vinculación que se forjó desde el Estado Argentino entre el acceso a la ciudadanía¹⁴ y la absorción de diferentes identidades por un sentido de nacionalidad común y único, parece no resolverse de manera mecánica en la vida cotidiana. En la escuela de Guerrico se hacía evidente en la presencia de descendientes de chilenos visualizados como “chilenos” por los maestros “argentinos”; los chicos son argentinos por nacimiento, pero su identidad es reconocida como extranjera. Más aún, de ese reconocimiento participan los mismos chicos, cuya socialización no se concibe como asimilada a los trabajadores argentinos. La chilenidad que ostentan algunos de estos chicos se ve acentuada cuando es referida a los ámbitos de trabajo y de residencia familiar, las chacras y las calles ciegas, desde donde se nutre y refuerza. En esos lugares acceden a un mundo del trabajo donde “ser chileno” es una definición de filiación parental que, a su vez, garantiza el aprendizaje de las tareas y los eventuales contactos para conseguir trabajo en las chacras.

Los relatos familiares que me transmitieron y que reelaboraron los chicos en el marco del Taller de la escuela de Guerrico, se vinculan así a “prácticas de historización”, definidas como “la selección, clasificación, registro y reconceptualización de la experiencia donde el pasado se integra significativamente desde el presente a través de prácticas y nociones socioculturalmente específicas de temporalidad, agencia y causalidad” (Guber, 1996: 424). Los relatos de los chicos reconceptualizaban sus experiencias históricas y familiares desde el marco de prácticas cotidianas extra-escolares que yo aún no conocía y que por señalamiento de mis pequeños interlocutores, empecé a buscar en las chacras y en las calles ciegas. Trabajo,

¹⁴ Brenda Pereyra, retomando a Kymlicka y Norman (1997) señala que la “*ciudadanía* es un status que garantiza a los individuos igualdad de derechos y deberes, libertades y restricciones, poderes y responsabilidades. Consiste esencialmente en asegurar que cada cual sea tratado como un miembro pleno de una sociedad de iguales” (1999: 12).

lugar de residencia y “chilenidad” empezaron a delinearse recíprocamente cuando los chicos, lejos de la supuesta vergüenza de sectores marginados como “chilenos” o “chilotes”, me introdujeron en sus mundos familiares y laborales.

Capítulo II

Chacareros y migrantes chilenos en el noroeste patagónico

¿Por qué las familias de los de los chicos que conocí en Guerrico pertenecían al sector de trabajadores rurales? ¿Cuál fue el proceso que limitó la inserción productiva de estas familias a la labor asalariada?

Al recorrer las chacras de Guerrico y conocer a sus pobladores al comienzo del trabajo de campo yo, como la mayoría de la gente de la zona, asociaba naturalmente sus orígenes familiares con una división nacional del trabajo: los propietarios de chacras eran descendientes de migrantes españoles o italianos a la Argentina, y los trabajadores eran descendientes de chilenos o de migrantes del interior del Neuquén. ¿Por qué esta asociación se me presentaba como obvia y prácticamente inevitable?

Parte de la respuesta a esta pregunta radica en la organización productiva y social del Alto Valle desde la definitiva incorporación del área a la Argentina moderna, desde finales del siglo XIX, cuando se constituyeron históricamente los actores sociales que hoy encontramos en el paraje. Chacareros y trabajadores no pueden conocerse sino como parte de un proceso que se inicia con el retroceso de grandes propietarios en la zona, el acceso de migrantes europeos a fracciones de tierra sobrevalorizada de entre 5 y 20 hectáreas, la construcción de obras de infraestructura, principalmente el ferrocarril y el Sistema Integral de Riego, y la consolidación de la fruticultura como producción que vertebró la dinámica económica y social del Alto Valle.

Los chacareros accedieron a la propiedad en una coyuntura histórica en la que el capital inglés promocionó la pequeña propiedad con trabajo familiar como la unidad productiva base de la fruticultura. En cambio, los migrantes chilenos llegaron al Valle para trabajar como asalariados en pequeñas propiedades que ya tenían dueños, su acceso a la propiedad estaba bloqueado, no poseían capital inicial y el Estado no promovió su asentamiento; los chacareros no podrían repetir el fraccionamiento y la venta sobrevalorada de la tierra que pudieron llevar a cabo los grandes propietarios de principios del siglo XX. Tampoco arrendaron sus predios.

La desigual inserción productiva de chacareros y trabajadores marcó una división del trabajo que en la actualidad es co-producida por los mismos actores. Los dos sectores están integrados a una dinámica que los hace parte del espacio de las chacras, unos como dueños, otros como trabajadores y residentes, pero la integración

desigual de unos y otros trasluce el modo en que cada sector vive su asimilación a la sociedad mayor y contribuye a reproducir las diferencias socio-nacionales como chacareros “blancos y argentinos”, y trabajadores “más chilenos que argentinos”, como suelen referirlos los maestros en la escuela.



Calle rural

El paraje Contralmirante Guerrico

El paraje Contralmirante Guerrico se encuentra ubicado en la zona conocida como Alto Valle de Río Negro. La misma se presenta como una planicie más baja que la meseta patagónica, que la encierra al norte y al sur, extendiéndose como una unidad productiva por los valles inferiores de los ríos Limay y Neuquén y el valle superior del río Negro a lo largo de una superficie aproximada de 135.000 hectáreas. Por su frontera sureña corre el río Negro el cual, junto al canal de irrigación principal que nace en el río Neuquén, abastece el sistema de riego que atraviesa y unifica a todo el Alto Valle.

A “Guerrico” se puede llegar por la ruta provincial N°65 y la ruta nacional 22¹⁵, localizándose entre las ciudades de Allen, de la cual depende, y Gral. Roca, a unos 16 kilómetros de cada una. Estas poseen 26.106 y 78.252 habitantes respectivamente y concentran actividades administrativas, educativas y comerciales que no pueden realizarse en el paraje. Como ya señalé, al no existir en Guerrico un núcleo urbano que

¹⁵ Esta comunica en forma alineada, entre las bardas y el río Negro, a los diferentes núcleos urbanos y las zonas rurales entre sí.

permita identificar el lugar desde las rutas, su ubicación se distingue por los carteles indicadores de Vialidad Nacional sobre la ruta 22, las instalaciones del INTA o las “Haras” del gobernador Pablo Verani. Estos lugares se han transformado en puntos de referencia para los pobladores del lugar, junto a las instituciones estatales: el centro de salud y dos escuelas primarias.

Esta zona eminentemente rural está dominada por las “chacras”, unidades productivas destinadas principalmente a la producción de manzanas y en menor medida de peras y uva. A las propiedades frutícolas se accede a través de las rutas y tomando los caminos rurales que son de ripio, no de asfalto como las primeras. Como el transporte público no circula por el interior rural es común que la gente se traslade en bicicleta, moto o a pie. Son los caminos rurales los que delimitan cuadros de 1000 hectáreas que albergan varias chacras y que definen un trazado en damero gigante característico de buena parte del Alto Valle. En cada propiedad los frutales están plantados en filas o “lineos” de aproximadamente 100 metros de largo; 20 lineos representan un cuadro de producción, y una chacra puede tener varios cuadros de frutales iguales o diversos, los cuales tienen 100 metros de lado.

A los costados de los caminos rurales se ven álamos plantados en forma alineada que hacen de altos muros o cercos que protegen a los frutales de los vientos patagónicos -de hasta 80 km. por hora- y delimitan las diferentes unidades productivas junto a las acequias que se extienden en los límites de cada propiedad para abastecerlas de agua. Dadas las escasas precipitaciones características de este clima árido (menos de 200 mm anuales), la provisión de agua para la producción se garantiza entre los meses de septiembre y abril a través de los canales que circulan entre las chacras y que cortan los caminos rurales con puentes de hormigón.

Los 2000 habitantes de Guerrico, principalmente trabajadores rurales, residen en forma dispersa dentro de las chacras y en las llamadas “calles ciegas”, o calles sin salida que han sido ocupadas por pobladores para levantar sus viviendas.

La organización del espacio del paraje Contralmirante Guerrico está marcada, al igual que el resto del Alto Valle, por la preponderancia de la producción frutícola. La presencia de chacras delimitadas por alamedas, acequias y caminos rurales, el asentamiento de trabajadores en chacras y calles ciegas, forma parte de un proceso que se inició con la incorporación de esta zona a la dinámica capitalista de la “Argentina

moderna” a principios del siglo XX, y que involucró la participación desigual de actores sociales de orígenes diversos.

La aparición de las chacras

Las chacras del Alto Valle lograron constituirse como las unidades productivas características de la zona a partir de cambios fundamentales en la tenencia de la tierra y del tipo de producción que se proyectó como modo de vincular esta región con el mercado nacional e internacional.

A fines del siglo XIX el Alto Valle no existía como centro frutícola. Su “diseño” entre bardas y ríos, se “planificó” en pos de su integración con el mercado proyectado hacia el Atlántico durante gran parte del siglo XX. Desde los tiempos coloniales hasta finales del siglo XIX esta región compartía, junto al resto de la Patagonia, relaciones con Chile. Desde el siglo XIX las vinculaciones económicas que desarrollaban las poblaciones indias y blancas que residían en este territorio tenían más vinculación con Chile que con el poder centralista porteño, cuestión que el Estado Argentino evaluaba como una traba a las definiciones políticas del territorio y a los intereses expansionistas de la clase dominante argentina. Recién en 1879 la Patagonia pudo ser incorporada al Estado Argentino¹⁶ en el proceso de su consolidación, y lo fue en forma violenta.

En octubre de 1878 se sancionó la Ley 947 que reglamentaba la expedición militar que permitiría expandir la frontera nacional. Este proyecto fijó una inversión de 1.600.000 pesos, “gasto que se imputará al producido por la venta de tierras públicas nacionales que se conquisten” (arts. 1y 2). Sobre la garantía de esas tierras el Gobierno levantaría una suscripción pública. De esta manera la “Conquista del desierto” fue una empresa autofinanciada que se cotizaría en la Bolsa de Buenos Aires en 4.000 títulos de 400 pesos cada uno. La tierra conquistada se dividiría en lotes de 10.000 has., los cuales podrían ser solicitados por los propietarios de títulos (Doeswijk:1998). En suma, desde el comienzo de esta empresa se evidenció la intención del Estado de favorecer una apropiación extensiva de la tierra.

¹⁶ Jorge S. Sábato plantea que “habría existido una estrecha vinculación entre la consolidación del Estado nacional y la formación de la clase dominante. (...) la consolidación de un sistema de poder “modernizante” habría favorecido el afianzamiento y expansión de esa clase dominante y, recíprocamente, el éxito de esa clase para estimular y acelerar el proceso de creación y estructuración de un sistema productivo en expansión habría permitido una mayor consolidación y ampliación de los aparatos estatales “modernos” (1991: 146), como significó el ejército expedicionario.

En el año 1878 hubo expediciones contra las tolderías pampeanas de Namuncurá, Cañumil, Pincén, Epumer, Baigorrita y Queupo. El 11 de Octubre de 1878 la Ley nacional N°954 estableció la Gobernación Militar de los territorios de la Patagonia –que abarcaba las actuales provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, San Cruz y Tierra del Fuego- y el 16 de Abril de 1879 el general Roca partió de Buenos Aires al frente de un ejército compuesto por 5 divisiones con el propósito de someter definitivamente al indio hasta la Confluencia de los ríos Negro y Limay¹⁷.

Una vez conquistada el área sus tierras fueron apropiadas por oficiales del ejército y por algunos miembros de la elite económica argentina y extranjera en fracciones de hasta 40 mil hectáreas¹⁸.

El proceso que se extiende desde 1879 hasta comienzos del siglo XX, abre una etapa de la historia regional que motivó cambios en la organización socioeconómica de la zona, continuándose lineamientos de apropiación de la tierra similares a los experimentados en el siglo XIX en la campaña bonaerense. Las observaciones de Hilda Sábato para el caso de la expansión lanar en la provincia de Buenos Aires, se aplican también al Alto Valle: “las sucesivas administraciones favorecieron la propiedad privada de la tierra. (...) el resultado efectivo de las políticas oficiales en materia de tierra pública estaría muy lejos del modelo estadounidense de colonización, y la especulación y la gran propiedad fueron el corolario” (1989: 57).

Una vez apropiada la mayor parte de la tierra del Alto Valle en vastas extensiones a través de donaciones del Estado o por 0,75, 1,25 o 2,50 pesos la hectárea, se inició la valorización de la misma –que llegó a 600 y 1.500 pesos la hectárea- a través de dos procesos centrales: la construcción de una infraestructura de transporte ferroviario desde Bahía Blanca hasta Neuquén, y la puesta en marcha del Sistema de Riego Integral.

¹⁷ Guillermo Flichman señala que el proceso de acumulación y concentración de la tierra por parte de la clase terrateniente culmina con la Conquista del Desierto. “Esta clase queda en condiciones de nacer, por así decirlo, a su vida económica plena, con la incorporación de Argentina al mercado capitalista mundial con su producción agropecuaria, como clase fundamentalmente rentista” (1974: 70).

¹⁸ Al no existir una colonización “farmer”, no debe suponerse que estas tierras fueron directamente cedidas a los expedicionarios del desierto, en virtud de la Ley de Premios Militares de 1885. “Para aclarar este asunto hay que decir que había varias categorías de adjudicatarios: los expedicionarios y sus herederos en virtud de la Ley de Premios Militares (Ley 1628) y los cesionarios (también llamados concesionarios en la documentación oficial) que compraron tierras de hasta 40.000 has. bajo condiciones que fijaba la Ley 817 (“Ley Avellaneda” o “Ley de Colonización”) las que implicaban colonizar, subdividir (...). Estaban también los que habían adquirido las obligaciones que financiaron la Expedición de 1879 y los que simplemente compraron tierras por la “Ley de Remate” de 1882 o por la Ley de Liquidación que eximía a aquellos concesionarios de la obligación de colonizar”(Gaignard, 1989: 246).

El primer factor de valorización, el ferrocarril, necesario para movilizar hombres y mercaderías, tuvo su origen en motivaciones estrictamente geopolíticas. El ramal Bahía Blanca – Neuquén fue concebido como un medio para llevar rápidamente tropas a la Patagonia en caso de un conflicto bélico con Chile. El 16 de Marzo de 1896, se firmó el contrato entre el gobierno y el Ferrocarril del Sud, y la estación “Parada Limay”, fin de rieles del trazado ferroviario que unía Bahía Blanca con la Confluencia, fue inaugurada en 1899.

El Ferrocarril del Sud fue fundamental en las transformaciones que experimentó la zona también por su impulso a la producción frutícola en escala ampliada, mediante el aporte tecnológico, organizativo y por la implementación de una estructura de empaque, transporte y comercialización internacional de la manzana. Si bien en un principio la línea férrea respondía a objetivos estratégicos, con el correr de los años el capital británico comenzó a organizar la producción frutícola para hacer rentable al ferrocarril, también británico, a través de sus subsidiarias, la Estación Experimental de la colonia La Picaza, la Compañía de Tierras y la Argentine Fruit Distributors, conocida como A.F.D..

Susana Bandieri y Graciela Blanco señalan que en 1910 la Compañía de Tierras del Sud inició en la zona la subdivisión de propiedades orientadas al cultivo familiar e intensivo de frutales, con una superficie media de 10 hectáreas, mientras que desde el año 1918 en la Estación Agronómica Cinco Saltos se “importó y reprodujo en sus viveros variedades elegidas de manzanos y perales injertados para su venta a crédito a los fruticultores, a la vez que sus técnicos sugerían, en publicaciones de acceso gratuito al productor, la conveniencia económica de trabajar la tierra en pequeñas fracciones de 10 ha” para maximizar el trabajo familiar y no derivar gastos en mano de obra asalariada (1994: 22).

La A.F.D. fue la subsidiaria que concentró la clasificación y embalaje de la fruta desde los galpones de empaque que se instalaron en diferentes puntos del Alto Valle y monopolizó el transporte y la comercialización de fruta. De esta manera el capital inglés se aseguró la apropiación de una parte sustancial del excedente generado por la actividad frutícola sin absorber los costos de producción primaria.

El segundo factor de valorización regional fue la organización del Sistema Integrado de Riego. Las tierras del Alto Valle sin irrigación, sólo servían para el pastoreo extensivo y eventualmente para el cultivo de la alfalfa. Una agricultura

intensiva requería la construcción de un sistema de irrigación que integrase toda la zona. Estas obras no se realizaron por vía de la iniciativa privada: las experiencias que se impulsaron desde este sector, como habría sido el Canal de los Milicos en la década del '80 o el Canal de Colonia Lucinda a comienzos de siglo, fracasaron por transportar un escaso caudal de agua y por estar sus embalses y bocatomas sujetos a las variables de las crecientes. Ni siquiera la creación de "Cooperativas de Irrigación" puso remedio a esta situación de precariedad, pues desde su inicio fueron fuentes de conflicto y de especulación.

Una norma legal decretaba desde 1907 la exigencia de que los propietarios de tierras conformaran cooperativas de irrigación aportando \$50 por ha en concepto de capital para la construcción de obras de riego. De esta manera se efectivizó la conformación de la Cooperativa de Irrigación Colonia Roca (1907), la Cooperativa Ltda. De Irrigación Colonia Cervantes (1911) y la Cooperativa del Este o Francesa (1912), las cuales contaban con la participación de importantes terratenientes.

La Cooperativa de Riego de la Colonia Gral. Roca, cuyo objetivo era ensanchar el Canal de los Milicos para aumentar su caudal de agua, dio lugar a una nueva distribución de lotes en grandes extensiones, apropiadas en su mayoría por personas radicadas en la Capital Federal y con ocupaciones completamente ajenas a la agricultura¹⁹ como los Pineiro Sorondo, Hans Flugler, o la familia Zorrilla entre otros.

Cristina Ockier afirma que "la Cooperativa realizó un capital de 1.000.000 de pesos, costándole el canal 700.000. Llegó a regar en 1919 unas 17.000 hectáreas de las cuales 13.000 pertenecían a miembros de la entidad. La irrigación de la parte oeste dependió de la Cooperativa hasta 1921 en que el Estado adquirió, luego de largas tratativas, los canales e instalaciones para integrarlos a la red de regadío fiscal. Por lo tanto, el estado compraba canales que habían sido construidos con sus propios fondos, o sea con los que dejó de percibir en la venta a bajo precio de los lotes de la Colonia a fin de que esa diferencia que resignaba fuese utilizada en la construcción de obras de irrigación"(1986:21).

Las obras que debió impulsar el Estado –luego de la sanción de la Ley de Irrigación en 1909- costaron más de 30 millones de pesos e irrigaron alrededor de

¹⁹ Jorge Sábato observó cómo "los sectores mejor ubicados para captar los excedentes habrían sido aquellos que tenían el control sobre las actividades comerciales y financieras aunque sus beneficios alcanzaran también a otros sectores de la sociedad. Así las actividades productivas se habrían encarado orientándose más a la diversificación de riesgos que a la inversión sistemática en un rubro determinado" (Sabato, 1989: 15).

50.000 hectáreas, lo que incorporaba a la tierra un valor de 600 pesos la hectárea. Se construyó el Dique Contralmirante Cordero (hoy Dique Ballester) y el canal desviador, de las aguas del río Neuquén, conocido como Canal Principal, con los aportes de un préstamo otorgado por Ferrocarril del Sud. Esta entidad tenía también a su cargo la ejecución de las obras. El gobierno las administraría una vez concluidas y cobraría a los beneficiarios un canon de riego, que los terratenientes nunca abonaron, por lo que Rentas Generales debió erogar el costo de las obras. Ockier llega a la conclusión de que el Estado socializó los costos de las obras y los primeros propietarios privatizaron los beneficios, ya fuera vendiendo sus tierras valorizadas o aún poniéndolas en producción, ya que el canon de riego nunca amortizó el valor de la obra.

El Sistema Integral de Riego del Alto Valle terminó de organizarse en 1928, año en que el Canal Principal llegó hasta el extremo oriental del Alto Valle, hasta la zona conocida como Chichinales. La red de irrigación se planeó de modo que el Canal Principal abastece dieciocho canales secundarios, de los cuales salen “hijuelas” o canales terciarios o cuaternarios que son los que llevan agua hasta las chacras y proveen las acequias que las circundan. Desde las acequias se reguló el flujo de agua destinado a cada propiedad a través de compuertas de chapa que miden unos 50 centímetros de ancho por ochenta de largo y se desplazan en forma de guillotina entre pequeñas paredes de hormigón. Dicho sistema unificado de irrigación garantiza hasta la actualidad el abastecimiento de agua de las márgenes izquierda de los ríos Neuquén y Negro a lo largo de 130 kilómetros.

Luego de la valorización de las tierras e iniciado el proceso de subdivisión —en dirección este, coincidiendo con la progresiva incorporación de tierras al sistema de riego— fue necesario atraer al Valle a chacareros y jornaleros o asalariados que aportaron trabajo. Los convocados fueron inmigrantes en su mayoría provenientes de Italia y España. En este caso el modo de percepción de la renta por parte de los grandes propietarios fue a través de la forma precio, determinando “la existencia de la renta tributaria a la propiedad, como mediadora históricamente necesaria en la aparición del pequeño propietario independiente del Alto Valle” (Ockier, 1986:46).

Una vez que el Estado y el capital inglés habían invertido en la infraestructura lo suficiente para poder producir en forma intensiva, los dueños de la tierra comenzaron a vender sus propiedades en pequeñas unidades, lo cual les reportaba mayores beneficios que trabajarlas ellos mismos en forma extensiva o alquilarlas a terceros. El hecho de que

las unidades productivas se limitaran a 5, 10 ó 20 hectáreas se relaciona con el tipo de producción promovida por la A.F.D.: el cultivo de peras y manzanas con la utilización de mano de obra familiar. Bandieri y Blanco (1992) plantean que la expansión de los cultivos en el área, donde dominaban las explotaciones menores de 10 ha., permite suponer que éstas eran rentables sobre la base del monopolio productivo de la zona y la expansión de la demanda de los mercados externos.

Esta dinámica productiva estaba relativamente consolidada hacia los años '30, pero se vio parcialmente alterada con la nacionalización de los ferrocarriles durante el gobierno de Juan Domingo Perón en el año 1946. Esta decisión política produjo la “ruptura del sistema de organización de la producción impuesto por el capital británico, provocando la atomización del proceso de comercialización de la fruta que fuera compartido, desde entonces, por distintos agentes económicos con predominio creciente del capital nacional” (Bandieri y Blanco 1994: 20). Sin embargo, ello no significó la caída de la presencia dominante del pequeño propietario durante varias generaciones.

De esta manera la fisonomía del Alto Valle comenzó a dibujarse en su forma actual: las vías del ferrocarril atravesando las bardas, interrumpidas por estaciones que devinieron en poblados, los canales de irrigación que se extienden como venas que alimentan la producción y los altos muros de alamedas atajando el viento y delimitando las fracciones de tierra de los pequeños chacareros. Entre los núcleos urbanos que se conectan a través de las rutas, y que se conectaron en un principio a través del ferrocarril hasta su desaparición, este paisaje se reproduce fielmente dentro de los dictados imaginados por los ingleses hace un siglo.

La estación de tren Contralmirante Guerrico

Aunque el cartel verde que señala “Contralmirante Guerrico” sobre la ruta 22 no desvía al viajero a ningún poblado, su existencia es debida al mismo elemento que definió la presencia de poblados a lo largo de todo el Alto Valle: el ferrocarril. En el área que abarcaba la Colonia General Roca se inauguró en 1921 la estación de tren Contraalmirante Martín Guerrico, kilómetro 1164.

En los tiempos en que fue inaugurada esta estación de tren, ya se reportaban en el paraje prominentes terratenientes como Manuel Cordiviola, Hans Flugel, y los renombrados Pierson, dueños de la estancia “Manzano”, personajes que hasta mediados de la década del '40 mantuvieron sus propiedades sin subdividirlas.

Los grandes propietarios debían la conquista de las tierras, y su posterior posesión, a la acción y amparo del Estado, así como a los contactos que mantuvieron con el capital inglés. Cordiviola, por ejemplo, era concuñado del gobernador Alsina, participó en la fundación de la Sociedad Anónima “Compañía de Tierras del Sud” (1908), subsidiaria del Ferrocarril Sud²⁰, y fue uno de los creadores de la Cooperativa de Irrigación de la “Colonia Roca”; todas estas entidades que le permitieron obtener grandes ganancias por la venta sobrevalorada de lotes. Ockier señala que “el hecho de que el Dr. Cordiviola, activo propulsor de la Cooperativa fuese al mismo tiempo miembro del directorio de la Compañía de Tierras del Sud, sugiere la posibilidad de que haya existido una relación causal entre la actividad de promoción desarrollada por el Ferrocarril del Sud y la declaración de caducidad de antiguas concesiones de la Colonia Roca” (1986:21).

En un comienzo el mercado de tierras no estaba disponible para amplios sectores de la sociedad, pese a sus bajos precios. El problema residía en que las extensiones de tierra que se ofertaban se remataban en ámbitos selectos; aún más, esas extensiones se ofrecían por paquetes de miles de hectáreas, que no eran accesibles para la mayoría de los inmigrantes pobres que llegaban a la zona.

Jorge Sábato analiza la vinculación entre el incremento de las propiedades de los sectores dominantes y el Estado afirmando que “el acceso e influencia de la clase dominante en el control del Estado la ubicaba en un lugar estratégico para tener conocimiento privilegiado de las actividades y operaciones económicas más beneficiosas”; además, “la influencia sobre el Estado permitía instrumentarlo y asegurar el respaldo económico imprescindible para atraer y garantizar las grandes inversiones de capital extranjero destinadas a proveer directa e indirectamente la infraestructura requerida por el nuevo sistema productivo en Argentina. También en este caso el respaldo estatal socializaba los riesgos y costos de estas operaciones” (1991: 146-147).

Al momento de inaugurarse la estación Guerrico, sobaban los ejemplos que demuestran cómo los sectores influyentes utilizaron al Estado para el enriquecimiento privado, delegándole las inversiones costosas, los riesgos y transgrediendo las normas.

²⁰ Esta entidad adquirió 40.000 hectáreas en el área conocida como “La Picaza”, ubicada a pocos kilómetros de donde se construyó el dique que reguló el río Neuquén y desde donde partió el canal que abastece de agua a toda la zona. Estas tierras fueron las primeras en beneficiarse por el riego y las que se vendieron con mayor valuación: mientras que en Colonia Picaza, el precio era de 600 pesos por hectárea, en Colonia Roca se fijó a 2,5 pesos la hectárea.

Así, Cordiviola y Fluger lograron evadir las obligaciones establecidas por ley, como el fraccionamiento de sus propiedades, la inversión en mejoras y la promoción de asentamiento de colonos, mientras que en otras colonias de la zona las disposiciones ligadas a mejorar las condiciones de las tierras se hacían cumplir con algunos matices. Es así que en la Colonia Lucinda, propiedad del Gral. Fernández Oro, una inspección de tierras del año 1905 observa las mejoras impulsadas por su dueño cuya inversión incidía en el trazado de un canal para irrigar sus tierras, y en la cesión de “tierras adyacentes a las suyas para la creación de un pueblo cuya estación preexistente se llamó durante años Parada Limay hasta que adquirió el nombre de Cipolletti” (Vapñarski, 1983: 153).

Mientras que en otras áreas del Valle el control sobre los terratenientes pesaba desde principios de siglo, en Guerrico recién en 1920 un inspector de tierras que efectuaba un relevamiento del “Pueblo y Quintas de Allen”, había observado con preocupación que “Hay además otro motivo –tal vez el más grave- que determina esta situación de estancamiento de Allen. Nos referimos a la escasa subdivisión de la propiedad en las cercanías de este pueblo, el que se encuentra materialmente ahogado por grandes latifundios (...) que han nacido al margen de la ley, burlando sus disposiciones para servir sólo de rémora al progreso de los pueblos, de las colonias y del país” (Ockier, 1986:21).

Un rasgo común para la organización de los núcleos urbanos de la zona fue la existencia de loteos en los alrededores de las estaciones de ferrocarril. Para el caso de la localidad de Fernández Oro “fue el Doctor Jorge quien donó los terrenos para la estación y realizó el primer loteo urbano, aquel que subdividió a las dos cuadras y media del Lote 24 y que fue “el casco viejo de la población””(Doeswijk, 1998: 120). En Guerrico, los dueños de la tierra nunca donaron extensiones para el pueblo o para el casco urbano. Esto fue determinante para que el paraje mantuviera una dinámica y fisonomía netamente rurales hasta la actualidad.

Los terratenientes que dominaron la escena local mantuvieron sus propiedades indivisas durante varias décadas, y el carácter extensivo de su producción (alfalfa, papa o ganado de baja calidad), diferenciándose de los lineamientos productivos que impulsaba la A.F.D. para los pequeños chacareros.

La mano de obra que se ocupaba en estas grandes propiedades era por lo general de origen español e italiano, inmigrantes que habían llegado al Valle persiguiendo el

anhelo de transformarse en pequeños productores. Los padres de los actuales propietarios de chacras fueron los primeros asalariados en la organización de la fruticultura, condición que les permitió derivar parte de sus ingresos a ahorros para acceder a una pequeña propiedad mediante planes con facilidades de pago y transformarse definitivamente en chacareros. Así, como parte del proceso de fraccionamiento de la tierra valorizada, entre los años 1940 y 1960 predominó en las chacras el tipo de explotación “familiar”, en la que el trabajo era realizado por los integrantes de una familia. Sin embargo, los cambios en la organización productiva derivaron en la paulatina incorporación de trabajadores asalariados de carácter temporario y permanente, originarios de Chile en una importante proporción²¹.

Trabajadores chilenos en el Alto Valle

A pesar de que los chacareros, junto a sus familias, eran los principales responsables de la preparación de la tierra, la plantación de frutales, el riego y la realización de tareas culturales como la cosecha de la fruta, el crecimiento de la actividad desde 1950 excedió la capacidad de las unidades domésticas por dos razones: por un lado, se trata de un trabajo que requiere fuerza física, y por el otro debe realizarse rápidamente atendiendo a los plazos de maduración y a su posterior traslado a los galpones de empaque y frigoríficos. Estos elementos marcaron la continua demanda de mano de obra extra-familiar que fue resuelta, como en otras zonas del país (Archetti y Stolen: 1975), con trabajadores estacionales llegados desde otros lugares²². Así, en un primer momento, los trabajadores temporarios llamados “golondrinas” se empleaban principalmente en el período de cosecha, entre diciembre y marzo, para complementar la mano de obra local.

La consolidación de las pequeñas y medianas producciones frutícolas constituyeron un mercado de trabajo en crecimiento en vistas de la evolución de la superficie sembrada con frutales, el incremento de la productividad y el de las

²¹ Andreas Doeswijk plantea que “los chilenos y neuquinos llegaron al Alto Valle cuando el ciclo frutícola estaba en pleno auge, por ende, se incorporaron al proceso productivo de la chacra cuando se encontraba consolidada el extremadamente valorizada. Dado que la gran mayoría de los cordilleranos llegó a la región sin recursos económicos, les resultó muy difícil adquirir una propiedad agrícola” (1998: 147).

²² Un estudio realizado por Elba Kloster, Marta Radonich y otros (1992) plantea la relación entre el tamaño de las explotaciones y la capacidad de absorción de trabajadores temporarios y estacionales, observándose que las grandes propiedades de 25 hectáreas y más son las que poseen “mayor cantidad de mano de obra permanente” mientras que la presencia de trabajadores estacionales se mantiene en éstas y en las de 1 a 10 hectáreas.

exportaciones. Entre 1965 y 1980 la superficie de cultivo se incrementó en más de 20.000 hectáreas, mientras que la producción pasó, en el mismo período, de 424.600 toneladas de manzanas a 780.000, debido a la incorporación de tecnología que maximizó la calidad de fruta de exportación.

Estos incrementos productivos dieron lugar a que el “déficit de asalariados rurales para el momento de la cosecha esté vinculado a la expansión de la actividad entre 1960-1980 que repercute en el creciente proceso de urbanización del Alto Valle. No obstante el crecimiento de la población, la tarea de cosecha –al ser estacional y de “poco prestigio”- no pudo ser cubierta con trabajadores locales y continuó demandando la presencia de migrantes estacionales” (Bendini, 1999: 57). “Al generalizarse los nuevos sistemas de conducción y de poda en las chacras, se extendió la continuidad del vínculo del trabajador temporario reflejándose en una presencia importante de chilenos en el espacio valletano; si bien algunos venían específicamente para esa actividad, la mayoría ya estaba asentado o radicado (...). El asalariado rural, antes mayoritariamente golondrina, encontró opciones complementarias que le permitieron asentarse en forma definitiva” (Ibid: 43) junto a sus familias, evaluando las diferencias que podía hacer organizando sencillas divisiones del trabajo en su seno para incrementar la productividad y sus ingresos²³. Además, asentarse en la zona les permitía a los hombres realizar otros trabajos ligados, por ejemplo, a la construcción, en los períodos de baja demanda de mano de obra en las chacras; las mujeres ingresaron al empleo como domésticas o en la industria del empaque de fruta.

Los trabajadores migrantes provenían de la zona cordillerana del Neuquén, de algunas provincias del Noroeste argentino y de la República de Chile. El flujo migratorio chileno ocupó el segundo lugar en importancia de todas las corrientes de países limítrofes que llegaban a la Argentina. Su presencia en la Patagonia puede rastrearse en los censos nacionales desde 1895, cuando sólo se contabilizaron 1.000 personas de esa nacionalidad. Debe tenerse en cuenta que, hasta entrado el siglo XX, para algunos habitantes de las zonas fronterizas era difícil optar por una nacionalidad que coincidiera con su lugar de origen, teniendo en cuenta que, como señala Rolando Silla citando a un poblador del Alto Neuquén “antes (de que Gendarmería se instalara en la frontera) no había ni argentinos ni chilenos, sólo gente que vivía a un lado y a otro

²³ Es común que el jefe de familia realice la recolección de fruta de los árboles destinada a la empacadora mientras que las mujeres y los niños colaboran juntando fruta del piso que luego se destina a la industria.

de la cordillera” (2000: 24). Por eso es posible suponer que el número de chilenos en la Argentina al momento del Censo Nacional debía ser mayor²⁴.

El incremento de la población chilena en la provincia de Río Negro puede observarse a través de los sucesivos censos que acompañan la expansión de actividades productivas que los absorbió como mano de obra. Los 5546 migrantes contabilizados en 1914 pasaron a 7407 en 1947, mientras que un significativo aumento de los registros puede observarse en 1960 con 22453 migrantes y en 1970, 27900. En 1991 se contabilizaron 47284 personas nacidas en Chile residiendo en la provincia (Pavón y Rodríguez, 1976).

Durante prácticamente cuatro décadas, la entrada de trabajadores chilenos a la Argentina para incorporarse al mercado laboral se realizó sin controles, dada la difusa presencia estatal en el área de frontera. Recién desde mediados del siglo XX el desempeño de la Gendarmería Nacional en los puestos aduaneros fronterizos marcó el comienzo de un control migratorio limítrofe más efectivo (Bandieri, 1993; Escolar, 2000; Karasik, 1999; Silla, 2000).

Prácticamente todas las presidencias firmaron decretos de amnistía y fijaron plazos para que los nuevos extranjeros obtuvieran la radicación definitiva, argumentando que la mayoría de ellos ya estaba incorporada a la vida del país. Desde 1947 la política migratoria se transformó en un problema de seguridad interna regulada por el Ministerio del Interior desde la Dirección Nacional de Inmigración. A este organismo se le otorgaron las facultades de aplicar decretos-ley, ordenar la detención de extranjeros definidos desde 1963 como “ilegales por ingreso (quienes entran por puntos no autorizados o eludiendo controles) e ilegales por permanencia (quienes permanecen en el territorio argentino luego de vencido el plazo de permanencia autorizado)” (Pereyra, 1999: 16), y disponer su expulsión, cuestión que limitó de alguna manera la “libre circulación” de chilenos y argentinos en el área de frontera de la cordillera de los Andes.

Desde 1981 se prevé el ingreso de extranjeros en calidad de “residentes permanentes, temporarios y transitorios”, de los cuales los dos últimos pueden ejercer una actividad lucrativa dentro de marcos laborales establecidos. Sin embargo, el ingreso

²⁴ Ernesto Bohoslavsky (2001), en su trabajo sobre trabajadores rurales en la región de la Araucanía de la República de Chile, identifica a los peones *afuerinos* chilenos como los trabajadores que ocasionalmente se empleaban en la Argentina desde principios de siglo.

de chilenos como trabajadores sigue realizándose generalmente en calidad de turistas²⁵, lo cual permite la circulación legal en el país dentro de un plazo de tres meses. Las visas de turista limitaban y aún limitan el establecimiento de contratos “en blanco” entre el trabajador y el chacarero, pero no la posibilidad de obtener un puesto de trabajo²⁶. Desde la década del '70 el ingreso de los chilenos como trabajadores podía quedar regulado dentro del Convenio Laboral entre Argentina y Chile, desde el cual los empleadores deben gestionar ante la oficina de Migraciones un contrato de empleo que ampara al trabajador por un lapso de seis meses²⁷.

Estos marcos de regulación han permitido contabilizar la presencia de trabajadores migrantes de origen chileno durante la cosecha. En 1989, en el área rural del municipio de Allen, pudieron registrarse 126 trabajadores temporarios migrantes, esto es, el 68,1 % de la mano de obra temporaria. De esos migrantes los trabajadores de origen chileno eran 55, el 45,8 % del total; el resto eran tucumanos (Kloster, 1992).

Los cambios en la organización productiva de las chacras fueron acompañando la expansión de la producción frutícola y delineando una mayor demanda de trabajadores que residieran en las chacras. Aquí los chacareros y sus familias pasaron de trabajar para adquirir una propiedad, mantenerla o ampliarla modestamente basándose en el trabajo familiar, a desarrollar una explotación caracterizada por la división del trabajo y la incorporación de tecnología de acuerdo a las exigencias del mercado.

Las tareas de la mujer del chacarero que se conjugaban entre el ámbito doméstico y el productivo se fueron circunscribiendo al primero, pues se incrementó la contratación de peones permanentes y temporarios que suplieron la división del trabajo familiar propio de los comienzos de la fruticultura.

Otra modificación que operó en la cotidianeidad rural desde la década del 60 fue el paulatino abandono de las chacras como lugar de residencia de los patrones, y su traslado a la ciudad en busca de prestigio y confort. En el caso de Guerrico, ante la

²⁵ El Reglamento de Migraciones decreto 1023/94 considera en el artículo 29 que el “residente transitorio” en calidad de turista tendrá una admisión de tres meses prorrogables por otro período similar.

²⁶ Cabe aclarar que las condiciones sociales del trabajo rural comenzaron a tener un marco regulador a nivel nacional con el Estatuto del Peón del año 1944 para los casos de trabajadores permanentes, y con la Ley 12789 que condicionó las formas de contrato y traslado de conchabadores y temporarios desde 1947.

²⁷ El Reglamento de Migraciones considera “residentes temporarios” a los extranjeros admitidos para desarrollar, por ejemplo, actividades laborales, como “d) trabajadores contratados por personas de existencia en el país, para prestar servicios para éstas en conformidad con la legislación laboral argentina; e) De temporada contratados por personas de existencia visible o ideal establecidas en el país para prestar servicios para éstas en tareas estacionales”, otorgándose en el artículo 30 inciso d) “un plazo de CIENTO OCHENTA 180) días renovables una sola vez por NOVENTA 90) días más a aquellos extranjeros que ingresen a la república con el fin de desarrollar tareas estacionales”.

inexistencia de un núcleo urbano, los chacareros optaron por residir en Gral. Roca y Allen. Las chacras comenzaron a ser manejadas por “capataces” o “encargados” que, en muchos casos, habían sido trabajadores temporarios y extranjeros “pero de confianza”, y que pasaron a desempeñarse como trabajadores permanentes que cuidan, administran y controlan las chacras.

Otro elemento que favoreció la contratación de personal permanente en las unidades productivas fue la paulatina concentración de la tierra que comenzó a observarse desde la crisis de la fruticultura de 1976. Desde entonces las medidas económicas nacionales de corte monetarista, sostuvieron una apertura económica que perjudicó seriamente a las economías regionales. La eliminación de subsidios a empresas no tradicionales y la baja en el precio de exportación ante nuevos competidores como Chile, tendieron a descapitalizar al pequeño chacarero, generándose un proceso en el que el precio del productor perdió posición frente al precio de exportación, desapareciendo su poder de negociación frente a otros agentes económicos (Kloster y Radonich, 1992). Esta situación derivó en la incapacidad del productor de hacer frente a los gastos productivos, recurriendo al alquiler o venta de su chacra a empresas que concentraban el empaque y la comercialización de la fruta. De esta manera, el control de pequeñas unidades productivas por parte de una misma firma hizo necesaria la contratación de personal permanente como “encargado” de la chacra.

La cantidad de trabajadores de origen chileno que logran emplearse dentro de las chacras en forma efectiva depende de la expansión del empleo y de las mejoras salariales reales en la actividad frutícola. La oscilación de la presencia de familias de origen chileno en el paraje Contralmirante Guerrico puede observarse a través de las planillas escolares en las que figura la nacionalidad de los “tutores” de los alumnos de la escuela N°68. En 1990 el 51 % de los tutores registrados eran chilenos, el 47 % argentinos y el 2 % bolivianos y de otras nacionalidades; una década más tarde el 66 % de los tutores eran argentinos, el 31 % chilenos y el 3 % bolivianos. Podría pensarse que su inserción en la fruticultura no resulta actualmente tan atractiva, a la vez que la profundización de la crisis de esta economía regional y de la economía nacional ha generado una contracción de la demanda de personal.

La mayoría de estos migrantes chilenos aparecen registrados en las chacras entre los años 1970 y 1990, y por las edades de sus hijos muchos de ellos han conformado sus familias en el paraje. Las edades de las parejas de chilenos registradas en quince

propiedades del paraje oscilan entre 40 y 70 años, por lo que en algunas chacras aparecen como empleados titulares los abuelos chilenos y sus hijos argentinos con sus respectivas familias.

A pesar de que algunos artículos de la Ley General de Migraciones y de Fomento de la Inmigración del año 1981 establecen que ningún propietario puede proporcionar trabajo a los inmigrantes que residan ilegalmente en territorio argentino²⁸; el acceso de chilenos a trabajos permanentes en las chacras ha excedido la regularización de su residencia en el país.

Desde la Dirección Nacional de Migraciones las llamadas “amnistías” han posibilitado, en diferentes períodos, realizar el trámite de “residencia permanente” cumpliendo con la presentación de una menor cantidad de papeles y pagando una tasa de migración con un valor que descendió de \$200 a \$15. Con la última “amnistía” del 31 de enero de 1994 se tramitaron en la Delegación de Migraciones de la ciudad de Neuquén 15.000 solicitudes, mientras que desde entonces al año 2.000, período en que no se decretó ninguna amnistía, las solicitudes se redujeron a 5.000, evidenciando la imposibilidad económica de muchos inmigrantes de regularizar su situación fuera de este marco regulatorio o el desinterés por instalarse en la Argentina.

En la Pastoral de Migraciones, cuyas sedes se encuentran en algunas parroquias católicas de las ciudades del Alto Valle, se reciben las solicitudes de tramitación de los documentos de extranjeros y se puede realizar el trámite a menor precio: los costos oscilan entre \$600 y \$800 por persona, incluyéndose las copias de las partidas de nacimiento expedidas por las oficinas del registro civil en Chile, los sellados, las tasas de migraciones, y la legalización de documentación ante escribano público.

Para el caso de los trabajadores chilenos que se emplean en las chacras de Guerrico, la obtención de un documento de extranjero y la obtención de un trabajo estable no ha implicado un “blanqueo” laboral. Una importante proporción de estos trabajadores no está reconocida legalmente o, si lo está, no se les realizan los aportes patronales que los proveen de obra social y aportes jubilatorios. Según un registro de beneficiarios de la Obra Social del Personal Rural y Estibadores de la República

²⁸ El artículo 31 del título III del a Ley N°22.439 establece que “Ninguna persona de existencia visible o ideal, pública o privada, podrá proporcionar trabajo u ocupación remunerada, con o sin relación de dependencia, a los extranjeros que residan ilegalmente o que, residiendo legalmente, no estuvieran habilitados para hacerlo, ni contratarlos, convenir u obtener sus beneficios”. Es caso de infringir este artículo, en el título V se prevé una sanción de cinco mil pesos para el empleador.

Argentina (OSPREA) de 1997 limitado a la zona de Guerrico, sólo el 39 % de las propiedades frutícolas realizaron los aportes a la obra social de sus empleados.

Algunos migrantes chilenos que se emplean en las chacras no poseen la jerarquía de capataces o encargados de chacras, a pesar de constituir la planta permanente de las propiedades. Estos trabajadores no necesariamente deben vivir dentro de las chacras, pueden residir en los núcleos urbanos cercanos o en las llamadas “calles ciegas”, en la zona rural. Teniendo en cuenta los costos en transporte el traslado diario desde una ciudad hasta la zona de chacras, es más común y redituable vivir cerca del trabajo, en las calles ciegas.

Las calles ciegas son grupos de viviendas más o menos precarias ubicadas sobre los márgenes de los caminos rurales. En el paraje Guerrico hay tres que no están reconocidas por el municipio de Allen, por considerárselos “asentamientos ilegales”. Por eso sus habitantes no pueden escriturar sus terrenos ni obtener corriente eléctrica, tendido de gas y de agua corriente. A pesar de ser considerados por los representantes municipales “vecinos no registrados”, el centro de salud y las escuelas primarias del paraje los reconocen como parte de jurisdicción.

Las calles ciegas parecen ser una modalidad de asentamiento difundida dentro de las zonas rurales del Alto Valle. César Vapñarsky y Mabel Manzanal las definen como “agrupamientos de unas pocas viviendas de emergencia en caminos públicos que de hecho no se utilizan” (1979: 63), resaltando –junto a una foto de una casilla de madera– la particularidad de ser asentamientos dispersos y espontáneos que rara vez contienen más de media docena de viviendas (1987). Como veremos en el capítulo IV los pobladores de las calles ciegas no definirían a sus viviendas como “de emergencia”, pues las continuas mejoras que allí se observan hablan de su decisión de quedarse en el lugar. Las calles ciegas de Guerrico se levantan a un costado de calles rurales en uso que se ven angostadas por las viviendas familiares y las despensas. Las quince o veinte casas se delimitan entre sí por cercos de madera y alambre, denunciando el carácter más planificado que espontáneo de los asentamientos. Sus pobladores comparten sus historias de migración para incorporarse como mano de obra dentro de las chacras, pero su inserción laboral difiere del lugar de residencia. Así, los vecinos de las calles ciegas establecen con los chacareros particulares relaciones de producción que, en muchos aspectos, difieren de las que mantienen los encargados de chacra.

En estos espacios y como parte de las relaciones que gestó la fruticultura encontramos en la actualidad a chacareros y trabajadores rurales. A lo largo de este capítulo describí la constitución del Alto Valle de Río Negro como zona frutícola basada en la explotación familiar primero, y en el establecimiento de migrantes asalariados en las chacras después.

La incorporación de infraestructura de transporte y de riego en una zona marcada a principios del siglo XX por grandes extensiones de tierra sin explotación intensiva, definió una orientación productiva proyectada por el capital inglés sobre la base del pequeño chacarero europeo. Desde los años cuarenta la expansión que experimentó la fruticultura sobre esta base y orientada al mercado internacional, superó las posibilidades de que las familias chacareras sostuvieran con su trabajo la totalidad del proceso productivo. De esta manera, la presencia del chacarero en el contexto rural se complementó con la contratación de migrantes estacionales de origen nacional y trasandino, situación que se mantuvo hasta los '70. Desde entonces comenzó a perfilarse un proceso de lenta "desaparición" de las familias de chacareros como pobladoras mayoritarias de las zonas rurales, ya sea por el traslado de su vivienda a las ciudades cercanas o por el avance de las grandes empresas exportadoras. Estos cambios dieron lugar a la contratación de personal permanente que vive y trabaja dentro de las chacras; en gran proporción, estos trabajadores vinieron de Chile. Así, a lo largo de un siglo, la zona que hoy conocemos como Alto Valle vio modificada la población de las zonas rurales, primero por el reemplazo de la mayoritaria presencia de grandes propietarios por las familias chacareras y luego, por la progresiva contratación de personal permanente que terminó residiendo y trabajando en las chacras.

Los procesos históricos que definieron desiguales condiciones de asentamiento para los migrantes de origen europeo a principios de siglo XX y para los migrantes chilenos desde mediados de siglo marcaron la continuidad de una división "nacional" del trabajo que se reproduce dentro de las chacras y de las calles ciegas: los hijos de migrantes chilenos aprenden a ser trabajadores rurales y "más chilenos que argentinos"; algunas hijas de chacareros combinan ser "señoras chacareras" y enseñar en la escuela a "ser argentinos". Resulta pues fundamental indagar cómo cada sector continúa ocupando su lugar en esta división productiva y de qué manera contribuye a reproducirlo.

La observación de la inserción de las familias de migrantes chilenos en el mundo del trabajo frutícola permitió analizar la socialización de los chicos argentinos en una “chilenidad” que todos los sectores –chilenos y argentinos, peones, capataces y propietarios, maestros y alumnos- traducen como “trabajador rural”. El proceso a través del cual los chicos aprenden desde y junto a su familia a co-producir sus lugares como trabajadores dentro de la chacra será el tema del próximo capítulo.

Capítulo III

El trabajo en la chacra

La chacra constituye el principal lugar de trabajo y residencia familiar en el paraje. En este capítulo presento el modo en que los trabajadores chilenos se han incorporado a su dinámica productiva, para luego describir los diferentes momentos del proceso laboral de la chacra. A partir de Sandro, un chico de 13 años que participó del Taller en el año 1999, me centro en la organización del trabajo y de la vida cotidiana de su familia. Esta se compone por Roble, su padre de cuarenta años; Rosa, su mamá de treinta seis años y sus hermanos menores Daiana y Juan.

La incorporación de Sandro en las tareas culturales de la chacra forma parte de su socialización en el trabajo, proceso que se lleva a cabo a lo largo de las cuatro estaciones del año y a través de la participación de los diferentes miembros de su familia y de obreros temporarios. El “éxito” del trabajo de “todos” en la chacra, que se plasma en el momento de la cosecha, depende de las actividades productivas que se concentran en tres momentos anuales: “la poda”, “el raleo” y “la cosecha”.

Durante el invierno, cuando los árboles están totalmente desnudos, el padre de Sandro hace la “poda”, recorta las ramas de los frutales, y realiza la “fertilización” del suelo junto a otros peones estables de la chacra que no residen en ella. Mientras tanto, Sandro y su madre se encargan de juntar las ramas del suelo y quemarlas, y de limpiar “acequias y bordos”, canales que integran el sistema de riego artificial de la propiedad. La llegada de la primavera requiere del cuidado de las hojas y los frutos nuevos de las plantas, por lo que se debe “curar”, echar plaguicidas, y “ralear”, seleccionar y arrancar aquellos frutos que obstaculizan el crecimiento de otros. Estas actividades son masculinas y las realizan los peones efectivos y Roble. Éste se ocupa exclusivamente de la utilización de plaguicidas junto al control del “riego” de las plantas y del cuidado de las “heladas” nocturnas. La brusca caída de la temperatura a -0° C puede provocar el congelamiento de los frutos en crecimiento. La única cosecha de fruta se realiza en el verano y organiza la vida en la chacra. En esta época el padre de Sandro controla las jornadas de selección y extracción de fruta, mueve y despacha los “bins” o cajones en los que se deposita la fruta, mientras que los peones efectivos cosechan junto a peones temporarios provenientes de Chile, haciendo la cosecha propiamente dicha. Sandro y Rosa cosechan también, pero sólo la fruta caída de los árboles.

De este modo y a lo largo del año Sandro “colabora” y aprende bajo la supervisión de su madre y su padre, primero aquellas tareas que realizan los chicos entre los 11 y los 14 años junto a las mujeres, y luego las demás realizadas por los hombres adultos. Así la incorporación de los chicos y los más jóvenes al trabajo de la chacra está garantizada por la familia; también su reconocimiento como “chilenos-trabajadores”.



Sandro “guadañando”

El trabajo y la familia

En el primer capítulo presenté el modo en que los chicos de familias chilenas instalaron en el Taller la importancia del trabajo en la definición de una pertenencia de clase, al detallar tanto la vida laboral de sus padres en Chile como la suya dentro de las chacras. Ser trabajadores de chacra se revelaba, entonces, como una adscripción íntimamente vinculada con ser chilenos y permanecer dentro de esa clase implicaba no sólo conocer el trabajo sino también reproducir cierta chilenidad. De esta manera lo comentó Juan, un chico de la escuela:

como estén cubiertos (con el personal necesario) o no en la chacra se van a otra o se quedan ahí mismo, pero generalmente se van a trabajar a otro lado, o le ayudan al padre, a cosechar... Todos los pibes (mayores de 13 años) que conozco no van más a la escuela y están todos trabajando, porque a través del padre consiguen, por referencias, por chilenos, pero todos tiene que tener documento.

En la cotidianeidad la necesidad de tener documento para poder trabajar parece ser una representación más que un elemento definitorio, porque como nuestro en este capítulo, la familia como unidad productiva es el ámbito de la socialización del futuro trabajador y la familia como unidad identificada por su origen nacional es el nexo para acceder al trabajo. Veamos que sucede con Sandro.

Llegué a la chacra de Roble tal como habíamos acordado con Rosa el día de graduación de la escuela primaria de su hijo Sandro. Era un miércoles de diciembre; bajé del colectivo en la calle de ripio señalada por un neumático de automóvil al que pude divisar desde la ruta 22. Rosa me esperaba en el cruce, en su moto roja, para llevarme hasta la chacra de la que Roble es el encargado. Recorrimos unos 400 metros por la calle buscando cobijo en la sombra de las alamedas hasta llegar al portón de madera que indicaba la entrada principal de la chacra; desde allí podían verse los cuadros de frutales, una casa pequeña hacia la derecha y otra más siguiendo el camino de entrada. Esta última resultó ser la casa de la familia de Sandro, la única que alberga a una familia dentro de esta chacra.

Pero aquí también se emplean tres peones que se trasladan diariamente hasta la chacra para realizar tareas durante todo el año, aunque en el invierno del 2001 no habían sido convocados porque los patrones no podían pagarles sus salarios. Roble me había comentado, preocupado, que “a los ‘tanteros’ se les hizo largo el invierno. Este año (2001) la cosecha terminó en marzo y después no los llamaron más”. Los tres peones, viven en una zona cercana conocida como “Chacra Monte”, a 10 kilómetros de Guerrico. Por los años ‘80 este lugar se organizó como una calle ciega y luego quedó incorporado como barrio del pueblo de Gómez.

Roble cobra un sueldo mensual como “capataz” de chacra por tener a su cargo la producción y el personal de la propiedad de 20 hectáreas. A pesar de tener sueldo de capataz, que llega a \$500, todos los conocen como “encargado”, rango que, dentro de la jerarquía laboral, debería implicar un mayor sueldo, por ser encargados los empleados que poseen a su cargo explotaciones de más de 40 hectáreas. A pesar de que él mismo se denomina “encargado”, reconoce las diferencias que hay entre cobrar como encargado y como capataz:

el capataz cumple casi la misma función, nada más que si son chacras chicas como yo por ejemplo, que son 20 hectáreas, tengo que vigilar la cosecha, que salga la fruta fuera, cargar los camiones y todo eso, yo manejo el riego,

las curas con agroquímicos y trabajo con el tractor, pero por supuesto me dan otro sueldo.

Los patrones confían a los hombres que actúan como capataces, y por lo tanto residen con su familia dentro de las chacras, los patrones depositan el manejo y el control de los bienes de inversión como son los tractores, los fertilizantes y los remedios, además de la organización de tareas según el ciclo anual.

Los patrones de Roble son los hermanos Oscar y Alberto Dominguez, vecinos de la ciudad de Allen, donde son propietarios de un comercio de venta de ropa deportiva; la chacra es “como un complemento”, según me comentó uno de ellos una vez cuando nos encontramos en su chacra. Los patrones diariamente se acercan hasta su propiedad entre las 5 y las 6 de la tarde para controlar que todo “se cumpla y este en orden”, así que para esa hora Rosa trata de tener el patio de tierra apisonada barrida y sin basura “porque los chicos siempre dejan algo tirado”.

La casa de la familia de Roble y Rosa tiene techo de chapas, paredes de ladrillos sin revoque, aberturas de chapa, patio de tierra apisonada, la bomba manual para extraer agua, un corral con chanchos cerca, el tendal para colgar la ropa y el galpón que alberga plaguicidas y maquinarias a unos tres metros; los frutales se extienden enfilados alrededor.

Los perros anuncian la llegada de los visitantes que deben recorrer cien metros desde la entrada hasta la casa; Roble o Rosa pueden identificar a los que llegan desde cualquier punto de la chacra mientras realizan los trabajos culturales. Los niños pequeños, si no están en la escuela, y los perros se mantienen cerca de la casa “cuidando”. La otra casa, la de la derecha me pareció “abandonada”, sin vidrios en las ventanas, con yuyos alrededor; es donde se alojan gratuitamente los trabajadores “golondrina” durante la cosecha en el verano.

Roble no tiene huerta; sólo se crían algunos chanchos “porque no hay tiempo”; los trabajos dentro de la chacra son realizados en su mayoría por Roble, Rosa y Sandro. La piel morena y la cara arrugada, reseca por el sol y el viento, parecen darle a la gente mayor edad: “acá no me hallo -suele quejarse Rosa- el clima seco me pela las manos y la cara”, y sus treinta y seis años se esfuman ante una figura desgastada por el trabajo y el clima.

La casa de la familia tiene en su interior un espacio amplio que hace de cocina y comedor, dos dormitorios y un baño adentro recién construido. Al lado de la cocina a

leña que sirve para cocinar y para calefaccionar se acumulan baldes con agua del pozo ubicado afuera; las paredes pintadas de color fuerte tienen pocos adornos. En la cocina, sobre la heladera hay una foto de “Rodrigo”, el cantante cuartetero cordobés, y un adorno hecho de caracoles con la inscripción *Recuerdo de Valdivia*. La heladera, una mesa con sillas de metal, un televisor y un aparador, son los muebles que tienen en ese espacio que hace de cocina-comedor. En el aparador se disponen adornos, portarretratos con fotos de los chicos en la casa de la abuela materna en Chile, una estatuilla de la virgen María, un muñeco de peluche con las siglas del club argentino “Independiente”. Sandro comenta que Roble es de ese equipo, pero que él es de River: “yo desde allá (Chile), cuando iba me hice de River, porque allá veía los partidos de Salas”, futbolista chileno que jugó en el club argentino River Plate.

El primer día que visité la chacra, Roble estaba trabajando con el tractor y Sandro sacando yuyos entre los frutales, actividad que se conoce como “guadañar”. Rosa había dejado pendiente su tarea de acomodar ciruelas en los cajones fruteros y los chicos más pequeños, de 8 años la niña y 6 el nene, terminaban de darle agua a la chancha en un corral ubicado a unos 60 metros de la casa. En unos pocos minutos pude observar la participación de toda una familia en diferentes tareas de la producción frutícola y doméstica. Así se ponían en escena los dos elementos que los chicos en sus relatos del Taller presentaban siempre asociados: el trabajo y la familia. Aparecían juntos en los relatos sobre la llegada al Valle, en la obtención del primer empleo, el aprendizaje de las tareas culturales y en la maximización de los recursos económicos de cada grupo familiar trabajando dentro de una chacra.

Una tarde de invierno, mientras con Rosa compartíamos unos mates dulces en la cocina de su casa, recordó las expectativas con las que salieron de Chile para trabajar en el Valle en 1992. Roble ya conocía la zona como trabajador temporario. El conocimiento de Roble de las ganancias que se sacaban en la temporada de fruta abonó la representación de prosperidad de la región. Contaba Rosa que en la decisión de “venir al Valle” influyó la insistencia de uno de los hermanos de Roble asentado en la zona y la imagen de las posibilidades que ofrecía el Valle. Como en los casos de inmigración ultramarina y limítrofe (Devoto, 1992), en la llegada de chilenos al Valle es habitual la migración en cadena: luego de conseguir trabajo, un familiar sugiere la migración de sus parientes ante condiciones económicas o políticas evaluadas como “desventajosas” en el

lugar de origen. La expectativa con la que Roble y Rosa se instalaron en el Valle estaba orientada a la mejora de su situación económica, que aparecía en Chile como “inmóvil”.

En el relato de Rosa se reflejaba el modo en que el deseo de conseguir mejores oportunidades laborales se abonaban con la experiencia de Roble de “venir, hacer la temporada y tener plata”:

en ese momento él estaba sólo con la madre allá, sus hermanos estaban acá, entonces él venía, hacía la temporada, se iba a Chile, terminaba de pagar la casa donde vive su madre, la alimentaba a ella y ahí volvía a hacer otra temporada. Bah, alcanzaba para ayudar a toda la familia en el año.

Rosa reafirmó que cuando en los años '80 Roble llegaba a la Argentina como temporario, la zona del Alto Valle ofrecía buenas oportunidades laborales. Esther, otra chilena y vecina de chacra de Rosa, me contó que su madre fue la primera de la familia en venir a trabajar como temporaria a la zona; sus relatos incentivaron el deseo de migrar a los demás miembros:

mi mamá decía 'tu sabes que trabajan con los tractores, llevan los cajones'; claro cuando ella vino eran cajones cosecheros, en esos años había cajones cosecheros no habían bins como ahora. Decía 'los cajoncitos chiquititos juntan la manzana de las plantas' y eran chicas las plantas porque yo me acuerdo cuando llegamos acá había un cuadro ahí, ¿viste adelante? y eran todas plantas enanas, y las sacaba yo no con la escalera, sino que todo por abajo, entonces yo me imaginaba viste? tractorcitos chiquititos, todo, los árboles con fruta, algo lindo, algo lindo y que era todo fácil. Porque la gente que venía acá a hacer la temporada llegaba con ropa vaquera, con zapatillas, allá las zapatillas y la ropa vaquera no se usaban. Ahora no, porque ahora uno va y está todo plagado de zapatillas y vaqueros, pero cuando llegaba uno que venía a hacer la temporada vos te dabas cuenta enseguida, porque de pinta en blanco, ¿viste? con camisa de jean, campera de jean, vaqueros, todo, los “blu jenes” les decimos nosotros, entonces uno, yo me imaginaba como te digo, otra cosa, cuando llegamos a Las Lajas (al ver otro paisaje) yo ya decía entre mí: -Para que le habré dicho que viniéramos.

En las charlas que mantuve por separado con Rosa y Esther percibí la misma distancia entre lo que “se imaginaban” y lo que encontraron en el Valle. Quizá estas mujeres sufrieron cierto arrepentimiento por haber dejado atrás el país de origen en pos de perseguir un sueño de prosperidad, en un lugar en el que el clima y el paisaje se les presentan como totalmente distintos. Venir de regiones de Chile en las que el bosque húmedo y las montañas dominaban la cotidianeidad a una meseta árida, donde el verde sólo se instala con el follaje de los frutales en la primavera y el verano, representó un

cambio que se añora. Las ilusiones depositadas en el nuevo lugar donde trabajarían y vivirían junto a sus esposos parecieron desvanecerse rápidamente; del trabajo “de sol a sol” dependían las deseadas diferencias monetarias; el desgaste físico del hombre y la mujer eran parejos, a pesar de que los parientes asentados en localidades del Alto Valle colaboraron desde un comienzo en la búsqueda de trabajo y en el aprendizaje del trabajo en las chacras.

Rosa vivió con los parientes de su marido sólo un par de meses, mientras Roble trabajaba como temporario y “en negro”. Luego obtuvo a través de un primo el puesto de encargado de chacra, lo cual le resolvió la estabilidad laboral y el problema de la vivienda. Gracias al nexos familiar que actuó ante un patrón conocido, como “referente” del recién llegado, Roble consiguió trabajo. Lo mismo sucedió Esther, quien no sólo había llegado junto a su marido sin trabajo sino, además, sin saber nada de las tareas culturales de las chacras. Sus familiares fueron necesarios también para aprender a trabajar en la fruticultura.

En la construcción de su pasado familiar, Rosa y Roble le asignaron un lugar importante a su ingreso a la Argentina. Como tantos otros, la pareja cruzó la frontera en calidad de “turistas”, sin que ellos fuera una traba para su posterior inserción laboral. Luego de transformarse en encargado de chacra, Roble demoró dos años en resolver su situación legal; las oficinas de migraciones, las interminables colas y la cantidad de “papeles” que se solicitaban para obtener el documento de extranjero, no lo alentaba en su decisión. Contar con un trabajo efectivo estando como “ilegal” le imposibilitaba cobrar en su salario la asignación familiar, tener aportes jubilatorios y gozar de los beneficios de obra social. Sin embargo, tramitó el documento cuando nació en General Roca Daiana, su segundo hijo. Rosa en cambio, postergó hasta el 2001 la realización del suyo.

En suma y según los relatos de Rosa y su familia, su integración como asalariados a la dinámica productiva del Alto Valle no dependió en ningún caso de la tramitación de los documentos de extranjeros sino, principalmente, de los contactos con familiares que les garantizaran un primer trabajo y el aprendizaje de las tareas. “Ser chileno” era crucial para obtener un puesto laboral y un lugar de residencia. De manera similar los chicos nacidos en la zona pero hijos de chilenos obtienen a través de la familia y otros compatriotas de sus padres su socialización en el trabajo.

Sandro participa en el aprendizaje de las tareas culturales en cada etapa, cuando los hombres realizan los respectivos trabajos correspondientes a cada estación: la poda, el raleo y la cosecha. El trabajo de este personal permanente y temporario, que en la chacra de Roble era íntegramente chileno, se complementaba con otras tareas realizadas por chicos y mujeres, generalmente de la unidad doméstica. De este modo, en algunos períodos del año, Sandro estaba no sólo con su familia, sino también con otros trabajadores chilenos. Su temprano ingreso a la adultez se revelaba en el modo de hablar de Sandro en la escuela y dentro de la chacra: aquí empleaba expresiones como “harto cansado”, “para recuperar fuerza hay que comer ñaco”, “chucha que iba fuerte...” “al tiro iba cosechando...”, o el arrastre de las vocales al pronunciar algunas palabras, que lo mostraban más chileno. Lengua, habla y actividad denotaban la chilenidad del trabajo en la chacra. Las expresiones “chilenas” respondían al trabajo y revelaban su sentido en las prácticas de la jornada laboral. La palabra transmitía el conocimiento del trabajo, tanto el conocimiento práctico como el teórico, esto es, los valores y normas asociados a él.

Conocer qué se transmite como aprendizajes necesarios para ser un trabajador en la chacra será presentado desde la vinculación entre las estaciones anuales y la división de tareas en la producción.

La poda

El invierno diseña un paisaje desolado en las chacras. Los frutales y los álamos están desnudos, la tierra parece researse y la gente prefiere quedarse en sus casas por las bajas temperaturas. Entre los frutales se observa el humo de la calefacción a leña de algunas casas y la ropa colgada en los tendales espera que el sol caliente para secarse. Era julio, y aunque hacían unos 5° C, el sol pegaba fuerte en la cara morena de Roble, quien, subido a una escalera apoyada sobre el frutal, cortaba las ramas deshojadas y dejaba las más gruesas para que brotaran en la primavera.

En ese momento Roble estaba haciendo el trabajo que en los años anteriores hacían los tres empleados fijos de la chacra. Una vez que había finalizado la cosecha en abril, los propietarios no habían vuelto a convocar a los otros peones sino hasta el mes de septiembre, por lo que Roble, en su carácter de encargado realizó en ese período el trabajo de tres. Mientras podaba comentó que

los otros que están efectivo tendrían que estar podando y yo trabajando la tierra pero según los patrones no hay plata, entonces yo trabajo un rato a la mañana y después desde las dos hasta que busco a los chicos a la escuela. Ahí después ya me quedo adentro, no dan ganas de salir por el frío pero alguno de los patrones siempre viene entre las cinco y las seis, así que trato de adelantar algo.

La poda se realiza en invierno, luego de que los frutales quedan completamente desnudos, utilizando tijeras manuales y escaleras de madera. La tierra también se trabaja a partir de agosto para remover e incorporar nutrientes antes de comenzar el riego artificial. La fertilización del suelo a través de abonos naturales –generalmente excremento de chivo o gallina- y químicos es una tarea que concentra Roble luego de que los patrones compran estos insumos en la ciudad y se los llevan a la chacra.

Mientras Roble podaba, Sandro limpiaba los “bordos” y Rosa las “acequias”. Los “bordos” son los montículos de tierra que se forman cerca de las plantas por el viento y el paso del tractor; generalmente se llenan de yuyos y hay mantenerlos limpios antes de septiembre, cuando comienza el riego. Lo mismo sucede con las acequias, que conducen el agua por compuertas manuales desde los canales que cortan las calles rurales. Las acequias son de tierra y durante el invierno, al no circular agua, suelen llenarse de yuyos y hojas que, de no limpiarse antes de la primavera, obstaculizarían el riego.

En la mayoría de las chacras para la limpieza de acequias y bordos se suele contratar personal “por tanto”, esto es, se calcula la extensión de metros limpiados y se paga por día. Desde la perspectiva de un chico, el cobro “por tanto” opera de la siguiente manera

si el día lo pagan 12 pesos, uno puede ganar unos 20, 25 pesos; uno puede trabajar las mismas horas pero gana un poco más, le pone más empeño y te rinde el doble de tiempo, si está por día, le ponen un horario para que esté ahí, desde ahí empieza el horario hasta que a las 12 ya se puede ir, después tiene que entrar a las dos, o dos y media dicen, hasta las seis de la tarde, después ahí nomás, si quiere seguir trabajando no le pagan más, hasta las seis le pagan eso nomás.

Cuando se contrata personal temporario para tareas cortas suele pagarse \$12 por ocho horas, a lo que se conoce como “día vario”, es decir, se paga para realizar cualquier tipo de tarea durante esas 8 horas; pero si se arregla, por ejemplo, la limpieza

de las acequias a \$ 0,10 el metro se puede hacer una mejor diferencia durante una jornada.

Aunque los trabajos “por tanto” se pagan según el tipo de tarea y no por ser hombre o mujer, en comparación con los hombres adultos, las mujeres y chicos suelen percibir menores ingresos al final de una jornada por realizar las tareas peor pagas: si al mismo tiempo se poda y se limpian bordos, los hombres podan, cobrando \$ 8 por fila de frutales, mientras que los chicos y las mujeres asumen la limpieza con un pago de 0,10 por metro, tarea que en una jornada les retribuye una cantidad menor que a los hombres podando. A pesar de estas diferencias las mujeres y chicos toman estas tareas de modo de obtener ingresos en efectivo para la familia. Este año Rosa y Sandro, por residir dentro de la propiedad parecían tener prioridad en la realización de esas labores.

Una mañana cuando llegué a la chacra Rosa y Sandro se estaban ocupando de quemar las ramas cortadas por la poda. En mi viaje en colectivo por la ruta 22, ya había advertido fogatas en otras chacras, y chicos y mujeres arrastrando manojos de yuyos y de ramas hacia el fuego. La “quema de podos” es una tarea que se hace “por tanto”, y esa mañana, mientras el sol amagaba con calentar un poco el ambiente, los ojos de Rosa y Sandro lagrimeaban por el humo y me mostraban sus manos marcadas y lastimadas con las ramas.

Pero Rosa complementa sus ingresos con otras actividades que no dependan de los jornales pagados por los patrones. De la chancha obtiene lechones, a los que alimenta para engorde y venta en las fiestas de fin de año. Con la venta de una sola cría Rosa pudo pagar el alimento del resto de lechones, por lo que los demás lechones reeditaron “todo ganancia”. Rosa también vende ropa -buzos de algodón, medias, remeras y ropa interior- en las otras chacras adonde va con su moto roja, después de finalizada la cosecha “porque sé que tienen algo de plata”. Con los ahorros que aparta de las tareas culturales que realiza junto a sus hijos, encarga esa ropa a unos conocidos de Gral. Roca que compran en Buenos Aires. Por su parte, su vecina Esther teje prendas con hilo traído desde Chile; al ofrecerme algún tejido comentó que “en unas semanas hago varios saquitos para niños que los cobro 15 pesos, así voy juntando algo para después ir a Chile de visita”. De este modo, mientras “los patrones no pagan porque dicen que no hay plata” las mujeres sostienen a la unidad doméstica con las diferencias monetarias que obtienen durante el año haciendo “otras cosas”.

El raleo

Con la primavera los días se tornan más templados, pese a que en la madrugada son frecuentes las bajísimas temperaturas. De los frutales podados y de los álamos comienzan a asomarse los brotes de las hojas; las flores de la fruta de carozo son las primeras en aparecer y adornar las filas de frutales. La floración atrae a las abejas y los días, al alargarse, permiten hacer más actividades dentro de la chacra. Luego los frutos verdes comienzan a asomarse entre las hojas, pero es sabido entre los peones que no todos deben dejarse madurar, ya que el amontonamiento de frutos en una misma rama obstaculiza el buen desarrollo de manzanas, peras y ciruelas²⁹. Por eso se realiza “el raleo” que consiste en la selección manual de los frutos que se dejarán madurar en la rama y los que se descartarán dejándolos caer al suelo. Los empleados suben a escaleras de madera de unos tres metros de alto, alcanzando los escalones más finos de la punta. Luego bajan y trasladan la escalera a otro árbol. Mientras los trabajadores efectivos ralean, Roble traslada “puntales” con el tractor para ir “apuntalando” los frutales. Los “puntales” son palos sin ramas de álamos de unos tres metros de largo, que se usan para “apuntalar” o sostener las ramas de los frutales, impidiendo así que se quiebren las ramas sobrecargadas por el peso de la fruta.

En esta época Roble también tiene a su cargo el riego pues ya circula agua por las acequias y deben aprovecharse bien los días en que el “tomero” deriva agua hacia esa chacra. El “tomero” es un funcionario del Consorcio de Riego –asociación conformada por los propietarios de cada zona rural³⁰- que organiza los turnos de riego de cada propiedad, siempre y cuando ésta tenga al día el pago de la cuota o “canon de riego”. Algunas mañanas solía encontrarme al tomero de la jurisdicción de la chacra donde Roble es encargado. Su moto se divisaba en algún camino rural, señal de que estaba abriendo o cerrando alguna compuerta. A veces se lo veía con redes con las que levantaba basura acumulada en los canales terciarios y otras con papeles con planillas donde marcaba los días de circulación de agua por cada chacra. Su trabajo se veía solitario, a veces algún peón de chacra lo saludaba al pasar, pero él terminaba lo que había y se alejaba en su moto hasta otra compuerta. Del tomero depende, dentro de las explotaciones, el riego que opera por inundación. Cada chacra sólo dispone de agua

²⁹ Los requerimientos de tamaño y color los disponen y difunden las empacadoras de fruta en función de la demanda del mercado externo.

³⁰ El Consorcio de Regantes está formado por un Consejo Directivo que se renueva cada dos años a través del voto directo de los socios que estén al día con el pago del canon de riego. Los socios morosos no pueden formar parte de la Comisión ni de las listas que se forman para las elecciones.

durante 48 horas y cada 8 días, por lo que el resto de los días la circulación de agua se anula a través de compuertas aseguradas con candados cuyas llaves controla el tomero. Roble decía que es común que los chacareros no paguen los cánones de riego durante el otoño y el invierno, trámite que deben resolver rápidamente para poder disponer de agua en la primavera³¹.

A pesar de que en primavera la temperatura diurna oscila entre 10 y 20° centígrados, en las noches despejadas y sin viento puede descender a bajo cero. En las noches de “helada” los frutales con brotes nuevos corren el riesgo de helarse y quemarse por el frío, lo que no permitirá una futura floración. En caso de que la temperatura ambiente disminuya a los 0°, Roble debe “velar” por los frutales y producir calor a través de diferentes procedimientos como el riego del suelo para que se forme vapor o quemar neumáticos de vehículos entre las filas de frutales. En las noches de helada este trabajo se prolonga hasta la madrugada, debiendo Roble vigilar los termómetros ubicados en algunos frutales, mantener prendidas las gomas o hacer circular agua entre las plantas. Las heladas, junto con el granizo, son los dos factores climáticos que pueden provocar daños irreparables en los frutales; el trabajador intenta revertir sus efectos para que no se pierda “la temporada”.

Con el brote de las plantas Roble también debe “curar”, es decir, proteger en forma preventiva las hojas y los futuros frutos de posibles plagas a través de plaguicidas químicos.

primero hay que hacer la cura de aceite, en los primeros días de septiembre; después viene la otra de poli sulfuro y ahí se para hasta octubre cuando ya empiezan las curas de la carpocapsa, cuando ya está el fruto, todo lo hago yo con las maquinarias.

El aceite y el poli sulfuro garantizan la salubridad de las hojas combatiendo la carpocapsa, un insecto más conocido como “polilla”, que en su período larval arruina las manzanas y las peras. Los remedios para hacer la cura son “sistémicos”, es decir, atacan determinadas plagas pero no todos los predadores, como las abejas, los mosquitos y los pájaros. Para esta tarea Roble se cubre con capas de nylon para protegerse del contacto físico con los agroquímicos; engancha la máquina curadora en el

³¹ El canon de riego establecido para el año 2002 es de \$75 por hectárea por año, monto que se abona bimestralmente en los bancos locales habilitados a través de las boletas que el Consorcio reparte en cada propiedad.

tractor despidiendo los remedios por entre las filas de los frutales. La cura se realiza en días sin viento y lejos de la lluvia para que no se laven las hojas.

En esta chacra hay sectores conocidos como “cuadros” con frutales nuevos que Sandro y su mamá se encargan de mantener libres de malezas; a esa actividad se la conoce como “guadañar”. Por la limpieza de los bordos Rosa había arreglado con el patrón el cobro de \$1,50 (por lineo tardaban un poco más de una hora), pero evaluando que “no se esperaban encontrar tantos yuyos que se enredan en la guadaña y que hacen que tardemos más” pidió una mejor paga. Una tarde de unos 15° el calor del sol se sentía fuerte y los mosquitos zumbaban alterados alrededor de Rosa y Sandro. El agarraba la guadaña con las dos manos la guadaña de 1 metro y medio, que apenas podía sostener. Sandro y Rosa se quejaban; sabían que con el correr de las semanas y la cercanía de la cosecha las horas de trabajo se tornarían cada día más intensas, aunque reconocían que sería entonces cuando el trabajo sería mejor retribuido.



La cosecha

Es en verano cuando circula más gente por los campos del Alto Valle. Los caminos se llenan de bicicletas y motos que trasladan a los trabajadores a cosechar, se forman nubes de polvo suspendidas en el aire ante la escasez de lluvias y por la continua entrada y salida de camiones de las chacras transportando la fruta recién cosechada hacia los galpones empacadores.

El temprano amanecer, entre las cinco y seis de la mañana, permite que el ritmo de trabajo comience antes y se interrumpa sólo un par de horas a la tarde, cuando el calor supera los 30° C; los chicos aprovechan entonces para

bañarse en los canales. El verano representa la cosecha y ésta genera un cambio en la dinámica social y familiar en el seno de las chacras³².

³² La importancia del trabajo durante la cosecha puede observarse no sólo en el espacio productivo sino también en la escuela. En marzo, cuando comienza el ciclo lectivo, es común que muchos chicos no

La casa de aspecto precario y “abandonado” a la que me refería páginas atrás queda limpia de yuyos con los postigos de chapa abiertos y funciona como vivienda para los trabajadores temporarios desde principios de diciembre.

Cinco trabajadores chilenos llegan anualmente a la chacra de los hermanos Domínguez para levantar la cosecha de fruta de carozo, primero, y luego de manzana, junto a los tres peones efectivos. Los temporarios llegaron por primera vez por medio del padre de los patrones, quien los mandó “recomendados, y todos los años cumplen con su trabajo”, se alojan en la chacra desde diciembre, cuando comienza la cosecha de ciruelas, hasta abril, cuando finaliza la de manzana.

Como expliqué en el capítulo II, los trabajadores que llegan al Valle en el verano pueden ingresar al país en calidad de “turistas”, por un plazo no mayor a los tres meses, y trabajar “en negro”, o en carácter de “declarados” en el marco de un Contrato de Trabajo. Según Roble, los cinco empleados que hacen la temporada de fruta en esta chacra están declarados y los patrones tienen la obligación de convocarlos anualmente para cada cosecha. En este caso, al ser trabajadores trasandinos se les avisa que deben presentarse en la región a través de radios chilenas o telefónicamente. Los patrones tienen la precaución de convocarlos ya que, en caso de no hacerlo, los trabajadores temporarios pueden presentarse en la chacra y exigirles el pago de su temporada. Roble me enfatizó en varias oportunidades que “es derecho del obrero que lo llamen” o que “si es compañero chileno hay que guardarle el lugar”, demostrando cierta lealtad con sus connacionales trabajadores. El reconocimiento de su adscripción como trabajador y chileno diferenciado de los intereses del patrón que “siempre dicen que no tienen plata, pero después se van de viaje...” revela la misma asociación entre clase y nación que los chicos me habían expresado en la escuela.

La cosecha es también la época en que suelen manifestarse las pujas y negociaciones entre trabajadores y patrones, pues es cuando los cosechadores presionan por mejorar la paga garantizando a cambio una “buena cosecha”. Roble obtuvo para él y los demás cosechadores el reconocimiento de una diferencia, un porcentaje según la cantidad total de kilogramos cosechados en toda la temporada; esa diferencia se abonó en abril, después que toda la fruta fue entregada a las empacadoras. Generalmente la familia usa ese porcentaje para viajar a Chile a visitar parientes y amigos.

asistan a clases sino hasta que finaliza la cosecha, en abril, ya que colaboran activamente en esta actividad, por lo que las maestras aguardan hasta esa época para “dar contenidos nuevos”.

El pago de la cosecha se realiza “por tanto”, que en este caso es por cada bins que se llena de fruta. Los bins son los cajones de madera o plástico con capacidad para unos 400 kilogramos y en donde se traslada la producción desde la chacra hasta los galpones donde se selecciona y empaqueta la fruta. En 2001 el bins se pagó entre 5 y 5,30 pesos, pudiendo un hombre adulto y diestro llenar entre 4 y 5 bins por día.

Al igual que la mayoría de las tareas de la fruticultura, la cosecha se realiza manualmente y en forma individual, cada cosechero con su escalera que traslada de árbol en árbol para alcanzar los frutos maduros. Sobre sus hombros y con las bolsas hacia adelante se ponen las mochilas recolectoras dentro de las cuales podrán depositar de 10 a 12 kilogramos de fruta. El descenso con el peso de la fruta es difícil; los trabajadores deben bajar con cuidado los finos escalones de espalda a la escalera, de modo de no golpear la bolsa y estropear la fruta con las rodillas. Una y otra vez a lo largo del día suben y bajan las escaleras para descargar las mochilas en los bins que están ubicados al final de las filas. Roble es el encargado de anotar en unos pequeños papeles que engancha en el bins el nombre del cosechero y los kilogramos aproximados con que se llenan; luego con el tractor los traslada hasta un punto en el cual el camión de la empacadora pueda maniobrar y subirlos para sacarlos de la chacra. En base a lo registrado en esos papeles y luego de que los patrones traen el dinero a la chacra, Roble distribuye los sábados por la tarde el pago que le corresponde a cada cosechero.

Pese al raleo, cabe aquí otro proceso de selección que lleva algún tiempo, sólo se arrancan los frutos con el color y el tamaño acordados con Roble o el patrón al comienzo de la jornada. Por cada fila de frutales pueden llegar a hacerse dos o tres pasadas a lo largo de una semana, con el fin de dejar madurar algunos frutos.

La cosecha con escalera es una tarea que desarrollan los hombres, por el peso de las mochilas recolectoras. Rosa y los chicos hacen la cosecha manual de las ramas más bajas o de la fruta que está en el suelo; también ellos cobran “por tanto”. Mucha fruta cae de los árboles por estar muy madura o por los fuertes vientos que terminan arrancándola. La fruta del suelo muchas veces se golpea o “machuca”, se pudre en parte o se llena de gusanos; entonces se destina a los bins dirigidos a la industria de jugos y sidra. Los bins para industria tienen un valor inferior que los destinados a las empacadoras.

Después de ver la novela de la tarde con la que hacían tiempo para cosechar, Rosa y sus hijos se cambiaron de ropa: unas remeras gastadas y pantalones largos para

que los mosquitos no les picaran las piernas. Ya entre las filas de frutales Daiana y Juan recogían la fruta del suelo bajo las directivas de Sandro mientras Rosa acomodaba los cajones de madera en los que depositaban la fruta; los chicos guardaban las ciruelas que juntaban en las bolsas plásticas de un supermercado local. Entre ellos se molestaban con yuyos arrancados de los bordos y así la cosecha se tornaba un juego.

Durante la temporada de cosecha Roble organiza desde temprano la extracción de fruta, el traslado de los bins y su posterior salida de la chacra. En el verano sigue cobrando su sueldo como capataz y espera el pago del porcentaje “extra” que arregló de palabra con el patrón para él y sus compañeros. Ante la escasa presencia del sindicato que los nuclea, el arreglo de palabra es el mecanismo de negociación con el patrón.

Pese a que Roble es el capataz, el ritmo de trabajo lo marcan los cosechadores, quienes tratan de extraer la mayor cantidad de fruta en el menor tiempo posible para llenar más bins. Así pueden una levantar cosecha en varias chacras en una sola temporada y justificar económicamente su traslado al Valle. Comienzan apenas amanece, interrumpen un rato para almorzar y dormir un poco mientras el sol aprieta, y luego continúan hasta el anochecer. Los chacareros e incluso Roble evalúan que esa manera de trabajar “sólo la encontrás en los chilenos, un argentino nunca va a trabajar de sol a sol, o por ahí te termina robando”.

La representación de que el chileno es un “buen trabajador” que nunca “pide de más” es una construcción que se erige en oposición a los trabajadores temporarios que llegan del norte argentino. La chilenidad garantiza la disciplina de trabajo como un atributo a destacar frente al empleador, como una manera de presentarse en oposición a la connotación peyorativa que a veces transmite “ser chileno” en la Patagonia. “Chileno pero laburante” suele escucharse dentro de las chacras, transformándose en una garantía tanto de conocimiento como de compromiso con las tareas asignadas.

El trabajo disciplinado y la reducción de gastos durante las jornadas de cosecha permiten obtener mayores ganancias. Los gastos en la chacra son mínimos, ya que sólo se paga la comida diaria, quizá algún churrasco o fiambre “cosa de comer rapidito y seguir”, y cerveza, que compran en algún almacén rural. Los domingos se juntan en alguna despensa del lugar a tomar y jugar al tejo, por lo que pocas veces se trasladan a alguna ciudad cercana; la cotidianeidad durante el verano se circunscribe en las chacras. Los temporarios tienen poco contacto con la familia de Roble, ellos cocinan en la vivienda que se les asigna, mientras que Roble y su familia lo hacen en su casa.

Para Roble y Rosa los beneficios económicos que obtienen durante la cosecha también permiten hacer la “diferencia”.

Yo cambio en dólares lo que junto con los chicos y me dan quinientos pesos en dólares, a cinco por una que está en Chile, que por una de acá dan quinientos allá son cinco por cinco veinticinco, son 250.000 pesos chilenos que yo me llevo, en el mes trabajando en Chile te ganás 60.000 pesos, en el mes, y yo te digo, es ... en Chile vos estás 30, 31 días laburando las 8 o 10 horas en el día, cuando vos acá levantás fruta yo me levanto, qué se yo, a las 8 y hago la diferencia, el doble, entonces hay una diferencia.

El trabajo y la dedicación “full time” de toda la familia al mantenimiento y cuidado de la chacra llegan a su clímax en el verano igual que la presencia chilena en el Valle. El cansancio de vivir lejos de la familia, la añoranza del paisaje y el clima cordillerano, el deseo de pasar alguna de las fiestas de fin de año en Chile, se proyectan en el viaje a Chile “después de la cosecha”, como un modo de ir allá “con muchos pesos chilenos” y mostrar su pequeño progreso: acumular algo de dinero durante el año que según Rosa, allá no sería posible y que justifica seguir siendo trabajadores migrantes en la Argentina viviendo y trabajando dentro de una chacra. Sandro lo sabe y por eso, al igual que sus compañeros de escuela, participa de las tareas de la chacra mirando y practicando aquello que luego hará como hombre adulto. “Casi todos los pibes se quedan en alguna chacra” me había comentado un chico en el Taller, “por eso aprendemos, así hay trabajo”.

Ser un chico chileno de las chacras

Así como los migrantes que llegaron desde Chile al Alto Valle necesitaron de algún pariente para conseguir trabajo “por referencia” y aprender las tareas en las chacras, describí cómo los chicos hijos de chilenos también se ven involucrados en el aprendizaje del trabajo a través de la familia. A los recién llegados a la zona “ser chilenos” les facilitó el acceso laboral; a sus hijos “ser argentinos” no les garantiza tener trabajo, por lo que reproducir en ellos cierta chilenidad y sus lazos con los connacionales de los padres contribuye a ratificar su lugar de chilenos trabajadores de la fruta.

El lugar de los hijos de chilenos en la chacra es el de “chicos”, en tanto trabajadores y aprendices de trabajadores que se incorporan como mano de obra a veces sin sueldo o con remuneraciones inferiores que los adultos. Sentirse parte de una clase

distinta a la del patrón implica no sólo definir intereses diferentes sino también, en este caso, mantener cierta fidelidad a sus orígenes nacionales. Por eso la chilenidad en la chacra se expresa en la posibilidad de tener un puesto de trabajo por ser connacional, portar apellido chileno, hablar como chileno y demostrar que se sabe trabajar como chileno, garantizándose así como un “buen peón”.

Los chicos por ser hijos de... o haber aprendido el trabajo con... sustentan un pasaporte necesario en el momento de conseguir trabajo en el sector. La conciencia de Roble de que “a un chileno hay que guardarle un lugar” se traslada a la próxima generación: considerar chilena a la descendencia argentina es reconocerla como trabajadora que legítimamente realizará las tareas culturales de las chacras. Lo llamativo es el modo en que los chicos incorporan esta adscripción, manifestando su preocupación por tener en regla el documento: ellos son argentinos y señalan la importancia de mantener el carácter de “legales” en su territorio de origen. Pese a su nacionalidad argentina su “chilenidad” puede delatarlos a ellos o a sus padres como “ilegales”; socializarse en el trabajo desde chicos garantiza su futura inserción laboral, pero los hace destinatarios del mote de “extranjeros” en un territorio que históricamente el estado argentino presentó como excesivamente poblado por chilenos.

Como señalé en el segundo capítulo, los trabajadores chilenos que se emplean en las chacras no sólo residen en ellas sino también en calles ciegas. Este espacio constituye otro ámbito de socialización de los chicos en la “chilenidad” y en el trabajo, aunque en este caso, no este centrado en su futura inserción en la fruticultura, temas que se desarrollan en el próximo capítulo.

Capítulo IV

La vida en una calle ciega

Así como los chicos en el Taller de la escuela me habían transmitido algunos segmentos de su vida dentro de las chacras como parte de familias de trabajadores chilenos, también marcaron “diferencias” entre tener su casa allí y en las calles ciegas.

La calle ciega es un espacio social y productivo desde el cual la familia constituye un eslabón fundamental en la socialización de los descendientes de chilenos tanto desde la enseñanza del trabajo de las chacras como desde la transmisión de las posibilidades que ofrece vivir fuera del control del patrón. La chilenidad de estos chicos se construye desde el refuerzo de su identidad de trabajadores pero organizando sus vidas más lejos de las relaciones laborales propias de la chacra y más cerca del contacto con los connacionales, específicamente en la recreación y el consumo que alientan el juego del tejo y las compras en las despensas.

Eduardo y los abuelos Saldía



A través de Eduardo y de David, dos hermanos hijos de chilenos que participaron en el Taller, conocí a sus padres, tíos y abuelos, integrantes de una familia que vive en forma alineada a lo largo de una calle rural. En este capítulo describo las particularidades que presenta la dinámica de esta

familia en la calle que se designa popularmente con su apellido, “de los Saldía”. Esa dinámica está atravesada por prácticas que no suelen aparecer en la producción, ya sea porque ocupan un espacio no reconocido por las autoridades municipales, ya sea porque sus actividades no están directamente vinculadas a la producción frutícola aunque se beneficien de ella.

La calle ciega de “los Saldía”

Así como las chacras de Contralmirante Guerrico suelen denominarse por los apellidos italianos o españoles de sus patronos -“la chacra de Martínez... lo de Pasolini”- la calle rural N° 4, señalada en catastro como una calle sin salida, es identificada por sus pobladores con un apellido que en la zona se reconoce como chileno: “la calle de los Saldía”.

Los abuelos de Eduardo y David, conocidos como los “abuelos Saldía”, llegaron de Chile a mediados de 1980, con la expectativa de mejorar sus condiciones de vida. Como muchos otros, Roble incluido, se emplearon en la fruticultura. Primero migró el abuelo junto a sus dos hijos mayores, de 19 y 20 años, y cuando consiguió trabajo en la chacra de Vagnoni llamó a su esposa, a sus otros dos hijos varones y a su única hija.

Los Saldía eran originarios de Lota, zona minera del centro de Chile. El abuelo Gabriel trabajaba en las minas de carbón, pero a partir del golpe de estado de 1973, recuerda que sus condiciones de trabajo empeoraron y que la vida bajo el nuevo régimen “no era para los pobres; eso ya no era vida para nadie, había mucho abuso”. Alejarse de las minas lo llevó a emplearse en forma temporaria dentro de Chile. De esta manera consiguió un contrato para la realización de caminos en la Octava Región, trabajo que lo contactó con trabajadores que hacían la temporada de fruta en la Argentina. Los comentarios de sus compañeros de trabajo sobre “las diferencias que hacían acá” (en el Valle) lo convencieron de emigrar y probar suerte un tiempo.

En 1985 el abuelo y sus hijos Rudi y Julio llegaron directamente a una chacra de Guerrico para pedir trabajo. En Chile conocían a una persona que tenía a su hermano viviendo en el paraje, así que se presentaron y

mi hijo le dijo: Vengo de parte de tu hermano a buscar trabajo y trabajamos ahí por tres meses, en la chacra de Vagnoni y de ahí nos fuimos a la isla. En la isla trabajé 3 meses por un lado, entramos como inmigrantes, no teníamos documento. Trabajé en lo de Pérez tres meses, tres meses después Zetoni,

tres meses después Aldo Escallaprietta, y después trabajamos en Espinaso cuatro años, y de ahí me vine pa' ca, pa'... dónde vivo, la calle número 4.

En su paso por diferentes chacras, en las cuales permanecían por tres meses para mantenerse “en blanco”, la abuela y el resto de los hijos vinieron al Valle, llamados por sus parientes que aseguraban que “acá se conseguía trabajo enseguida si uno tenía ganas de laburar” y “la Isla” fue el espacio en el que la familia consiguió el primer trabajo estable.

La zona conocida como “la Isla” es, en efecto, una isla formada por dos brazos del río Negro donde se cultiva papa. Es propiedad de los hermanos Escallapietra. Allí se empleó el abuelo junto a su esposa e hijos durante cuatro años como peones de la papa, actividad que complementaban con la recolección de manzanas, peras y fruta de carozo en la cosecha de verano. Beneficiados por su estabilidad laboral todos los miembros de la familia tramitaron sus documentos de extranjeros, Julio y Rudi formaron sus propias familias y los abuelos comenzaron a buscar un lugar para vivir fuera de la propiedad.

Los años en los que habían trabajado dentro de algunas chacras los habían convencido de que ni a ellos ni a sus hijos les convenía vivir en su interior

los patrones no te dejan hacer nada; ya porque se hace daño la fruta, al patrón le parece todo mal; no dejan tener ni unas avecitas y te controlan todo el día. Yo opté por no ser humillado y me fui a una “rancho”. Hay mucho abuso de los chacareros.

En esta decisión confluía una perspectiva politizada de la restricción de ciertas libertades en Chile, durante el pinochetismo:

había mucha injusticia, ahí por ejemplo, si sabían a veces que eran del partido de Allende, lo veían y lo golpeaban sin preguntarle si estaba inscripto en algún partido, nada, lo golpeaban sin saber. A mí se me murió mi viejo y cuando fuimos al cementerio teníamos que ir callados, todos por separado sin poder conversar nada... así no se podía vivir.

Esta experiencia de la excesiva autoridad no deseaban sentirla en la Argentina. Los abuelos tenían la convicción de que el trabajo de sus hijos en las chacras no debía llevarlos a vivir en ellas; y su anhelo pudo cumplirse cuando encontraron una “rancho” o casilla de madera emplazada en una calle ciega. El abuelo recuerda que cuando compraron su “rancho”

estaba cerrada, pero en venta. Ya tenía cerrado acá como dueños de acá, bah, como estamos nosotros que tenemos cerrado acá, entonces al venir alguien había que pedir permiso.

La casilla estaba ubicada en tierra fiscal, en una calle pública. Sus dueños habían ido a vivir a una chacra y tenían en venta esa casa de adobe y palos con su terreno “cerrado”, es decir, delimitado por un cerco de madera. Los abuelos compraron esta propiedad entre otras alternativas, como la de los “Herrera” que estaba en venta desde hacía unos diez años. Los espacios “vacíos” que mediaban entre estos vecinos y la casa de los abuelos Saldía, los fueron ocupando sus hijos a medida que formaron sus familias, porque

mis hijos no hallaban donde vivir bien, así que como los otros vecinos daban permiso, se fueron haciendo las casas acá. En todas las calles ciegas vive gente que no tiene donde vivir, por ejemplo, si hay parejas jóvenes que se juntan y ya se van a una calle ciega, se hacen su ranchita.

Así se instalaron primero los abuelos en la rancho que, por las fotos que me mostraron, era de madera, con techo de chapa y piso de tierra apisonado, estructura que en la actualidad ha desaparecido cediendo a las paredes de material y piso de cerámica.

La historia de vida de esta familia poco parecía diferenciarse, en sus comienzos, de las historias de centenares de chilenos que se incorporaron como mano de obra temporal y permanente en el Alto Valle. Pero los Saldía no son conocidos por haberse empleado en las plantaciones de papa ni por haber cosechado manzanas durante el verano, sino por vivir a lo largo de una calle rural sin salida, “la calle de los Saldía”, asentamiento de viviendas que cualquier maestro en la escuela o agente sanitario del centro de Salud de Guerrico puede identificar fácilmente. Designarlas como “ciegas” parece aludir a su invisibilización ante los agentes estatales, pero su dinámica le otorga a sus habitantes varias “salidas” al exterior.

La ruta 22 que hilvana de oeste a este diferentes ciudades y pueblos del Alto Valle de Río Negro corta la calle N°4. Esta calle bordea a lo largo de dos kilómetros las plantaciones de experimentación del INTA y conduce -luego de cuatro kilómetros desde la ruta- a las primeras casas de la “calle ciega”.

El camino rural que se transforma en lugar de residencia está bordeado por alamedas que delimitan diferentes chacras, y por canales que cortan el camino con puentes que se han transformado en puntos de referencia para los pobladores: “del

último puente hasta el final de calle es un kilómetro justo”; las casas comienzan a unos quinientos metros del puente.

Las calles rurales que posibilitan el acceso a las chacras del paraje son circuladas por motos y bicicletas que trasladan a los integrantes de las familias de trabajadores rurales y por algunas camionetas pertenecientes a los patrones. Tienen unos diez metros de ancho y las casas construidas en uno de sus laterales avanzan sobre este ancho cuidando de no invadir en sus fondos las tierras de las chacras.

Detrás de la calle ciega en la que viven los Saldía hay unas 100 hectáreas sin producir, llenas de malezas que suelen incendiarse. El abuelo comenta al verlas: “lo que daría yo por tener una más que una hectárea donde tener mis animalitos...”. Las casas se ubican con los frentes hacia la calle, quedando la misma reducida a cinco metros de ancho. La cruza un canal de riego que cuando se llena, sirve para abastecerse de agua y para que los chicos se bañen en el verano.

La primera casa que se divisa llegando desde la ruta es la de los “viejos Herrera”, los primeros pobladores reconocidos de la calle ciega; siguen las casas de sus hijos Pedro y Augusto, después las dos casas de la familia Sandoval y la de “los Muñoz”; la termina las viviendas de las familias de los hijos varones Saldía, Juan, Carlos, Julio y Rudi, y finalmente los abuelos Saldía con su despensa y una casilla perteneciente a un “viejo sólo”. Los Saldía recuerdan que también vivía allí un “pastor pentecostal” que se instaló en una casa abandonada para allí montar su iglesia, pero por problemas familiares se fue.

Entre niños, hombres y mujeres, son unos 52 vecinos distribuidos en doce viviendas. Los terrenos de la calle ciega están cercados por palos y ramas peladas atados con alambre, delimitándose superficies de entre 15 y 20 metros de ancho por unos 6 de fondo. En cada predio hay una casa, algún corral, un gallinero o una huerta. Las construcciones pueden ser de adobe, sin aberturas, o de ladrillos con techos y aberturas de chapa. Los patios son de tierra apisonada y en algún rincón suele amontonarse leña para calefaccionar la casa; también en el patio está la bomba de agua y un horno de ladrillo para cocinar pan, empanadas o algún lechón. En estos asentamientos la gente carece de servicios públicos como gas, luz o agua, pero su abastecimiento se resuelve de diferentes maneras. La provisión de gas se sustituye con fuentes de calor alternativas como la leña o el gas envasado; el agua se obtiene por bombeo de bombas manuales o

eléctricas y la luz la obtienen “colgados” de los postes de corriente que proveen a las chacras.

Los hombres se emplean en la fruticultura como trabajadores temporarios o efectivos que trabajan “por tanto”. Las mujeres se ocupan de las tareas domésticas y de la crianza de los niños y niñas, realizan la mayor parte de los trámites en el pueblo y, al igual que los hijos mayores de doce años, optan por emplearse en las chacras “cuando pagan bien y conviene”, realizando tareas específicas por día y sin establecer un vínculo laboral efectivo.

Vivir en la calle ciega y trabajar en las chacras

La vida en la calle ciega posee una dinámica en la que se combinan la opción por vivir fuera de la chacra y la necesidad de los hombres en emplearse en la fruticultura, debida a la oferta de empleo y a las mayores distancias entre estas viviendas y otras opciones laborales. A ello se agregan prácticas económicas que escapan a las relaciones productivas directas entabladas en la chacra entre el patrón y el peón, atravesadas sin embargo por un contexto rural dominado por la fruticultura. Entendiendo a las prácticas económicas como actividades que se relacionan con la reproducción de condiciones materiales de la familia y de las condiciones de vida de sus integrantes en el marco de una producción “mayor” (Douglas y Iglarwood: 1979), los Saldía han explotado varias posibilidades de obtener ingresos por fuera del empleo en las chacras.

Algunos insumos alimentarios como huevos, verduras, lechones, se producen en sus predios. Las doce propiedades ubicadas linealmente a lo largo de la calle disponen de suficiente espacio para la vivienda y para el cultivo de verduras y la cría de animales domésticos. Desde mediados de los '90 (a los 60 años de edad) el abuelo se dedicó exclusivamente a estas actividades o, como él dice, a trabajar “sólo para su familia”, debido a cuestiones de salud.

Los productos de huerta y los animales que se crían permiten abastecer su casa, las de sus hijos y también a un vecino, “el viejo”. Se trata de un argentino de unos 70 años que vive en una “rancho de chapas” y al que en las chacras no le daban trabajo o le pagan menos que a cualquier peón (unos cinco pesos por semana). Los abuelos decidieron “hacerse cargo” de él a cambio de un arreglo:

yo le dije al viejo, para qué vas a andar dejando que te exploten? Ayúdame a mí con la huerta y los animales que acá no te va a faltar comida.

En el invierno del 2000, ante las feroces crecidas que experimentaron los ríos del Valle por las continuas lluvias en la cordillera y en la zona, las viviendas de los peones rurales que residen en cercanías al río debieron ser evacuados o consideradas en riesgo por Defensa Civil. Al “viejito se le inundó la rancho hasta el catre” porque su casa está en un desnivel muy profundo que debe haber sido parte del cauce original del río:

le hicimos una casa con chapas más arriba y le prometimos que haríamos una de material, él prometió poner un poco de trabajo, así pasa tranquilo y sin frío sus días.

De este modo el abuelo cuida a una persona sola a cambio de su colaboración en la huerta y en los corrales. Saldía recuerda que optó por dedicarse a estos menesteres luego de estar muy enfermo. Con algún dinero ahorrado de las cosechas decidió con su esposa invertir en mejorar su casa y montar la despensa de la que se haría cargo la abuela. A partir de entonces comenzó a criar y cultivar no sólo para su consumo sino también para vender en la despensa y “afuera”. Los conejos, gallinas y lechones se venden o cambian por productos del pueblo, como los materiales de construcción: “así pudimos mejorar nuestra casa, si acá lo que no hay es plata”, señaló mientras mostraba orgulloso los pisos de cerámica que habrían puesto recientemente en la casa.

Pero la vida en torno a la casa de los abuelos Saldía no refleja la ausencia de circulante monetario; las mejoras en la casa y la gente que va a comprar a la despensa muestran una situación diferente a la de los demás vecinos. Con el frente hacia la calle, en uno de los laterales de su casa, la abuela Saldía montó en 1996 un pequeño comercio donde vende productos no perecederos -yerba, harina, aceite, fideos, algunos enlatados-verdura, chorizos y cerveza que se guardan en una única heladera doméstica. Cada vez que se abre la puerta de chapa de entrada suena un timbre que avisa la llegada de algún cliente. Detrás de un mostrador, demasiado alto para la vendedora, se ubican estantes con mercadería, y a un costado la heladera.

La “despensita” de la abuela fue abierta por los abuelos Saldía como manera de obtener dinero por fuera del empleo de chacra. En este lugar los peones vecinos que viven en la calle ciega y en chacras cercanas sacan mercadería “a crédito” o al fiado con la autorización del patrón; la dueña se asegura el cobro de lo fiado cuando los peones presentan una nota firmada por el patrón o por el encargado con fecha actualizada en la

que se autoriza al poseedor de la nota sacar mercadería. Cualquier integrante de su familia –hijos, nueras y nietos mayores- colabora en la atención de la “despensita”, pero la abuela es la única que “arregla” con los proveedores que vienen desde Allen o Roca.

En la casa de los abuelos Saldía no sólo hay espacio para los corrales, la huerta, la vivienda y la despensa, también hay una cancha de tejo que los sábados convoca a competir a hombres de la familia y vecinos. Los encuentros para jugar al tejo se transforman también en una ocasión para recolectar algún dinero e información. Mientras los hombres juegan en el patio de tierra apisonada, las mujeres venden cerveza y empanadas que, según la abuela deben hacerse “a lo chileno” -fritas y con mucha cebolla- a pedido de los “consumidores”.

Los encuentros en torno al juego de los hombres y la presencia de las mujeres como expendedoras socialmente autorizadas de alcohol recuerda a las “chicherías” a las que concurren los campesinos bolivianos de Cochabamba (Lagos, 1997). El control sobre la borrachera de los hombres y la posibilidad de escuchar conversaciones que involucren las relaciones comerciales y de compadrazgo de sus vecinos, confiere a las mujeres vendedoras de chicha un poder diferencial del de sus maridos. En el caso de la venta de cerveza y empanadas en el juego de tejo es la ocasión para que los peones vecinos generen gastos “extra” y para que las mujeres Saldía se enteren de quiénes son los vecinos que concurren a otras despensas a comprar o a jugar, cuáles son los precios de la competencia y adónde se proveen. En esto difieren del trabajo en las chacras, donde el lugar principal lo ocupan los hombres; en la calle ciega las mujeres manejan dinero, información y relaciones, a través de los proveedores, los clientes y los firmantes de notas de respaldo al fiado³³.

Las demás despensas están ubicadas en diferentes puntos del paraje, en las otras calles ciegas o cerca de los caminos rurales dentro de alguna chacra. Estas últimas son propiedad de chacareros y no de los capataces o peones. Los sábados se organiza el juego en alguna de ellas, por lo que todas se disputan la clientela. Uno de los dueños de una despensa vecina es un propietario empobrecido que instaló en el frente de la casa de la chacra un negocio y organiza partidas de tejo los días sábado. Entre Don Brusain y los Saldía suelen repartirse los jugadores. Para los Saldía el anhelo de tener más clientes que su “competidor” no sólo tiene una motivación económica sino también de prestigio

³³ En términos similares, Esther Hermitte (1972), en su trabajo de campo en Catamarca observó que las mujeres tejedoras o teleras de Belén tenían un papel central en la economía del interior de la provincia al crear y sostener redes sociales y políticas que les conferían cierto poder.

social: Brusain pertenece al sector de “los propietarios” y además es argentino; los Saldía son trabajadores chilenos que lograron instalar una despensa exitosa en una calle ciega; allí se venden empanadas preparadas “a la chilena”, reafirmando el carácter nacional del encuentro y de la opción de los clientes.

Estas actividades, que constituyen parte de la cotidianeidad de la familia Saldía, complementan los ingresos del trabajo en las chacras y que confieren a la calle ciega una dinámica propia en la que la rutina de las tareas culturales de la fruticultura no definen la totalidad de sus relaciones, aunque en gran medida dependen de ellas. El abuelo remarcó en varias oportunidades la importante clientela que tienen en los periodos de cosecha, momento en el que hay que “aprovechar y tener de todo para vender”.



La despensa de la abuela

Los cuatro hijos Saldía que viven en la calle ciega trabajan en propiedades frutícolas del paraje. Dos de ellos son efectivos de la Agroroca -empresa frutícola que controla la producción de varias chacras en diferentes puntos de la región- en una chacra a dos kilómetros y medio de la calle ciega; los otros dos se emplean como temporarios a lo largo del año. Las mujeres sólo consiguen trabajos esporádicos en las chacras para tareas “por tanto” junto a sus hijos; Eduardo, con 14 años, ya había comenzado a hacer la poda junto a su padre en el invierno. La mamá de Eduardo recuerda que su marido pudo conseguir trabajo en Agroroca “gracias a ella”:

la poda junto a su padre en el invierno. La mamá de Eduardo recuerda que su marido pudo conseguir trabajo en Agroroca “gracias a ella”:

él empezó a trabajar cuando el David iba al jardín, yo siempre digo que yo le di la suerte, porque como yo siempre iba a buscar a los niños a la escuela y esa vez él estaba en la casa porque se había quedado sin trabajo, y le dije que él lo fuera a buscar a la escuela, y justo lo encontró al encargado de Agroroca, que es del mismo pueblo que nosotros (en Chile), y le preguntó si tenía trabajo y le dijo que el lunes se presente en el trabajo. Entonces le digo yo siempre que me debe el trabajo a mí porque si yo no lo hubiese mandado ni encontraba trabajo. Y después él les consiguió a los hermanos.

En el relato de Estela, esposa de Juan, se observa el mismo principio que aparecía en el caso de Roble desarrollado en el capítulo anterior: “ser chileno” o como señaló Estela “del mismo pueblo” constituye una puerta laboral, así como también la cadena que inicia el acceso de parientes a un puesto de trabajo por las referencias de un hermano o primo. Así la lealtad para con el connacional y con el pariente refuerza la chilenidad.

Por haber obtenido un trabajo efectivo los hijos Saldía cumplen diariamente sus horarios a lo largo de todo el año: salen las 8 de la mañana y vuelven al mediodía, para luego regresar a las chacras desde las 3 hasta las 6 o 7 de la tarde. Las obligaciones en la chacra no impiden su visita diaria por la casa de sus padres, por ver qué necesitan, colaborar en la despensa, la huerta o en la limpieza de los corrales y ellos mismos abastecerse. Luego de la jornada laboral, si alguno de los hijos no pudo presentarse, un nieto lo suplanta en casa de los abuelos. La vecindad contribuye para que la red familiar de favores se mantenga

Los chicos de la calle ciega

Los nietos Saldía participan tanto de las tareas productivas de la chacra como de las demás actividades económicas que la familia desarrolla en la calle ciega. Una de esas actividades es conseguir clientes para la despensa y para el tejo, organizando las redes de contactos con otros trabajadores. Los chicos Saldía usan su vinculación con los compañeros de la escuela para convocar a los padres para jugar o abastecerse en la despensa de la abuela. Un chico de la escuela me comentó en una oportunidad:

a mi papá lo convencí de ir los sábados al tejo de los Saldía, al final, se juntan puros chilenos.

Así como Sandro reproduce en la chacra de la cual su padre es el encargado una chilenidad que se expresa en hablar y en aprender a trabajar (como chileno) para conseguir en el futuro un trabajo como peón o eventualmente también encargado, los chicos Saldía explotan esta chilenidad en función de conseguir clientes connacionales para sus abuelos, ratificando la chilenidad en un ámbito donde circulan mercaderías, juego, bebida e información. Sandro aprende a ser chileno desde las prácticas culturales que le transmiten sus padres y los demás peones en el ámbito de la producción; los chicos Saldía aprenden a ser chilenos en una familia y de los vecinos que se acercan a jugar y a comprar. Dos diferencias resultan de ambas modalidades: la primera es que Sandro aprende la chilenidad en el seno de su familia nuclear (madre y padre), pues el resto de su familia sigue residiendo en Chile. Como veremos en el próximo capítulo, la dinámica productiva y el flujo financiero de la familia concentran la chilenidad en la Argentina, en las tareas culturales. La familia actúa y opera estrictamente abocada a ellas. En vez, David y Eduardo aprenden y desarrollan su chilenidad en una familia extensa, espacialmente agrupada y con una profundidad de tres generaciones. Chile, entonces, no está en otra parte sino que se recrea en Guerrico más allá de la familia nuclear que es, como la de Roble, la unidad productiva. Esto tiene gran relevancia en la segunda diferencia, Sandro participa de relaciones entre chilenos que se expresan jerárquicamente: Roble es el encargado, quien instruye a los peones y quien les paga. En vez David y Eduardo asimilan la connacionalidad en un ámbito que parece como igualitario: aunque la abuela obtenga pingües ganancias con su despensa y el tejo, la “calle de los Saldía” destaca un espacio de intercambios recíprocos entre chilenos y sin patrones de chacra, por eso “al final se juntan puros chilenos”.

Así, mientras Roble confirma y transmite su identidad de trabajador obteniendo y manteniéndole el trabajo al connacional, los adultos de la calle ciega recrean un mundo de trabajadores chilenos pero fuera del control del patrón de la chacra, generando un espacio propio con tiempos también propios que no se definen exclusivamente por lo laboral, sino por el ocio y la reunión.

Aunque siempre amenazados por el carácter “ilegal” del asentamiento, vivir en la calle ciega les permite tener ingresos “extra”, fuera de la relación con el patrón, que mantienen y comparten los integrantes de las demás casas ocupadas por los familiares. La creación de un mundo social y cultural propio se pone en tensión con los agentes locales del estado pues la familia Saldía tendrá sus casas “bien constituidas”,

“producciones domésticas como huertas” y “la calle en buenas condiciones”, pero para el municipio de Allen no dejan de ser parte de un asentamiento en una calle pública y esa situación los torna vulnerables incluso por su des-conocimiento como vecinos de Guerrico³⁴.

En una oportunidad el gobernador de la provincia Pablo Verani, participó de una reunión de vecinos en la escuela del paraje. Allí algunos chacareros le plantearon la “necesidad” de construir un plan habitacional con el fin de radicar a los peones sin vivienda y a los habitantes de las calles ciegas, cuidando que “al final no sean todos chilenos los que se anoten”. Ante el riesgo que los echaran de sus predios para trasladarlos a “esos terrenitos de casas iguales”, la abuela Saldía concurrió a dicha reunión y le manifestó a Verani su preocupación, quien la tranquilizó asegurándole que no serían desalojados pues simplemente no había dinero para nuevas construcciones. Sin perder tiempo, la abuela consiguió algunos contactos con personal del municipio para el tendido de luz eléctrica en su calle.

Desde entonces la abuela encaró diariamente su paso por diferentes oficinas municipales hasta conseguir el tendido domiciliario de cableado eléctrico, estrechando así sus vínculos personales con los con funcionarios locales. Por su parte, los funcionarios se beneficiaron de las redes de la abuela para obtener algunos votos del peonaje rural para las siguientes elecciones, ya que los extranjeros “legalizados” como Rosa y Roble pueden votar cargos municipales.

Así, esta familia de chilenos logró crear y mantener su espacio como pobladores de un paraje por fuera de las relaciones con un patrón de chacra, y se constituyó parte de las redes políticas locales que articulan a los migrantes y previsiblemente a sus descendientes argentinos cuando alcancen los 18 años de edad, con la política municipal.

Desde una mirada externa cabe preguntarse ¿qué justifica la permanencia de estas familias en una calle sin salida, sin acceso o con acceso precario a los servicios públicos, alejados más de cinco kilómetros de una ruta pavimentada, en una situación que podría definirse como de “vulnerabilidad social”³⁵? La respuesta me la dieron los

³⁴ Algunos autores han trabajado estas problemáticas en los espacios de las “villas” (CUENZA, Beatriz y otros: 1984; MERKLEN, Denis: 1991).

³⁵ Robert Castel plantea que el término vulnerabilidad alude a un “enfriamiento del vínculo social que precede a la ruptura. En lo que concierne al trabajo significa la precariedad en el empleo, y, en el orden de la sociabilidad, una fragilidad de los soportes proporcionados por la familia y el entorno familiar” (1993: 29)

mismos Saldía, primero, cuando Eduardo me presentó a su abuela y me invitó a conocer la renombrada “despensita”; luego cuando la abuela me ofreció un conejo para mi hija; y por último cuando la familia me invitó a festejar con ellos su fecha patria, el 18 de septiembre: el denominador común de todas estas instancias era la revelación de un espacio y un tiempo propios o “autónomos”.

La vida cotidiana de los Saldía revela prácticas que pueden señalarse como permeadas de cierta “autonomía”, entendiendo a la “autonomía” como “las acciones y el discurso de los grupos subordinados que buscan recrear espacios socio-culturales propios dentro y fuera de las relaciones de poder” (Lagos, 1997: 179). Si bien la expectativa de autonomía se concreta en el desarrollo de determinadas acciones que mi investigación se evidencian en la posibilidad de los Saldía de desarrollar actividades por fuera de las relaciones definidas por la fruticultura, Lagos advierte que a veces la autonomía subordina y empobrece, en tanto, la vida puede verse precarizada y tornarse vulnerable frente a “nuevas formas de dominación y explotación” (ibid: 182).

La calle ciega constituye el espacio que permite a estas familias controlar el proceso de producción de algunos bienes de consumo e intercambio, romper los lazos de dependencia y subordinación que experimentan las familias de chilenos que viven dentro de las chacras. Sin embargo, estas familias necesariamente se encuentran vinculados con la producción frutícola a través del empleo de los hombres y ocasionalmente de las mujeres, y de la demanda de bienes y de recreación de los peones que se emplean en las chacras.

La familia Saldía organizó en este espacio un mundo desde el cual se mantiene integrada económicamente tanto con el pueblo de Allen, a través de los proveedores de la despensa, de los compradores de animales y de los “punteros” municipales, como con los demás vecinos de las chacras que compran en la despensa o se acercan los sábados a jugar al tejo. Esta particular integración económica, como analizo en el capítulo cinco, les permite continuar manteniendo la conmemoración de “su fiesta chilena” el 18 de septiembre.

En el próximo capítulo describo el festejo de esa fecha en la chacra y en la calle ciega. Observar el festejo “del 18” permite analizar cómo se resuelve la relación con el origen nacional en uno y otro espacio, relación en la que interviene una diferente reproducción de ser trabajador frutícola y chileno.

Capítulo V

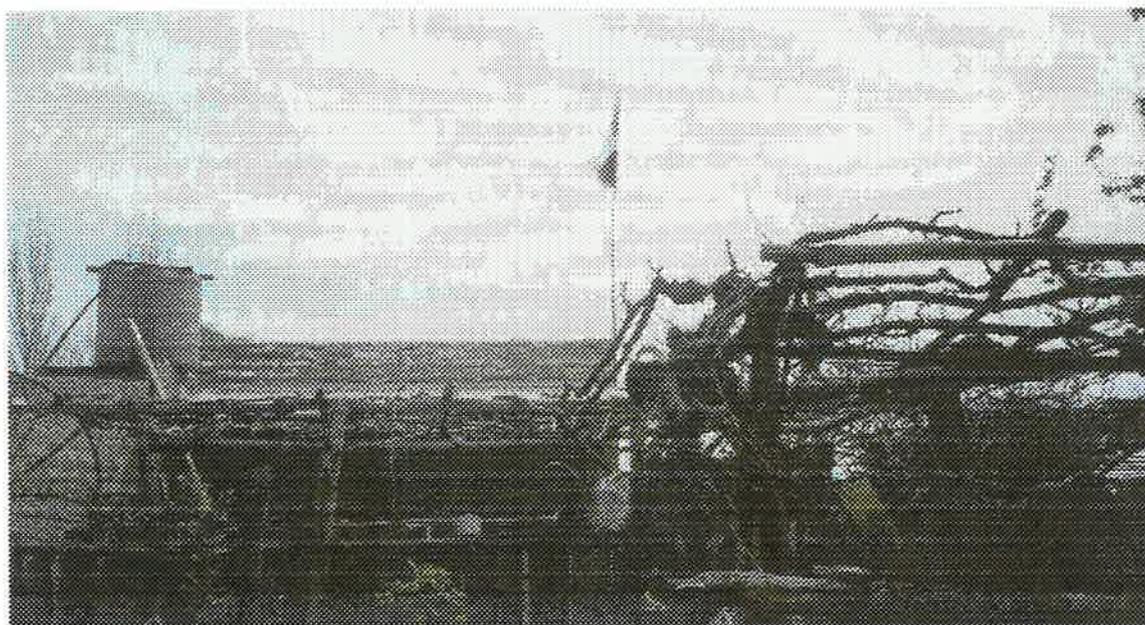
El festejo del 18

Junto al comienzo de la primavera, la finalización de la poda y la limpieza de bordos y acequias que esperaban el agua de riego, llegó un día especial para algunos pobladores del paraje: el 18 de septiembre. Ese día se conmemora la independencia de Chile y las familias de migrantes consideran que esta fecha merece ser festejada, aún estando lejos de su país de origen.

En el año 2001, el 18 de septiembre fue un martes, y los Saldía me invitaron a celebrarlo en la calle ciega ese mismo día, mientras Roble y Rosa, por su trabajo dentro de la chacra, optaron por postergar el festejo para el fin de semana. En ningún caso la fecha pasa desapercibida en la vida de estas familias, aunque cada una recreó una conmemoración distinta según su lugar de residencia.

Veremos a continuación que pese a la común condición de migrantes chilenos y trabajadores de la familia de Rosa y Roble por un lado, y de la familia Saldía por el otro, cada uno reproduce de distinto modo la relación entre chilenidad y trabajador en el Alto Valle de Río Negro de la República Argentina.

Posteriormente a la descripción de los festejos del 18 concluiré con algunas reflexiones que hacen a las semejanzas y diferencias de la construcción identitaria de los migrantes chilenos vinculados a la fruticultura y su participación en dicho proceso.



Bandera chilena izada en una casa de la calle ciega

Los Saldía se reúnen: cuecas, banderas y empanadas

El 18 de Septiembre la calle de los Saldía se despertó invadida por cuecas que podían escucharse desde la primera línea de casas. El festejo de “el 18” –como dicen ellos- es conocido corrientemente como el “día de los chilenos” y es la fecha patria que motiva el encuentro con amigos y parientes y convoca la organización de “ramadas”, construcciones de postes y ramas a las que la gente concurre para esa fecha.

Las cuecas se mezclaban con el correr del agua en el canal; los perros que circulan por doquier parecían ser los únicos protagonistas del festejo “del 18” en esa mañana nublada y fría de tonos marrones interrumpidos por blancos, azules y rojos de las múltiples banderas chilenas pegadas en los vidrios de las ventanas que dan a la calle o izadas en improvisados mástiles de madera, seguramente algún “puntal” extraído de chacras vecinas.

Las mujeres de la familia -las nueras y la abuela- se reunieron desde las ocho de la mañana para armar empanadas y tomar mate en la cocina de la abuela. “Nosotros ya desayunamos algunas empanadas³⁶ para festejar” dijo ella al abrirme la puerta de chapa de la cocina, retomando el recorte de los bordes de las empanadas. Mientras sus nueras la ayudaban, los hombres trabajaban en las chacras hasta el mediodía; después se tomarían el día libre “porque acá no es feriado”, aclaró el abuelo mientras ponía cassettes caseros y se paseaba con su sombrero de felpa³⁷. Todo indicaba que la reunión familiar sería allí y que la música convocaría también a algunos connacionales de las chacras cercanas.

Como vimos en el capítulo anterior con el juego del tejo, las empanadas constituyen una comida que nunca está ausente de las reuniones de chilenos, y su armado “a la manera chilena” se transmite como un elemento característico. Para esta ocasión, su elaboración dentro de la cocina era el centro de la actividad de las mujeres. Para “no perder tiempo” durante esa mañana, la abuela había tomado la precaución de hacer el relleno la noche anterior, con carne cortada a cuchillo “y un poco de picada, porque estaba cansada de cortar”, y con cebolla en una proporción de dos kilogramos de cebolla por uno de carne. La masa la hacía en el momento la nuera mayor, también

³⁶ La importancia de las empanadas en el festejo ya había sido advertida en un almuerzo realizado en la escuela del paraje, organizado por la Cooperadora de Padres con motivo del festejo del 9 de Julio. Antes de que se sirviera el plato principal, el cual consistía en el tradicional “locro” argentino, las mujeres enmarcadas del almuerzo repartieron empanadas. Estas fueron motivo de halagos y comparaciones, y en la forma resultaban muy similares a las realizadas en la casa de la familia Saldía.

³⁷ Conocido en Chile como “chupaia” o sombrero alón.

chilena, mientras las otras la estiraban con una botella de cerveza vacía a modo de palo de amasar, sobre la mesa de madera forrada con hule.

Cada una de las mujeres sabía qué le tocaba hacer sin necesidad de instrucciones, reflejando la práctica que adquirieron por ayudar a la abuela a armar empanadas los fines de semana para venderlas durante el juego de tejo. Recortaban la masa en cuadrados grandes y las sobras se guardaban en el horno a leña que reunía a su alrededor varias sillas que mujeres habían ocupado para desayunar. Con gran precisión ubicaban a lo largo de la masa estirada y recortada puñados de relleno, aceitunas y trozos de huevo duro. Luego se doblaba la masa de forma tal que el relleno quedara dentro y tapado por sus tapas, con una taza de loza remarcaban un contorno en semicírculo y recortaban la empanada; el repulgue quedaba a gusto de la ayudante. Así iban quedando armadas docenas y docenas de empanadas para freír, las que se cocinaron en grasa sobre la cocina a leña. Luego amasaron masa para horno, con composición diferente, el mismo relleno pero con forma distinta -masa recortada no en semicírculo sino en rectángulos y con los bordes doblados y aplastados con los dedos-; el abuelo se encargó de encender el horno del patio de la casa para hornerlas en una asadera ennegrecida. Estas eran, según la abuela “verdaderas empanadas chilenas”.

Las empanadas convocaron a los vendedores que habitualmente dejan mercadería en la despensa de la abuela, y esperaron su paquete de una docena a cambio de 5 pesos “porque en el pueblo me dijeron que están a seis, entonces se las comen por el camino” señaló la abuela, “yo nunca hago para vender los 18, pero como saben cómo las hago vienen a pedirme que les venda y a mí me da miedo de que no alcance para los hijos”. Parece que la abuela tiene demanda de empanadas para la venta, pero el día del festejo, debe garantizar que su familia las disfrute.

Cinco hombres chilenos que viven y trabajan en chacras cercanas se acercaron a saludar, no entraron a la casa pero el abuelo los ubicó en el patio de tierra, bajo un techo de ramas, en bancos de troncos. El abuelo los presentó como “invitados”, pero por la atención que recibieron y el tono de exigencia que manifestaban parecían clientes. Para servirles el anfitrión llevó primero empanadas hechas al horno pero uno de los hombres protestó: “No como empanadas que no sean fritas desde que llegué de Chile”; el abuelo pidió el cambio en la cocina. Luego convidó a los “invitados” con el “ponche” que la abuela había preparado la noche anterior a base de durazno y manzana picada, vino y vodka; la bebida estaba dentro de la cocina, dividida entre un recipiente de vidrio de

unos cinco litros y un balde que alguna vez fue de pintura, desde el cual el abuelo se encargaba de servir con un cucharón. Recordó entonces que antes hacía chicha de manzana, pero después cesó porque los 18 de septiembre “venían todos a pedir y se encurdaban³⁸ acá”.

Las mujeres que estaban en la cocina no tomaban “ponche”; la abuela señaló que no había hecho para ella sin alcohol por no tener “Fanta” (gaseosa de naranja) y recordó que en Chile es común hacer muchas bebidas “con cosas que si no se tirarían” como las cáscaras de chauchas o los duraznos secos³⁹. Luego del “ponche”, en el patio comenzó a circular la cerveza; el abuelo y uno de los hijos que había llegado de trabajar se encargaban de llevar la bebida desde la despensa, mientras las cuecas y los valeses no dejaban de sonar.

“Esa es mi canción” me advirtió la abuela al escuchar el himno chileno, “lo puse para que lo escuchara” y lo tarareaba con precisión.

Cerca del medio día las nueras de la abuela regresaron a sus casas para “preparar a los chicos para ir a la escuela, porque acá no es feriado” aclaró una. Algunos niños partieron rumbo a la escuela y otros llegaron. Los hijos de los abuelos Saldía fueron entrando a la casa a medida que regresaban del trabajo en las chacras y se cruzaban con el saludo de “feliz día”.

La única hija mujer de los Saldía vive con su marido y un hijo en una chacra a unos tres kilómetros de la calle ciega, pero ese día, como hace los domingos, fue a saludar a sus padres y hermanos. Su cuerpo emanaba perfume fresco, los labios pintados, el pelo negro largo peinado y atado tirante con un rodete; la ropa con las marcas de doblado mostraban estar destinada a ocasiones especiales. Sus cuñadas regresaron también con jeans limpios, el pelo atado y poco maquillaje. Los hombres se presentaban recién bañados, de jeans y camisa; sus rostros y manos estaban resecos por el sol y el viento lo que les daba una apariencia más oscura que sus mujeres; todos sonreían y se saludaban con el “feliz día”

Las empanadas seguían armándose a pesar de que las mujeres ya estaban cambiadas; se cocinaba y se comía a la vez. La cerveza circulaba por las manos masculinas, mientras las mujeres entre masa y relleno de empanadas tomaban mate

³⁸ Emborrachaban.

³⁹ Conocida como “huecillo”.

dulce⁴⁰ en un recipiente de loza con la inscripción *Concepción Chile* junto al dibujo de la flor nacional chilena, el copihue. La abuela había comentado “bien chilena soy, hasta el mate que tomo es con mi flor”. La música seguía sonando y todo indicaba que la fiesta recién comenzaba. Chile estaba en todas partes.

Para el festejo del 18 es común que se organicen “ramadas” en diferentes barrios de las localidades del Alto Valle y en algunas zonas de chacra; a esas construcciones concurre la gente para festejar esta fecha, y escuchar cuecas, valeses, corridos y otros ritmos característicos de Chile; “en la ramada se baila, se hacen empanadas, chicha, cosas así para compartir con la familia”. Para la abuela la “ramada” es “una cosa como una piecita así, lo cierran con puras ramas no más”; “pero que es lindo estar ahí” agregó el abuelo con entusiasmo.

A pesar de que en la calle ciega se festejaba desde la mañana, algunas parejas de la familia solían ir a alguna “ramada” del pueblo. En una oportunidad, Eduardo, uno de los nietos, me mostró un trofeo de metal ubicado sobre el modular junto a la mesa del comedor

éste es un trofeo que ganó mi mamá, ése lo ganó con el papi bailando cueca en Allen, cuando nosotros éramos muy chicos.

Su madre siguió contando que luego de recorrer todas las ramadas, en las que no permanecían por estar repletas de gente, se fueron a la Costa⁴¹ en Allen, en la que “había mucha gente pero no demasiado, y ahí mi marido me llevó a bailar y ganamos”.

Las ramadas pueden contar con diferente organización, según la zona en la que se desarrolle y suelen prolongarse a lo largo de dos noches o durante todo el fin de semana. En zonas urbanas suelen armarse en los barrios que aseguren un buen público tanto chileno como argentino. En las chacras algún “bolichero” suele ser el encargado de convocar a los vecinos y conocidos a festejar el 18 en las ramadas montadas cerca de su despensa.

en Roca –detalló la mamá de Eduardo- se juntan mucho en la ramada; ahí dicen que se llena mucho; ahí se juntan grupos musicales, cantores, guitarristas, toda esa gente que toca vals, y después está el concurso de

⁴⁰ En todas las casas de familias chilenas se toma mate dulce, preparado con agua hervida e introduciendo en el mate una cucharada de yerba y azúcar en forma alternada, agregándose azúcar cada vez que se vierte agua de una pava o alguna jarrita enlosada.

⁴¹ Barrio perteneciente a la localidad de Allen ubicado en la costa del río Negro.

cueca. Acá (por esta zona rural) se hacía una por la Blanqueada⁴² creo, una que queda por allá por paso Córdova; ahí todos los años se hace una grande, pero acá es para compartir más con la familia que con otra gente.

El abuelo recuerda que para un 18 su hijo Juan organizó una ramada al final de la calle ciega, cerca de la despensa de sus padres.

Una vez el Juan quiso armar una ramada para juntar unos mangos pero al final eran más gastos que lo que se sacaba, había que pedir un permiso en la municipalidad, así que no hacemos nada.

En esa oportunidad Juan, junto a sus hermanos, hicieron un piso alisado de unos cinco metros de lado y la estructura de puntales cubierta por ramas; también habían adornado con banderitas de Chile y guirnaldas de colores, hechas por las mujeres con papel “crêpe”. A pesar del trabajo hecho por todos, fiesta duró sólo una noche, porque en la segunda convocatoria llegó la policía e hizo levantar la “ramada” por no contar con el permiso municipal para la organización del evento, la difusión de música y la venta de bebidas alcohólicas. El abuelo atribuye la llegada de la policía a uno de sus vecinos “que también es chileno pero es retobado y como no nos quiere” habría llamado a los agentes; “entonces cuando la ramada se desarmaba él levantaba más su bandera”, mostrando ciertos conflictos entre vecinos. Este vecino anteriormente tenía una despensa en la calle ciega, pero debió cerrar porque, según los Saldía “atendía mal y no vendía nada”.

“Para qué queremos ramada”, señaló el abuelo como consolándose, “si igual uno se encurda y baila cuecas”. La ocasión de festejo autoriza la borrachera masculina y trabajar medio día; a la mañana siguiente igual los patrones se quejarán por la ausencia de sus trabajadores en las chacras.

El “18” en la chacra bajo el control del patrón

En la calle ciega los festejos alteraron la rutina laboral de la familia y de algunos vecinos para conmemorar una fecha patria del país de origen; en las chacras el panorama fue distinto. Rosa y Roble se saludaron a la mañana con un “feliz día” y luego cada uno comenzó las actividades programadas para la jornada: limpiar las ramas podadas, trámites en el hospital de Roca, llevar a los chicos a la escuela, cocinar lo de siempre.

⁴² Barrio perteneciente a Gómez.

¿Acaso trabajar el 18 significaba para Rosa y Roble sentirse menos chilenos que la familia Saldía? O, mejor dicho, cuál era el margen de la familia de Sandro para convertir el 18 de septiembre en la Argentina en una fecha patria chilena?

Roble y su familia dependen íntegramente del patrón, tanto por el salario de Roble y el pago a las tareas temporarias de Rosa y su hijo mayor, como por la casa y el espacio para criar animales. A pesar de que Rosa vende ropa o cría algún chancho de vez en cuando, el ingreso fijo proviene de su carácter de asalariados del dueño de la chacra, quien les garantiza un sueldo y una vivienda, los dos elementos nodales para organizar su vida familiar en el paraje.

El estrecho margen de tienen las familias que viven y trabajan en las chacras no sólo provienen de la autoridad del patrón, quien da las indicaciones al encargado, sino también de la responsabilidad del encargado (en este caso Roble) de la chacra y de los peones. El inspecciona diariamente que se realicen las tareas asignadas y que se mantenga “el trabajo de un buen chileno”, para lo cual el tiempo y el espacio de lo estrictamente familiar se reduce a algunos momentos del fin de semana (siempre y cuando no sea necesario hacer guardias contra las heladas). Roble y Rosa en realidad, ni siquiera habrían tenido tiempo de organizar un encuentro en la chacra donde viven; como ella me comentó “ni unas empanaditas pude armar el 18...”.

Pero trabajar el 18 no significaba olvidar un festejo “como en Chile”. La postergación del miércoles como fecha no laborable redujo el 18 al recuerdo personal e íntimo, como un modo de recomponer un sentido de pertenencia que dentro de las chacras parece desvanecerse. Señaló Rosa con melancolía

yo he ido una sola vez a una ramada acá, había una bandera argentina y una chilena; después, había más música de boliche que de ramada, bah! Yo no cambio mi Chile por acá.

Rosa puede describir detalladamente el festejo en Cunco, su pueblo natal⁴³,

se paran cuatro palos y se cubre todo con ramas y ahí adentro está todo lo típico que es chileno, banderas, todo lo típico, con cuecas, las cumbias, los corridos, los vals. Se adorna por dentro y por fuera pura rama, si viene el tiempo malo por ahí ponen chapas, después adornos, con guirnaldas o se hacen los guaces, que es una mujer y un hombre vestidos típicos. Lo que se come es mote con huesillo, la chupilca⁴⁴, cazuelas y las empanadas. El 18 de

⁴³ Ubicado en la Novena Región chilena.

⁴⁴ Ñaco con cerveza negra o vino.

septiembre siempre hay desfile, pasan los guasos, entonces el guaso lleva una damajuana de vino tinto a caballo, y lo mete en un cacho de un animal, le ofrece chicha de manzana al alcalde y se hace el brindis.

Mientras Rosa me contaba, Sandro buscó fotos de la vestimenta “típica” que algunos hombres y mujeres lucen en aquellos desfiles. En un libro de geografía de Chile encontró fotos de los “guasos” el 18 en Santiago, la capital, con los hombres de botas con espuelas, chaleco negro, una pequeña manta rayada, pantalón dentro de las botas y chupaia, y las mujeres de vestido floreado, zapatos de taco, delantal blanco y un pañuelo blanco prendido del delantal.

Rosa revivió de su pueblo natal el festejo que añora y que no comparte con otros chilenos en el paraje, porque “ese día cada uno está con lo suyo, así que después si nos vemos nos saludamos nomás”. Las distancias que separan a las familias que viven dentro de las chacras, trabajar el 18, la imposibilidad “simbólica” de transformar su espacio de residencia y de trabajo en una “ramada”, hacen de éste un día que se limita a la evocación.

Por su parte, Roble salió con unos amigos el 17 a la noche: “habrán tomado, pero él no llega tomado...” aclaró Rosa, porque al día siguiente había trabajo en la chacra; dado que los otros trabajadores permanentes que viven cerca de Gómez se ausentaron, Roble debió hacerse cargo de sus tareas y las de los demás durante todo el 18. Esto impidió que la familia de Roble asistiera a los festejos de familias vecinas, como la de los Saldía, ya que éstos habían comenzado a celebrar temprano por la tarde; los hijos de los Saldía tomaron mediodía libre, Roble no.

La jerarquía de Roble como “encargado” tenía mucho que ver en la decisión de no “romper” o interrumpir temporariamente con sus obligaciones. Pero además, Roble no contaba con un espacio de autonomía que convirtiera su casa en un lugar de fiesta. Aunque el patrón no hubiera prohibido montar una celebración en la chacra, la dinámica productiva y el control sobre las actividades reproduce relaciones de poder desiguales que afectan y ratifican en este caso del 18 lo que sus protagonistas califican como distintivo de su origen nacional.

Las prácticas consideradas como “chilenas” no se recrearon dentro de la chacra como parte de un festejo familiar. El armado de una ramada, la preparación de empanadas, el baile de cuecas y valsés y sobre todo, la reunión con otros connacionales no formó parte del 18 en las chacras; el festejo se relocalizó afuera y sólo participaron

los hombres. Roble salió en la víspera, quizá dentro de unos años Sandro saldrá para el 18.

Esther, la vecina de Rosa, tampoco festejó con su familia en la chacra el 18 por coincidir con un día laborable; es vez lo pospuso al sábado siguiente, cuando se reunió su familia con conocidos en el “chincho”⁴⁵ de un amigo del pueblo

hacemos muchas empanadas, pusimos la bandera chilena, la bandera argentina, globos blancos, azules y rojos, adornos, guirnaldas con los colores chilenos y argentinos, es más, juntamos argentinos que van a compartir con nosotros igual. Bailamos música chilena y argentina, compran pisco, se toma gaseosa, igual se compra cerveza y vino para las empanadas.

Para la familia de Esther el festejo fuera de la chacra está instalado como un día que merece convocar a amigos chilenos y argentinos, aunque el recuerdo de la “ramada” de su pueblo natal en Chile ocupa un lugar importante de su relato de vida. Al describir el festejo “acá y “allá” en Chile, prestó especial atención a las costumbres que los migrantes chilenos en la Argentina consideran “típicas del 18”, mientras que en Chile son de consumo cotidiano.

El “navegado”⁴⁶ también lo ves acá en las ramadas, pero ése es un trago que la gente toma siempre, como el fernet con coca. La chupilca acá la tienen como una tradición, pero para el 18 allá no la toman.

Esther también insiste, como la mayoría de los migrantes, que las empanadas con carne cortada a cuchillo con un kilo de carne por dos de cebolla son propias del 18.

Esther recuerda que en su pueblo, Cura Cautin⁴⁷, el festejo duraba tres días: el 17 desfilaban los chicos de las escuelas, la junta de vecinos, los bomberos, los policías y el ejército de Lautaro⁴⁸, y allí el alcalde inaugura “la ramada más grande o la que esté más bonita, después baila una cueca con la dueña de la ramada y le convidan chicha en cacho”⁴⁹.

⁴⁵ Espacio que en Argentina se destina a la realización del tradicional “asado”.

⁴⁶ Esther describió su preparación “el vino lo calientan, y cuando va el hervor le ponés naranjas en rodajitas y le prendés un fósforo y sale todo el alcohol, se prende y después lo tomás y le ponés bastante azúcar. Es un trago que no es del 18 sino que cualquier día lo podés tomar”.

⁴⁷ Ubicado en la Novena Región.

⁴⁸ Pueblo de la Novena Región.

⁴⁹ Esther aclara que la chicha que se toma el 18 es de uva, “es dulce, pero también te cura, te mama, fuera de la ramada están los barriles y la gente compra para tomar en los cachos de toros, que se pulen y se los arregla con guirnaldas y cosas bonitas”.

Tanto en los relatos de Esther como de Rosa el recuerdo es el anclaje con los orígenes familiares por tratarse de la primera generación viviendo fuera de Chile reducida a familias nucleares con hijos pequeños, mientras que los Saldía, como ya señalamos, son una familia extensa y de tres generaciones conviviendo en un ámbito desde el cual se refuerzan cotidianamente prácticas chilenas que, además, tienen su rédito económico.

Para Rosa y Esther, en las ramadas que se montan en la zona se mezclan costumbres cotidianas de Chile con elementos propios del 18, música “argentina” con música “chilena”. Esther me comentó que

cuando los niños estaban chicos por ahí salía mi marido a dar una vuelta, pero a las ramadas nosotros acá fuimos tres años, o cuatro años, pero después siempre nos juntábamos así, porque tu vas a la ramada y al menos que vayas con alguien conocido, podés compartir un rato, bailar, tomar un trago o al menos mirar, pero ¿y si hay pura gente desconocida?

No alcanza con que los participantes de una ramada “sean chilenos” para que el 18 merezca ser festejado fuera de la chacra; es también necesario el vínculo de amistad y de parentesco con quienes se comparte.

Un festejo que es central para los chilenos en y fuera de Chile, se recrea de diferentes maneras en la cotidianeidad de las chacras como modo de mantener a Chile cerca, desde la fiesta y el compartir, pero siempre fuera de los límites de la chacra del patrón y sin abandonar la rutina laboral... aunque sea “el 18”.

La socialización de argentinos descendientes de chilenos

La observación del festejo del 18 coronó en mí una mirada sobre la adscripción etno-nacional que refuerzan cotidianamente las familias de chilenos asentadas en Guerrico. Conocer las diferentes formas en que estas familias recrearon la conmemoración reveló que su integración económica no se traduce en una asimilación cultural, a la “argentinidad” sino, por el contrario, en la resolución de una compleja autoadscripción vinculada con su inserción laboral y con su lugar de residencia. Los modos en que esta relación entre autoadscripción nacional, trabajo y residencia operan en la organización de la vida cotidiana presente y futura de estos chilenos y de sus descendientes nacidos en la Argentina, permiten revisar algunas afirmaciones que se

han hecho moneda corriente en la literatura de las ciencias sociales sobre los inmigrantes limítrofes a este país.

La demarcación de estos inmigrantes a través de motes peyorativos, y de un trato desigual en los ámbitos laboral y escolar, suele explicarse como producto de relaciones discriminatorias fundadas en el etnocentrismo y el racismo. Basándose mucho más en fenómenos discursivos que en las prácticas de la cotidianeidad, buena parte de la literatura sociológica y antropológica viene repitiendo el argumento de la discriminación, sin dar cuenta de su supuesto subyacente: la valoración de la integración del inmigrante a la sociedad receptora, en todos los aspectos de la vida social; ni bien emerge algún reconocimiento de diferencia, éste se decodifica como no-integración, esto es, como marginalidad.

En mi investigación se puso en evidencia que esta integración, presuntamente valorada por enfoques humanitarios, por el Estado nacional y sus agentes zonales, y por los mismos inmigrantes, opera de un modo bastante matizado, y en la práctica no siempre es sostenida como viable o necesaria ni por los trabajadores chilenos y por sus hijos, ni por los maestros y los agentes municipales. La, hasta los '90, sumamente exitosa integración económica de las familias chilenas a la dinámica de la fruticultura valletana no ha sido traducida en una adscripción identitaria nacional; la descendencia argentina se reconoce por el origen nacional de sus padres y se recrean prácticas que tienden a reproducirla. Esta situación no puede explicarse por una falta de asimilación a la sociedad receptora o por la empecinada marginalidad de estos grupos sociales, condenados sin remedio por las imágenes descalificadoras de "los argentinos". Leer la realidad de los migrantes de este modo limita su comprensión como agentes activos en un complejo proceso en que estos grupos cotidianamente negocian su permanencia, generando diferentes formas de seguir siendo "extranjeros" en la Argentina e integrándose a su dinámica sin necesidad de "argentinar" su autoadscripción. En mi investigación, este proceso se visualizaba en su proyección en la "descendencia argentina".

La recuperación de una visión consensuada según la cual los chicos nacidos en la Argentina son calificados según el origen nacional de sus padres me permitió concluir que "ser chileno" en las chacras y calles ciegas de Guerrico no encierra una relación de discriminación en el sentido moralmente negativo, sino de discriminación entendida

como criterios de ordenamiento y de clasificación que comparten, con sentidos diferentes, los actores locales.

La escuela, las chacras y las calles ciegas representan los contextos de integración en los cuales se refuerza la calificación de “chileno” desde posiciones variadas y a menudo opuestas, pero que involucran relaciones sociales materiales, experiencias y aprendizajes que son esenciales para la reproducción de tal categoría. En los cinco capítulos de esta tesis he intentado mostrar que la identidad etno-nacional de los migrantes y sus familias, no se define por las descalificaciones moralmente negativas expresadas por algunos sujetos, sino que está sostenida por relaciones sociales familiares, productiva y residenciales. De esta manera, en el caso de las familias chilenas insertas en la fruticultura, la adscripción de las generaciones argentinas a la “chilenidad” les garantiza un lugar en esta actividad, y en cierta proyección, la “chilenidad” contribuye a su reproducción social como futuros trabajadores. Sin embargo, esta reproducción no fue descripta como producto de acciones mecánicas que sostienen relaciones de subalternidad con los agentes del Estado y con los patrones; la transmisión de la cultura y de los aprendizajes necesarios para reproducirse económicamente presenta variables según el lugar de residencia de las familias chilenas. La descripción de la vida de la familia de Roble en la chacra y de los Saldía en la calle ciega, me permitió analizar comparativamente cómo estos lugares de producción y residencia definen una socialización de los chicos argentinos en diferentes modos de insertarse en el trabajo, aspecto estrechamente relacionado con distintos modos de socializarlos como “chilenos”

Como señalé en el capítulo IV vivir en la calle ciega constituye para la familia Saldía una opción que les permite emplearse en las chacras pero residir fuera de ellas y así realizar actividades fuera del control del patrón. La familia Saldía organizó en la calle un mundo desde el cual se mantiene integrada económicamente tanto con el pueblo de Allen, a través de los proveedores de la despensa, de los compradores de animales y de los “punteros” municipales, como con los demás vecinos de las chacras que compran en la despensa o se acercan los sábados a jugar al tejo. Esta particular integración económica les permite continuar manteniendo la conmemoración de “su fiesta chilena” y reforzar su relación con un Chile que vive y renace en la misma calle, en el marco de una familia extensa compuesta por tres generaciones y espacialmente agrupada.

En los términos en que lo planteados por Lagos (1997), los Saldía crearon un espacio de autonomía como ideología y como práctica, es decir, la postura de no residir bajo el control de un patrón lleva a buscar prácticas económicas por fuera de las relaciones en la chacra. Sin embargo, para la autora, la autonomía de algunos grupos sociales, también empobrece y los constituye en objeto de vigilancia, aspecto que puede observarse en relación a la “fragilidad” del asentamiento considerado “ilegal” por los agentes del Estado y a la “amenaza” que representa la familia Saldía para las chacras propiedades lindantes a la calle ciega, según un chacarero de Guerrico “si ocuparon ese espacio podrían ocupar otros!”.

La familia de Roble y Rosa, en cambio, desarrolla su cotidianeidad en estrecha relación con el patrón a través del empleo y del lugar de residencia. Los lazos de dependencia que los unen con el propietario de chacra le impiden generar prácticas económicas significativas que vayan más allá de un ligero complemento de sus ingresos familiares provenientes de los trabajos en la chacra; también le modifican la expresión de lo que según ellos constituye un hito de su “chilenidad”, los festejos del “18”. Pero ello no obstaculiza para que la socialización de la descendencia en la “chilenidad” se manifieste en otras prácticas: ser fiel con el connacional dándole trabajo o guardándole el puesto, enseñando las tareas productivas a los hijos para que en el futuro algún “chileno” los contrate.

A pesar de que el festejo del 18 forma parte de la “chilenidad” de estas familias, es evidente que la vida en uno y otro espacio reproduce de modo distinto la relación entre ser chileno y ser trabajador. Los chicos, junto a sus familias, participan de esa reproducción. Sin embargo, Sandro, un hijo de chilenos que tanto contó sobre Chile y el 18 en las jornadas del Taller en la escuela, habrá tenido ganas de comer empanadas y bailar cueca ese día. Si dentro de la escuela Sandro compartió junto a algunos compañeros la importancia del 18, la transmisión de signos diacríticos de chilenidad - comer empanadas, escuchar cuecas, “hablar como chileno”, contactarse con otros connacionales-, depende de si se vive en la chacra o en la calle ciega, pero también de la construcción de una identidad socio-nacional basada en el trabajo y la pertenencia nacional. Los chicos encuentran en la escuela un lugar en el cual confirmar que su condición de chicos trabajadores chilenizados los marca como sujetos distintos a los maestros descendientes de chacareros que encarnan el progreso argentino y a la patronal argentina.

Tal como desarrollé en el capítulo I, la presencia en la escuela de estos chicos socializados en el trabajo y en la “chilenidad” define para las maestras un problema: los niños objeto de socialización escolar reproducen una adscripción que pone en tensión el mandato oficial de argentinizarlos. Además, las expresiones de las maestras en torno a lo que reconocen como “chileno” o “chilenidad” en tanto opuesto a “lo argentino” era ratificado desde la socialización y los valores de inserción futura, por los mismos chicos-alumnos en formas distintas según su relación con la fruticultura, elementos que permiten que en la actualidad ellos estén en el Valle junto a sus familias en calidad de trabajadores.

Sandro, Eduardo y David, hijos de chilenos criados en las chacras y calle ciegas de Guerrico, son “chicos” socializados de modo diferente como chilenos y como trabajadores según el lugar de residencia, “chicos” en tanto categoría matizada y nativa que poco tiene que ver con los “niños” peligrosamente señalados como “chilenos” que van a la escuela a aprender a ser “más argentinos”. Es por ello que las identidades etnico-nacionales que los “chicos” argentinos pero “chilenos” forjan como parte de prácticas desarrolladas en los espacios de trabajo y residencia, presentan una complejidad que debe pensarse en términos contextuales, y no como propiedad *per se* de los grupos. Esos “términos contextuales” han sido referidos como “frontera” o “límite” que organiza la articulación de un grupo. Ese límite no está dado sino que lo confiere la posición dentro de las relaciones sociales establecidas, en este caso en el marco de la fruticultura, y en el constante recrear de la frontera entre agentes estatales (maestros) y chilenos o autores de “chilenadas” (los chicos y sus familias), y entre las familias de trabajadores y sus empleadores, los chacareros. El modo en que cada uno se inserta en la actividad y en las relaciones sociales desde la producción y reproducción de prácticas y discursos, define desde los contextos específicos de las chacras y las calles ciegas, la construcción etno-nacional de “chilenos” en Contralmirante Guerrico.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict 2000

Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ARCHETTI, Eduardo y STOLEN Kristi Anne 1975

Explotación familiar y acumulación de capital en el agro argentino. Buenos Aires: Siglo XXI.

BANDIERI, Susana (Coord.) 2001

Cruzando la cordillera... la frontera argentino-chilena como espacio social. Neuquén: CEHIR.

BANDIERI, Susana y BLANCO, Graciela 1992

Posibilidades históricas de acumulación del pequeño productor frutícola en el Alto Valle del Río Negro, Inédito.

BANDIERI, Susana y BLANCO, Graciela 1994

“Comportamiento histórico del subsistema frutícola regional” en DE JONG, Gerardo El minifundio en el Alto Valle del río Negro. Estrategias de adaptación, Buenos Aires: Editorial Unco.

BARTH, Fredrick 1976

Los grupos étnicos y sus fronteras, México: Fondo de Cultura Económica.

BARTOLOMÉ, Leopoldo 1974

Los colonos de Apóstoles. Estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia eslava en Misiones. Tesis de Doctorado. AMS Press.

BENDINI, Mónica y BONACCORSI, Nélica (Comps.) 1998

Con las puras manos. Mujer y trabajo en regiones frutícolas. Buenos Aires: La Colmena.

BENDINI, Mónica y BONACCORSI, Nélica (Comps.) 1998

Con las puras manos. Mujer y trabajo en regiones frutícolas. Buenos Aires: La colmena.

BENDINI, Mónica y RADONICH, Marta (Coords.) 1999

De golondrinas y otros migrantes. Buenos Aires: La Colmena.

BOHOSLAVSKY, Ernesto 2001

Trabajadores rurales en la Araucanía, Chile: condiciones de vida, identidades y resistencias (1930-1955), Tesis de Maestría, Perú: Escuela Andina de Postgrado, Centro de Estudios Regionales Andinos, Flacso.

BOURDIEU, P. (1996)

Cosas dichas, Barcelona: Gedisa.

BOURDIEU, Pierre 1994

Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción, Barcelona: Anagrama.

CASARAVILLA, Diego 2000

El "Ilegal" como metáfora de la exclusión urbana, ponencia presentada en el VI Congreso de Antropología Social, Mar del Plata.

CASTEL, Robert 1993

"De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso" en Revista Archipiélago, N°21, Madrid.

CERUTTI, Angel y LVOVICH, Daniel 1993

"Cultura de fronteras y prejuicio antichileno en la Argentina. El caso del territorio del Neuquén 1885-1930" en Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Año 2 N°2, Roca: Universidad Nacional del Comahue.

CERUTTI, Angel y PITA, Cecilia 1994

"Migración y refugio económico. Los chilenos en la Patagonia. El caso del territorio del Neuquén 1880-1914" en Revista de la Facultad de derecho y Ciencias Sociales, Año 2 N°2, Roca: Universidad Nacional del Comahue.

CHIARAMONTE, Juan Carlos 1991

"El problema del origen de la nacionalidades hispanoamericanas y sus presupuestos historiográficos" en Cuaderno 2, Buenos Aires: Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani".

CRENZEL, Emilio 1998

"Tucumán: La memoria social y la emergencia del bussismo" en Estudios de Sociología, Buenos Aires: EUDEBA.

CUENZA, Beatriz; PASTRANA, Ernesto y YUJNOVSKY, Oscar 1984

De la villa miseria al barrio autoconstruido, Buenos Aires: CEUR.

DEVOTO, Fernando 1992

Movimientos migratorios: historiografía y problemas, Buenos Aires: CEAL.

DOESWIJK, Andreas 1998

Juntando recuerdos en Oro, Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.

DOLTO, Francoise 1986

La causa de los niños, Buenos Aires: Paidós.

DOLTO, Francoise 1994

La causa de los adolescentes, Buenos Aires: Seix Barral.

DOUGLAS, Marie y ISHERWOOD, B. 1979

El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo, México: Grijalbo.

EDELSTEIN, Gloria y CORIA, Adela 1995

Imágenes e Imaginación. Iniciación a la docencia, Buenos Aires: Kapelsz.

ESCOLAR, Diego 2001

“Subjetividad y estatalidad: usos del pasado y pertenencias indígenas en Calingasta”, en BANDIERI, Susana (Coord.) Cruzando la Cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social, Neuquén: Educo.

FALCÓN, Ricardo 1986

El mundo del trabajo urbano (1890-1914), Buenos Aires: CEAL.

FLICHMAN, Guillermo 1974

Renta del suelo y estructura agraria argentina, en Revista Realidad Económica, N°15, IADE.

FRISCH, Michael 1990

A shared authority. Essays on the craft and mening of oral and public history. New York: State University of New York.

GAIGNARD, R. 1966

Origen y evolución de la pequeña propiedad campesina en la pampa seca argentina, en Revista Desarrollo Económico, N°21, Bs. As.

GEERTZ, Clifford 1988

La Interpretación de la Cultura, Barcelona: Gedisa.

GELLNER, Ernest 1991

Naciones y nacionalismos, México D. F.: Alianza

GUBER, Rosana 1996

“Las manos de la memoria”, en Revista Desarrollo Económico Vol. 36 N°141, Buenos Aires: IDES.

GUBER, Rosana 1991

“La etnografía de la memoria y de la producción de la historia”, en Antropología de la Historia. Dos aplicaciones a la investigación educativa, Secretaría de Investigación, Cipolletti: Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Comahue.

GUBER, Rosana 2000

“La nacionalización de Malvinas. De cuestión diplomática a causa popular”. En Revista Avá N°1, Posadas: REUN.

GUBER, Rosana y VISACOVSKY, Sergio 2000

“La Antropología Social en la Argentina de los '60 y '70. Nación, marginalidad crítica y el “otro” interno”. En Revista Desarrollo Económico, vol. 40, N°158, Buenos Aires: IDES.

HERMITTE, Esther 1972

“Ponchos, Weaving and Patron-Client Relations in Northwest Argentina”. En STRICKON, Arnold y GREENFIELD, Sidney (eds.) Structure and Process in Latin America. University of New Mexico.

HOBSBAWN, Eric 1996
Historia del siglo XX, Barcelona: Crítica.

ISLA, Alejandro y TAYLOR, Julie 1995
“Terror e identidad en los Andes. El caso del Noroeste Argentino”, en Revista Andina N°2, Año 13, Cusco.

JAUME, Fernando 1997
El terrorismo de estado en la Argentina: memoria y política en la conmemoración de la “Masacre de Margarita Belén”, ponencia presentada en el VI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Universidad Complutense de Madrid.

KARASIK, Gabriela (Comp.) 1994
Cultura e identidad en el Noroeste argentino, Buenos Aires: CEAL.

KLOSTER, Elba y otros 1992
Migraciones estacionales en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén en el último decenio, Informe Final de Investigación, Facultad de Humanidades, Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.

KYMLICKS, W. y NORMAN, W. 1997
“El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente de la teoría de la ciudadanía” en La política. Revista de Estudios sobre estado y Sociedad, N°3.

LACOSTE, Pablo 2001
“Mapas territoriales e imagen del país vecino: el caso de Argentina y Chile” en BANDIERI, Susana (Coord.) Cruzando la Cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social, Neuquén: Educo.

LAGOS, María 1997
Autonomía y Poder. Dinámica de clase y cultura en Cochabamba, La Paz: Plural editores.

LINS RIBEIRO, Gustavo 1999
“A condicao da transnacionalidad” en Revista Brasiliense de Políticas Comparadas, Brasília, Año III, N°1.

LUIZ, María Teresa y SCHILLAT, Mónica 2001
“De la virtualidad de las fronteras políticas a la realidad de la frontera en el imaginario” en BANDIERI, Susana (coord.) Cruzando la Cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social, Neuquén: Educo.

LULLE, Thierry; VARGAS, Pilar y ZAMUDIO, Lucero (Coords.) 1998
Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales I y II. Barcelona: Anthropos.

MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo 1998

La segregación negada. Cultura y discriminación social, Buenos Aires: Biblos.

MERKLEN, Denis 1991

Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro, Buenos Aires: Catálogos Editora.

MILSTEIN, Diana y MENDES, Hector 1999

La escuela en el cuerpo. Estudios sobre el orden escolar y la construcción social de los alumnos en escuelas primarias. Madrid: Miño y Dávila.

NOVELLA, María Marta y FINKELSTEIN, Débora 2001

“Frontera y circuitos económicos en el área occidental de Río Negro y Chubut” en BANDIERI, Susana (Coord.) Cruzando la Cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social, Neuquén: Educo.

OCKIER, Cristina 1986

“La transformación del Alto Valle del Río Negro hasta mediados del siglo XX”, en Actas del Encuentro Transformaciones agrarias en la última década de América Latina, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.

OCKIER, Cristina 1986

Propiedad y renta del suelo: la especificidad del Alto Valle de Río Negro, avance de investigación, CONICET.

PALMA GODOY, Mario 1995

“Integración sociocultural de la familia chilena inmigrante a Comodoro Rivadavia” en MARQUEZ, Daniel y PALMA GODOY, Mario Distinguir y comprender, Comodoro Rivadavia: Ediciones Proyección Patagónica.

PAVÓN, Stella Maris y RODRIGUEZ, Francisco 1976

Los migrantes de países limítrofes Chilenos en el Alto Valle de Río Negro, Buenos Aires: Dirección Nacional de Recursos Humanos.

PEREYRA, Brenda 1999

Más allá de la ciudadanía formal. La inmigración chilena en Buenos Aires. Cuadernos para el Debate N°4. Buenos Aires: IDES.

PUCCIARELLI, Alejandro 1986

El capitalismo agrario pampeano, Buenos Aires: Hispanoamérica.

SABATO, Hilda 1989

Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar 1850-1890, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

SABATO, Jorge 1991

La clase dominante en la Argentina Moderna. Formación y características, CISEA, Bs. As.

- SAMUEL, Raphael (Comp.) 1984
Historia popular y teoría socialista. Barcelona: Crítica.
- SCHIAVONI, Gabriela 1995
Colonos y ocupantes. Posadas: Editorial Universitaria-UnaM.
- SCHWARZSTEIN, Dora (Comp.) 1991
La historia oral. Buenos Aires: CEAL.
- SILLA, Rolando 2000
San Sebastián de Las Ovejas: credo y devoción en la frontera austral argentino-chilena. Tesis de Maestría, Programa de Postgrado en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones.
- SNYDERS, Georgers 1981
No es fácil amar a los niños. Barcelona: Gedisa.
- TADEAU DA SILVA, Tomaz 1995
Escuela, conocimiento y currículo, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- THOMPSON, Eduard 1977
La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832, Barcelona: Laia.
- THOMPSON, Paul 1978
La voz del pasado. Historia Oral. Valencia: Edicions Alfons El Magnanim.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel 1998
El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo, México: Plaza y Valdés.
- VAPÑARSKY, Cesar 1983
Pueblos del Norte de la Patagonia, Gral. Roca: Editorial de la Patagonia.
- VAPNARSKY, Cesar y MANZANAL, Mabel 1979
Asentamiento humano y desarrollo socioeconómico en la región Comahue: un estudio piloto, Buenos Aires: CEUR.
- VAPNARSKY, Cesar y PANTELIDES, Edith 1987
La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle. Informe de Investigación del Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Buenos Aires: CEUR.
- VIDAL, Hernán 2000
"La frontera después del ajuste. De la producción de soberanía a la producción de ciudadanía en Río Turbio" en GRIMSON, Alejandro (Comp.) Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro. Buenos Aires: Ediciones CICCUS-La Crujía.
- VILAR, Pierre 1980
"Pueblos, naciones, estados" en Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Barcelona: Editorial Crítica.

WILLIAMS, Glynn 1975

The desert and the dream 1865-1915, Cardiff: University of Wales Press.

WILLIS, Paul 1988

Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera, Madrid: AKAL.

WILLIS, Paul 1989

“Producción cultural y teorías de la reproducción” en AAVV Selección de textos sobre la reproducción social, económica y cultural, vol. 2, Montevideo: Universidad de la República-Facultad de Humanidades y Ciencias.